

De la autora de
"Si decido cambiar"

Punto y seguido

An illustration of a woman with long brown hair, wearing a red sleeveless top, celebrating. She is holding a small bouquet of red flowers and has her right arm raised, with confetti falling from her hand. The background is a light blue gradient with scattered confetti in shades of green, red, and yellow.

MEME MARTÍN

Punto y seguido

Meme Martín

Punto y seguido, narra la historia de la vivaz y dicharachera Gigi Greene, una ayudante de redacción (o simple correctora, como ella prefiere decir) de la OMG Magazine con muchas aspiraciones y pocos pelos en la lengua. Gigi, aceptará asistir a una peculiar cita a ciegas organizada por sus amigas, que hará que su vida se vuelva más caótica aún si cabe que de costumbre. ¿Quieres reírte y hasta incluso enamorarte? ¡Deja que Gigi te cuente su historia!

Copyright © 2017 Meme Martín
Registrada en www.safecreative.org: 1707092914572
Portada: @freepik vía www.freepik.es

Contendo

Punto y seguido

Contendo

1. La cita
2. El chico misterioso
4. La reunión
5. Buenos días, Señor Graham
6. Que gane la mejor
7. Punto y aparte
8. Tarde de chicas
9. El no-plan
10. Esto es la guerra
11. Desayuno sin diamantes
13. Gigi a L.A.
14. Go Lakers!
15. Angeles y algunos demonios
18. ¡Moda, Cumbia y mucho Pop!
19. El artículo
20. And the winner is...
22. ¿Astrología?
23. Té y muchos pepinillos
24. Solo juegos
25. Lencería
26. Rojo para dos
27. Preliminares
29. Espejos y espejismos
30. San Francisco
31. Fettuccine y mucha salsa
32. ¿Quién es ese Graham?
35. Puntos suspensivos

1.

La cita

Hola. Me llamo Giselle Greene y hoy tengo una cita. Sí. Una cita. Ci-ta. Ya casi había olvidado todo lo que esas dos sílabas suponían para cualquier mujer, porque iba a ser la primera que tenía en los últimos seis meses.

Para mis amigas, todo este tiempo ha sido más que suficiente para olvidar a mi ex-novio; Kate incluso opina que ha sido demasiado. Pero siendo sinceros, a mí aún me parece que fue ayer cuando mi perfecto novio italiano, Piero, decidió hacer las maletas para fugarse con su amante. Aunque pensándolo bien, no le culpo; yo también hubiera huido con aquel brasileño musculoso y bronceado si hubiera sido yo la que se apuntara a las clases de capoeira...

Así que sí. Aquí estoy. Sentada en el escritorio de mi cubículo en la oficina. Intentando que mi jefa, esa especie de víbora vestida de Prada y con zapatos de Jimmy Choo, no me pille mientras busco algún vestido rebajado en la página web de Zara. Y es que con lo poco que me pagan en mi puesto de asistente de redacción (léase, correctora) en la OMG Magazine, no me da para más.

Lo cierto, es que aunque la idea de tener una cita no me entusiasma demasiado en estos momentos, se ha convertido en lo más interesante que va a ocurrir en mi vida esta semana. Más aún si os digo que se trata de una cita a ciegas. Y que, con la facilidad que tengo yo para darle mil vueltas a las cosas, no he parado ni un segundo de imaginar cosas acerca del posible candidato. Siendo idea de Abby, Kate y Tess, no me extrañaría nada que apareciese cualquier clase de persona por la puerta del bar en el que hemos quedado.

¿Y si no me gusta? ¿Y si es calvo? A ver, no tengo nada en contra de los calvos, pero estoy segura de que sería incapaz de controlarme. Y no quiero imaginar la cara del pobre chico si en lugar de mirarle a los ojos me paso la velada buscando el final de su frente.

Vale. Lo sé. A veces sueño muy cruel, incluso en mis pensamientos. Pero trabajando todo el día corrigiendo textos de prensa rosa dedicados a criticar el nuevo estilismo de las Kardashian o la celulitis de la nueva novia de Justin Bieber estoy empezando a generar cierta incontinencia verbal. En mi defensa diré que mi padre también es calvo. Muy calvo. Y es uno de los hombres que más quiero en esta vida.

Mientras navego por la tienda online y busco cómo llegar al bar donde tengo que estar esta noche a las nueve, puedo ver que mi vecino de cubículo y amigo, Max, editor de fotografía, tampoco está haciendo su trabajo. Lleva

media hora retocando unas fotos de Kristen. Pero no de Kristen Stewart, la protagonista de Crepúsculo, sino de Kristen Lee, la guapísima y exitosa redactora coreana de la que está perdidamente enamorado.

—Max, ¿otra vez te ha engañado? —Le digo, asomándome tras el biombo que nos separa.

Max se sobresalta y cierra la pantalla de Photoshop, probablemente pensando que era la jefa quien le había interrumpido. Me mira y se relaja.

—¡Gigi! Me has asustado. —Dice.

No os lo he dicho, pero todo el mundo me llama Gigi.

—Es la última vez. Lo prometo. Esta vez era algo importante, necesitaba unas fotos para renovarse el carné de identidad. —Se excusa.

—¡Ah! Entonces te habrá pagado ¿no? —Insisto.

—No. No podía cobrarle por un par de fotos. —Dice.

Otra vez. ¿Cómo le ha ocurrido otra vez? Max es el típico “*pagafantas*”. Siempre lo ha sido, aunque en mi cabeza nunca he encontrado una razón lógica. Es verdad que es el prototipo de chico freak, al que le gustan los videojuegos, las series japonesas y leer cómics, pero es atractivo y bastante inteligente. Tras sus gafas esconde unos bonitos ojos verdes; y la barba descuidada le da un toque muy interesante. Pero siempre ha sido tan bueno que todas las mujeres se aprovechan de él.

—Max, te he visto. Llevas más de media hora retocando un puñado de fotos de su cara, y son todas iguales. Kristen se aprovecha de ti. ¿Ahora eres su fotógrafo personal? ¡Venga ya! Eres demasiado bueno para ella... —Le digo a modo de riña. —Además, si Bárbara te ve haciendo eso en lugar de editando las fotos de la tirada del martes, te matará.

—¿Y qué pasa contigo? Llevas toda la mañana buscando modelito. ¿Tienes una fiesta y no me has invitado? —Me susurra, mientras desplaza su silla hacia el final del biombo para verme de frente. —Cuéntamelo todo.

—Eso no es de tu incumbencia. —Digo rotunda. —Además, no me cambies de tema. Como pille a esa...

—¡Quieta fiera! —Me interrumpe. —Kristen es un encanto, aunque a veces, bueno...digamos que...se le olvida. —Dice con media sonrisa al recordarla. —Y ¿desde cuando no me cuentas las cosas? ¡Vamos Gigi! Somos amigos. —Insiste. Y después toma su taza de café, que ha dejado sobre una especie de mesita auxiliar que hay junto al biombo y le da un sorbo.

—Tengo una cita. —Escupo. No puedo ocultárselo.

Max, sorprendido por mi declaración, se atraganta con el café y un par de gotas salen disparadas de su boca.

—¿Una qué? —Dice gracioso. Sabe que las citas han dejado de ser una parte de mi vida últimamente.

—Una cita. No me hagas repetírtelo más veces. —Digo desafiante.

—¿Y quién es el afortunado? —Pregunta abriendo los ojos y poniendo tono sexy.

—No pienso contarte más. —Digo. Y vuelvo a mi escritorio arrastrando

la silla.

—Sabes que pienso averiguarlo. —Le oigo decir mientras él también vuelve a su sitio.

Probablemente no hará falta que lo averigüe porque Max siempre es el primero en enterarse de todo lo que ocurre en mi vida, antes incluso que mis amigas. Estoy segura de que el lunes en cuanto vuelva a la oficina acabaré contándole todos los detalles de, la que estoy segura, será un desastre de cita. Y es que mis expectativas son más bien bajas. Aún no he decidido si estoy preparada para una relación y mucho menos con alguien desconocido. Mis intenciones para esta noche son, al menos, pasar un buen rato e intentar no tener que salir corriendo de allí.

Cuando por fin encuentro la dirección del bar veo a la Barbie entrando por la puerta. Barbie, es como Max y yo (y media oficina), llamamos a Bárbara, la jefa a la que tanto cariño tenemos... Cierro las pestañas de Google y abro el Word para seguir corrigiendo la columna que Kristen me ha enviado para revisar, esta vez sobre el top ten de los deportistas más guapos de las Olimpiadas de Río de este año. Como veis, el mejor periodismo de investigación...

La mañana transcurre con normalidad. Termino de corregir la columna y reviso un par de artículos más para adelantar trabajo del lunes, y así, con un poco de suerte poder salir antes.

Cuando llego a casa, mi pequeña gatita Shak me está esperando en la puerta. Es la única que me entiende y que escucha todos los discursos que le suelto sin rechistar. De momento, entre el miércoles y el jueves ha tenido que aguantar mil y una elucubraciones acerca del chico misterioso, del que ninguna de las chicas quiere mencionar una palabra.

Lo único que sé al respecto es que es un amigo del nuevo novio de Tess, al que tampoco conozco en persona. Tess, es esa clase de chica que odia estar sin pareja. Para ella, estar soltera es lo segundo peor que puede pasarle a una mujer, solo después de que alguien te ceda el asiento en un autobús pensando que estás embarazada, sin estarlo. Eso es lo primero en su lista. Tess es así. Pero la queremos igual.

El caso, es que conoció a su nuevo novio hará unos tres meses, durante un crucero que hizo con sus padres por las islas griegas. Al parecer es gerente de una empresa de software, por lo que puede que el chico misterioso sea algún compañero de trabajo. Eso me deja algo más tranquila.

Como no he encontrado nada decente y acorde a mi presupuesto en la página web de Zara, he decidido buscar algo en mi armario. Tengo que confesar que me encanta la moda y por eso tengo un armario gigante y lleno de ropa de todas las temporadas, la mayoría aún sin estrenar. He ahogado mis penas tras la ruptura yendo de compras prácticamente cada semana. Es mejor que ahogarlas en Gin-Tonic. O quizá no.

Justo cuando me dispongo a buscar entre la sección de vestidos, mi teléfono móvil empieza a sonar, y me recuerda que tengo que cambiar la melodía antes de ir a la cita. Si la música de The Big Bang Theory comienza

a sonar, el chico saldrá corriendo. Y no, no es un error. Es mi serie favorita, por culpa de Max.

—Gigi al habla. —Digo al descolgar.

—¿Estás preparada para la mejor noche de tu vida? —Dice la voz de Kate al otro lado del teléfono.

—¿La mejor noche de mi vida? ¿Acaso la cita es con Orlando Bloom? ¡Oh, sí! —Digo riendo.

—Tu cita no tiene nada que envidiarle a ese Légolas. —Responde Kate. —Además, él también pone la flecha donde pone el ojo. —Suelta una carcajada.

—Tú siempre pensando en lo mismo, Kate. —Refunfuño. Si Tess no puede vivir sin novio, Kate no puede vivir sin sexo. —Aún no sé cómo me habéis convencido para hacer esto. —Digo.

—Porque somos tus amigas y queremos lo mejor para ti. Sabes que puedes confiar en nosotras para estas cosas.

—¡Oh sí! Como aquella vez que me quisisteis liar con aquel vendedor de perritos calientes salido...—Digo recordando la escena y riendo ligeramente. —¿En qué momento he dejado de valerme por mí misma para encontrar pareja? ¡Joder! Recuerdo que no se me daba tan mal antes de Piero...

—Bueno, confía en nosotras. Ya sabes. Tienes que estar a las 9 en el Brixton. Y ponte algo sexy, que esos pantalones culottes están muy de moda pero pareces una abuela. Y te hacen bajita. —Añade.

—¡Oye! ¿Qué le ocurren a mis culottes? A mí me gustan mucho. Y además, si le gusto le gustaré de todas formas. O ¿qué estoy diciendo? Me tiene que gustar él a mí. Es él quien tiene que impresionarme. —Digo digna.

—Tranquila. Lo hará.

—¿Por qué me da la sensación de que todas sabéis algo de él menos yo? ¿No se supone que sólo Tess tenía cierta idea de quién es?

—Sí, pero tengo información confidencial de última hora. —Dice regodeándose.

—Soy periodista. ¿Crees que puedo vivir con esta incertidumbre? Dime algo Kate. He confiado en vosotras, pero ir totalmente a ciegas me mata. Y lo sabes. —Ruego.

—Solo quedan un par de horas. Creo que sobrevivirás. Bueno tengo que dejarte. Quiero todos los detalles a la vuelta. ¡Disfruta! —Dice antes de colgar.

En fin. Creo que le haré caso y me pondré uno de mis vestidos negros, con algún zapato llamativo para darle un toque.

La siguiente hora y media la paso preparándome. Aunque no quiera reconocerlo, estoy nerviosa y a la vez entusiasmada por ver quién es él y por qué ha aceptado tener una cita conmigo. Al menos si sale mal tendré una buena anécdota para contarle a mis nietos.

Cojo un taxi y me presento en la puerta del Brixton.

Estoy a punto de conocer al chico misterioso...

Aquí estoy. Preguntándome en qué momento me dejé engañar así. Por un instante se me pasa por la cabeza salir huyendo y dejarle plantado, pero al momento pienso que con todas las molestias que se han tomado las chicas para hacerme esta encerrona, al menos debo presentarme.

Tess me escribió un mensaje mientras iba montada en el taxi, diciéndome que el chico me esperaría en la barra, y que llevaba una americana azul. También me preguntó qué llevaba puesto yo, para poder decírselo a él, y que así nos pudiéramos reconocer.

El Brixton, parece bastante lleno. No paran de entrar y salir personas muy bien vestidas por la puerta principal. Agradezco haberme puesto el vestido negro. Miro el reloj. Son las nueve en punto, así que decido hacer algo de tiempo. Siempre me ha gustado eso de hacerme esperar.

A mis 29 años, he tenido infinidad de citas. Por suerte, he tenido bastante éxito con los hombres, no os voy a engañar; estoy bastante bien. Y siempre he tenido la ventaja de poder elegir. Por eso, esto me genera tanto nerviosismo. No soy yo la que he decidido con quién tener la cita, simplemente porque estoy en un momento de mi vida en el que no quiero a ningún hombre a mi lado. Aunque me cueste reconocerlo, que Piero me dejara, me ha herido el orgullo.

Dejo de enredarme en mis pensamientos cuando veo que son las nueve y diez. Es un retraso aceptable, así que entro decidida al Brixton. Para mi sorpresa veo que es una especie de bar de copas, con la música demasiado alta como para tener una conversación con un tono normal.

Genial.

Echo un vistazo a la barra y veo a un chico con una americana que parece de color azul. Cuesta diferenciarla por la luz violeta que ilumina el local. Instintivamente recorro con la vista la barra hasta el final y para mi desgracia hay otro tío con una americana similar. ¿Pero qué probabilidades había de que hubiera dos chicos vestidos de forma idéntica en un bar en mitad de la nada, el día en el que Gigi Greene tiene una cita? Una entre un millón. Pero sí, así es mi vida. Siempre llena de catástrofes.

Observo a ambos. Uno es calvo.

Joder, que no sea ese. Me digo, cruzando los dedos tras mi cuerpo.

Pruebo suerte con el que tiene pelo. Está de espaldas por lo que no puedo verle el rostro. ¿Y si es bizco? ¿Y si le falta un diente?

¡Oh, Dios mío, Gigi! ¡Deja de desvariar!

Me acerco a él y me pongo a su lado. Ni siquiera advierte mi presencia. Toso falsamente para llamar su atención, pero él sigue absorto en sus pensamientos.

¿Me está ignorando? Joder, va a ser el chico calvo. Seguro que este es gay.

Lo intento por última vez, golpeando su espalda ligeramente con mi dedo índice. El chico se gira y sonríe instintivamente.

—¡Hola! —Digo intentando alzar la voz, mientras acerco mi rostro a su oído para que me escuche. —Soy Gigi.

—Hola guapa. Soy Kevin ¿Quieres una copa? —Dice el susodicho.

—Vale. —Afirmo. No me vendrá nada mal algo para sobrellevar la noche. Parece un chico agradable. —Un Gin-Tonic. —Sí. Eso es. La ginebra me ayudará.

El chico saca la mano derecha de su bolsillo y la levanta para llamar al camarero. Un momento. ¿Qué es eso que tiene en el dedo? ¿Es una alianza?

¡Pero qué...! ¿Está casado? Voy a matar a estas pésimas celestinas.

El camarero me sirve la copa, la cojo y me la bebo entera de un trago. Kevin se queda pasmado viendo como mi pequeño cuerpecito ingiere de esa manera hasta la última gota.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —Pregunta.

—Bueno Kevin, tú has elegido el lugar para nuestra cita. ¿Habías estado aquí antes?

—¿Nuestra cita? —Dice extrañado.

—Sí. Bueno, si no te gusta llamarle cita podemos decir nuestra quedada.

—¿Tú y yo hemos hablado antes? —Pregunta.

Estoy empezando a mosquearme. No tengo claro si está jugando al despiste, como una extraña táctica de iniciar conversación, o si realmente este no es el chico al que esperaba. Joder, definitivamente es el calvo.

—No. Ya sabes. Tess lo ha organizado todo. Tú ibas a estar esperándome aquí a las 9 en la barra del Brixton con una americana azul.

—Nena, no sé de qué hablas. Estoy casado, no tengo citas con nadie. Solo podemos pasar una noche...ya sabes...inolvidable. Si te apetece, claro. —Dice acercando su aliento etílico a mi cara. Mis ojos como platos han debido advertirle de que si no se aparta le apartaré yo misma, porque ha vuelto a su posición sin rechistar.

—Creo que no eres la persona a la que busco. —Digo suspirando. — Gracias por el Gin-Tonic. —Concluyo antes de marcharme.

Busco al otro chico con la americana azul que estaba antes al fondo de la barra. Tiene que ser él. No está. ¿Dónde se ha metido? ¿En serio? ¿Cómo me puede estar pasando esto a mí? Voy a matarlas. ¿Habrá sido todo una broma? ¿Dónde está la cámara oculta?

Salgo del Brixton dispuesta a largarme. No pienso gastar un segundo más de mi preciado tiempo en ese lugar. Saco mi móvil del bolso para llamar de nuevo a un taxi, cuando veo un WhatsApp en el grupo que tengo con las chicas.

"Gigi, tu cita ha tenido un problemilla y se va a retrasar, no te largues que te conocemos, por favor dale una oportunidad" —Dice Abby.

Hasta Abby lo sabía todo. ¡Venga ya! ¿Que no me largue?

"Voy a mataros lenta y dolorosamente. Pienso cambiaros los botes de tinte para que os quedéis con la cabeza azul por una temporada" — Contraataco. —"Había dos tíos con americanas azules en la barra. He hecho el ridículo."

"hahahahahaha" —Suelta Kate seguido de un puñado de emoticonos de caritas llorando de la risa.

De repente, veo un coche aparcando a toda prisa en la puerta del Brixton. Un hombre con una americana azul se baja y corre apresurado hacia el interior. Observo la escena desde la puerta, no pienso entrar.

Seguro que ese tampoco es. ¿Es el día del traje y no me he enterado? Max me ha dicho que es algo en honor a la serie “*How I met your mother*”, que aún está en mi lista de pendientes en Netflix.

Me siento en un banco de piedra que hay junto a la pared del edificio mientras espero que pase algo emocionante. Aprovecho y reviso mis redes sociales, nada nuevo.

El tercer chico con americana sale del bar. Parece disgustado. Se pone las manos a la cintura bajo la americana y alza una para tocarse la frente a modo de decepción. Saca su móvil y llama a alguien. Puedo escuchar perfectamente su conversación desde aquí.

—¡Ey Brad! Soy Ian. He llegado tarde. No la encuentro. —Suspira, y parece escuchar a su interlocutor. —Soy un desastre. Estas cosas no se me dan bien. Ya lo sabes. ¿Dijiste que llevaba un vestido negro? —Pausa. —Vale. Echaré otro vistazo. Adiós. —Cuelga.

Era él. Esta vez sí. Me levanto del banco con las piernas temblorosas. Él se gira hacia la puerta pasando la vista rápidamente por donde yo estoy, pero no me ve. Por un instante parece dirigirse al interior, pero entonces se gira. Ahora sí me ha visto. ¡Joder! ¡No está tan mal! Estoy muy nerviosa. Viene hacia mí. Sonríe y se pasa la mano por el pelo.

Ahora ya no puedo escapar...

2.

El chico misterioso

Tiene el pelo castaño con ciertos reflejos dorados. Lleva barba de un par de días, pero cuidada. Como si cada pelo estuviera donde él quiere que esté. Tiene los ojos marrón verdosos y los labios gruesos. Si además de todo esto es inteligente y divertido no tendré nada por lo que quejarme. Aunque todo esto de la cita sigue pareciéndome algo forzado.

Su presencia me ha puesto nerviosa. Tengo que contenerme para no empezar a tartamudear, aunque sé que al final me manejaré bien con la situación. No soy una chica tímida ni frágil. Sé muy bien por dónde piso y si algo no me gusta se lo diré.

—Hola. —Me dice ese atractivo desconocido. —¿Eres Gigi verdad? Soy Ian. —Añade extendiendo su mano para estrechar la mía.

Un saludo un tanto extraño para un comienzo de cita. Quizás él está más nervioso que yo. Así que le agarro la mano y le tiro hacia mí para darle un beso en la mejilla. Se ruboriza.

—Sí. Encantada Ian. —Añado.

—Discúlpame. He tenido un problema con el coche. Soy un desastre. Había olvidado llenar el depósito y he tenido que parar de camino aquí. Luego no me iba la tarjeta de crédito y el dependiente se ha empezado a poner nervioso...

—Tranquilo. No pasa nada. Sólo he estado a punto de marcharme porque te he confundido con otros dos chicos con americana azul. Lo he pasado fatal. —Digo, haciendo alarde de mi incontinencia verbal ya desde el inicio. ¿No puedes estar callada un segundo Gigi?

—¡Oh! ¡Vaya! Lo siento mucho, de veras. Espero que al menos fueran simpáticos contigo.

—Sí bueno. Uno era calvo. —Añado. Joder, Gigi, cierra la boca.

Ian se ríe. Eso me tranquiliza.

—¿Pasamos dentro y tomamos una copa?

—No. —Digo rotunda. Su gesto es cada vez más extraño. —Es decir, sí. Pero no aquí. La música está altísima y no podremos charlar. Si es que quieres charlar, claro. Si prefieres bailar para que no te aburra con toda mi palabrería pues, podemos quedarnos aquí. —Vaya. Parece que no puedo controlar los nervios con tanta facilidad como antes...

—Está bien. —Dice. —Podemos ir a otro lugar más tranquilo. —¿Conoces algo por aquí?

—Nada. Mi barrio está a la otra punta de la ciudad.

—Estamos jodidos. —Dice. Usa palabrotas. Me empieza a caer mejor. Soy rara, ¿vale?

Río ligeramente.

—¿Y si damos un paseo? Seguro que hay alguna cafetería o algo por aquí cerca. —Propongo.

—Genial. —Dice entusiasmado.

Comenzamos a caminar sin ningún sentido en concreto. Bajamos la calle del Brixton para buscar alguna zona tranquila para tomar algo.

—Bueno, Ian. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —Digo.

—Andando. —Bromea. Suelto una risita. —Si te refieres a la cita a ciegas, aún no lo sé.

—¿Es tu primera vez? —Pregunto. —Sigo refiriéndome a lo mismo. —Aclaro.

—Sí. —Afirma. —Brad está obsesionado con buscarme una chica.

—No parece muy entusiasmado con la idea.—Digo. Su última frase había revelado sus pensamientos. —¿Acaso no quieres una?

—En realidad no. —Me dice. Y me quedo alucinada.

—Entonces supongo que podemos acabar con todo este teatro. No hace falta que vayamos a tomar nada. Mañana le diremos a Tess y a su novio que no somos compatibles y se acabó. —Sugiero mientras paro de caminar. En realidad no me parecía tan mala idea. Él estaba siendo totalmente franco conmigo, y yo, tampoco estaba preparada para tener nada.

—Perdona si he sonado grosero. Quiero decir, te has tomado la molestia de venir hasta aquí a conocer a un tío que en realidad no está buscando nada serio... Espero no haberte ofendido, pero tenía que ser sincero... Aunque no es nada personal, eres muy guapa. —Añade. Eso último me halaga.

—No pasa nada. De hecho, me has librado de un peso muy grande. Yo tampoco quiero nada serio ahora mismo. Las chicas también se han empeñado en buscar a mi media naranja.

—¡Perfecto! —Dice entusiasmado.

—Llamaré a un taxi para que venga a recogerme. —Digo mientras busco mi móvil en el bolso.

—He dicho que no quiero una chica, pero no hay nada de malo en tomar algo juntos. —Dice entonces.

—¿Para qué perder el tiempo?

—Bueno, ya que nos hemos vestido y hemos venido hasta aquí... ¡Divirtámonos! Piénsalo. Va a ser como una cita pero sin la presión de tener que fingir interés por lo que está contando el otro. Sin la aburrida historia de cómo ha sido mi infancia en la casa del lago y la interminable lista de ex-parejas que nos han decepcionado a lo largo de nuestras vidas.

Joder, me cae demasiado bien. No puedo evitar sonreír.

—¿De verdad no quieres saber la divertida historia del ex-novio que me dejó por su profesor de capoeira? ¡Bah! —Digo haciendo burla y riendo a la vez.

—¿Profesor? ¿En serio? ¡Vale! Puede que esa historia no sea tan

aburrida. —Dice divertido. —Entonces ¿aceptas? ¿amigos?

—Está bien. No me vendrá nada mal algo de diversión. ¿Cuál es tu idea?

—Sígueme. Ahora lo verás...

3.

Nunca

Creo que he elegido un atuendo poco adecuado para el descabellado plan que se le ha ocurrido al chico misterioso, que ha resultado ser casi tan incontinente, en cuanto a lo verbal se refiere, como yo.

No se le ha ocurrido mejor idea que comprar un par de botellas de vino barato de un supermercado 24 horas que había cerca del Brixton y traerme a una especie de parque en mitad de la ciudad. A mis 29 años he vuelto a revivir aquellas noches de cuando tenía 18. ¿Se puede ser más extraño? ¿Más incluso que yo? No lo creo.

Estoy sentada en el césped, junto a un pequeño mirador que da a la parte baja de la ciudad, intentando cruzar las piernas para dejarle algo a la imaginación y no enseñar todas mis intimidades en la primera no-cita. Porque sí, porque mi cita a ciegas se ha convertido en una acampada en el parque.

Supongo que Ian tampoco había imaginado que su noche acabaría así porque su americana azul, esa que todo el mundo ha decidido ponerse esta noche, parece recién estrenada y poco apta para nuestro escenario.

El chico de ojos casi verdes descorcha las dos botellas de vino. Las chocamos y nos ponemos a beber. Mi trago es mucho más largo que el suyo. A pesar de que yo ya llevo un gin-tonic en la cuenta, creo que voy a necesitar algo más de chispa.

—¡Guau! ¡Menudo concepto de diversión! —Digo sin tapujos y de forma irónica. Aún no sé qué hago aquí. Debí haberme ido.

—Puede que no sea el mejor plan del mundo pero es original. —Dice. —¿Siempre dices todo lo que se te pasa por la cabeza?

—Sí. Soy periodista. No puedo evitarlo. —Me excuso.

Pega otro sorbo a la botella.

—Menos mal que hemos cortado esto antes del interrogatorio. —Dice, casi ofendiéndome. Mi boca debe estar rozando el suelo.

—¿Cómo? —Digo mostrando indignación. —¡Yo no iba a interrogarte!

—¡Oh! Es verdad, vosotros lo llamáis entrevista, no interrogatorio. —Vacila. —Estoy seguro de que si hubiéramos tenido esa cita, lo hubieras hecho. Todas lo hacéis.

—Punto número uno. —Digo rotunda. —Odio a los tíos que generalizan sobre los clichés de las mujeres. Punto número dos. —Continúo. —¿Qué hay de malo en interesarse por los demás? Y punto tres: ¿Tú cómo conoces a las personas si no es preguntándoles por su vida?

—A mí me gusta más averiguarlo, no que me lo cuenten.

Enarco una ceja mostrando incertidumbre. Este chico cada vez me confunde más. Estoy a punto de llamar a alguna de las chicas o a Max para que me saquen de esta escena ridícula de película mala de domingo por la tarde.

—Sé que es difícil que lo entiendas. —Bromea. O al menos espero que lo diga en tono de broma...

—Te entiendo perfectamente. No soy idiota. Pero aún no sé cómo pretendes averiguar ciertas cosas si no te las cuentan, como por ejemplo el color o la comida favorita de alguien.

—Pues llevándola a cenar muchas veces.

—A cenar en silencio, para que no te cuente nada...—Digo burlándome, y soltando una risita.

—Algo así. —Ríe y da otro sorbo a la botella.

—Eres muy raro. —Dice otra vez la Gigi bocazas y algo embriagada de mi interior.

Ian se encoge de hombros y gira la cara para mirarme a los ojos, sin quitar la sonrisa.

—Tú ya me has contado muchas cosas de ti sin decirlo con palabras. — Suelta de repente.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Sorpréndeme! ¿Cuál es mi comida favorita? —Bromeo.

—Aún no has cenado conmigo. Eso no lo sé. Pero sé que habiendo aceptado a sentarte en el césped con un par de botellas de vino y un desconocido, debes ser una chica algo inconsciente. Cualquiera otra mujer hubiera huido al instante y más llevando ese vestido. —Ríe.

—¡No soy una inconsciente! Eres un desconocido pero no uno cualquiera. Eres amigo del novio de una de mis mejores amigas. Ellas saben dónde estoy y quién eres. No creo que seas un violador. —Digo tomando un trago más de la botella. Empiezo a notar los efectos del alcohol. — Simplemente me adapto a las circunstancias. Soy muy flexible.

Ian abre los ojos como platos.

—¿Cómo de flexible? —Dice con tono insinuante y algo pícaro mientras se muerde el labio.

—¡No me refiero a ese tipo de flexibilidad! —Digo abrumada.

—Estaba bromeando. —Confiesa. —Te he entendido. Y eso me gusta. Estoy harto de las chicas que no disfrutan por no estropearse la manicura.

Bajo los ojos instintivamente y me miro las uñas. Las tengo destrozadas. Usando el teclado a diario es imposible mantener un solo esmalte en su sitio por más de un día, así que por lo general suelo dejarlas al natural.

—Yo no tengo ese problema. —Digo mostrándoselas.

Ian sonrío y continúa en silencio. Odio el silencio. Me incomoda. Para mí es lo peor que puede ocurrir entre dos personas en una cita, o en una noche. Da igual. El caso, es que quedarse en silencio, es muestra de que el acompañante se está aburriendo o de que sois tan incompatibles que no tenéis nada de lo que hablar. Y eso no me gusta.

—Hagamos algo divertido. —Propongo. —Se me ocurre jugar a un

juego.

—Te escucho. —Dice Ian.

—Tenemos botellas, alcohol y no sabemos nada el uno del otro. Juguemos al "Yo nunca". Así no nos contaremos las cosas directamente, sino que tendremos que averiguarlas...

—Genial. ¿En qué consiste?

—Consiste en decir una frase que empiece por "Yo nunca...", y que contenga algo que queramos saber del otro. Si nunca lo has hecho o nunca te ha ocurrido lo que se dice, no haces nada. Si lo has hecho alguna vez, bebes. No hay explicaciones, ni historias, ni nada. —Indico.

—Me gusta este juego. Yo empiezo. —Dice. —Yo nunca...—Hace una pausa para pensar. —he tenido un ex-novio que me dejó por un profesor de capoeira. —Continúa soltando una carcajada. Por suerte el parque está casi vacío y las parejas y familias que se encuentran en el interior están lo suficientemente lejos como para no asustarse con tal risotada.

Obviamente, le doy un trago a la botella.

—Si pretendes emborracharme, ya vas tarde. —Digo cuando comienzo a sentir algo de calor, aunque aún estoy sobria.

Ambos reímos.

—Me toca. —Añado. —Yo nunca he ido a la Universidad. —Quiero descubrir algunas cosas sobre él, y como no está por la labor de contarle, tengo que sacárselo de algún modo.

Ian toma un trago de la botella. Y yo también. Algo es algo, ya sé que ha sido universitario.

—¿Eso es lo que más ganas tenías de saber de mí? —Dice gracioso y burlándose.

—Me gusta empezar flojo. —Excuso.

—Yo nunca... he imaginado que la persona de mi cita a ciegas sería poco atractiva.

Bebo. Por dos. No había pensado otra cosa en toda la semana. Ian también bebe. Reímos.

—Bueno, espero que no pienses lo mismo ahora... —Digo.

—No lo pienso. Ya te he dicho que me pareces muy guapa.

—¿Qué es lo que esperabas? —Digo curiosa.

—No lo sé. Conozco a Tess, está muy bien, así que pensé que quizás tú eras la amiga simpática...Solo simpática.

—¡Oye! Las "solo simpáticas" también tienen derecho.

—Sí. —Ríe. —Los calvos también. Y me da en la nariz que a ti tampoco te gustan por tu comentario de antes...

—Yo nunca... me he liado con un calvo. —Digo soltando una carcajada.

Ian bebe. Abro la boca y los ojos tanto que me duelen.

—Es broma. —Dice también riendo.

—Este juego es sagrado. Nunca se miente. Así que me apuntaré tus preferencias. —Bromeo. —Quizá si hubiera venido rapada esto hubiera sido una cita de verdad. —Río.

Ian tampoco para de sonreír. Es raro. Es la situación más extraña que he tenido en mi vida, nunca he tenido una cita así, y he tenido muchas citas. Pero a pesar de todo me estoy divirtiendo. Y en el fondo me da pena, porque sé que solo va a ser eso. Un rato de diversión.

—¿No se puede mentir? ¡De acuerdo! —Dice. —Yo nunca...he tenido sexo sin compromiso. —Añade mordiendo el labio y observándose de arriba abajo.

Mierda. ¿En serio acaba de decir eso? ¿Es una indirecta? ¿Eso es lo que quiere? No sé cómo tomármelo. Esto se está poniendo interesante, aunque he de decir que me avergüenza un poco hablar de estas cosas.

Ian bebe. Y yo...yo también. Mis años de universidad fueron algo locos. ¿Qué hay de malo? Estamos en el siglo XXI. Pero he de decir, en mi defensa, si es que esto aún necesita defensa, que después de esa etapa solo he tenido relaciones serias.

—¡Guau! —Dice mientras me observa beber. —Me gusta este juego. Danos una botella y contaremos nuestros secretos más íntimos. —Ríe. —¿Has probado esto en alguna de tus entrevistas?

Sonrío.

—Lo cierto es que no, pero ahora que lo dices, creo que no sería mala idea. ¿Te ha sorprendido mi respuesta? —Añado.

—No. A todos nos gusta divertirnos...

—¿Por qué me has traído aquí Ian? ¿Siempre llevas a un parque a tus citas?

—No. A mis citas no. Pero tú eres mi no-cita. Es diferente...—Ríe.

Suspiro y pongo cara de incompreensión.

—Deja de pensar tanto, Gigi. Sabrás por qué te he traído aquí en unos cinco minutos. —Dice.

—¿Qué? ¿Qué va a pasar en cinco minutos?

—Eres una impaciente. Deja de preguntar y disfruta. Confía en mí. —Dice, guiñándome un ojo.

—Está bien. —Digo. ¡De perdidos al río, Gigi! ¡Si no te ha violado o raptado ya, no va a hacerlo ahora!

—Ahora tienes que tumbarte. —Ordena.

Vale. Giselle Greene, trágate tus pensamientos. Te va a violar. Aunque si es consentido no es violación, y sabes muy bien que con lo atractivo y sexy y misterioso y...y...raro que es, es el candidato perfecto a volverte loca. Pero olvídate, porque es...sin compromiso.

Me tumbo. Confío en él. Que haga lo que quiera conmigo, que yo me dejo. Entonces se tumba a mi lado, pero no me toca. ¿Por qué narices no me toca? Giro la cabeza y le observo. Está mirando al cielo, se ha puesto las manos detrás de la cabeza para estar más cómodo. ¿Qué hace? Este es raro, pero que muy raro.

—Ahora. —Dice.

—¿Qué?

—Mira ahora. El cielo.

Alzo la mirada y me quedo boquiabierta. Una flamante lluvia de estrellas está inundando el firmamento.

—Perseidas. —Dice Ian. —Las lágrimas de San Lorenzo. ¿Bonitas no?

Estoy tan asombrada que no puedo ni responderle. Nunca había visto nada parecido. Es precioso. Las estrellas atraviesan de lado a lado el cielo dejando un destello luminoso que va dibujando carreteras estelares.

Lo tenía planeado desde el principio...

4.

La reunión

Lunes. Ocho de la mañana. Llego tarde al trabajo. Lo de no tener coche propio está empezando a pasarme factura. En un principio me gustaba la idea de ir en transporte público al trabajo, y así poder caminar un par de calles si me bajaba alguna parada antes de la mía. Iba a ser el único ejercicio que haría durante la semana. Y en realidad no era un mal plan. No, excepto los días en los que el cielo de Klein decidía llenarse de nubarrones, cuando yo no llevaba un paraguas en el bolso.

Y hoy era ese día. Ese día en el que pierdo el autobús, llevo tacones y llueven perros y gatos como dicen los ingleses. Esta vez me he bajado en la parada más cercana al trabajo, pero aún así tengo que caminar unos metros hasta el edificio de la OMG Magazine. Corro intentando no romperme un tobillo y camuflarme bajo el toldo de alguno de los quioscos de prensa que hay en la avenida, pero esto no evita que llegue empapada a la puerta.

El alisado japonés que me había hecho hacía un mes no ha podido soportar tal cantidad de agua y ahora parezco un perrito mojado. Mi melena pelirroja ha vuelto a su ser y ha empezado a rizarse y encrespase.

Lo sé karma, esto es en venganza por haberme metido con los calvos. Hoy ellos no tienen este problema.

Intento sacudirme el agua de la americana y de la falda lápiz antes de subir al ascensor. Me atuso un poco el pelo mirándome en el reflejo de las puertas de metal y me consuelo pensando que al menos no hay nadie a quien deba impresionar en la oficina. Tampoco es un drama no estar perfecta por un día.

Las puertas del ascensor se abren. Y ahí está. Ahí está Kristen. Tan perfecta como siempre con su pelo negro liso y su bolso de Louis Vuitton. Estoy segura de que viene del sótano donde habrá aparcado su descapotable. ¿Por qué parece sacada de Gossip Girl? Puede que en parte por eso la deteste, por eso y por aprovecharse de mi Max.

—Buenos días. —Digo algo desganada.

—Hola, Giselle. —Me contesta. —¿Qué tal tiempo hace fuera?

Mmm...¿En serio? ¿No lo has notado? ¡Estoy chorreando y no porque me haya cruzado con Orlando Bloom! (Habréis notado ya que me encanta. Sí, soy fan, y más después de sus fotos filtradas haciendo padelsurf. Ya me entendéis). Gigi contén las palabras por una vez. En el trabajo no puedes pelearte. Suspiro hondo.

—Hace un sol radiante. —Digo irónica lanzándole una mirada. No

puedo ser amable con ella. Lo siento.

—¿Has vuelto a venir en autobús? ¡Cómo te admiro! ¡No sé cómo puedes subir a esos trastos llenos de gente!

—La mitad de la población estadounidense usa transporte público. No hay nada de malo. Además no todos podemos permitirnos comprar un descapotable. —Digo. Y suplico al cielo que el ascensor alcance ya la décima planta.

El ascensor para en la séptima. ¡Oh! Y adivinad quién se sube. Lo que me faltaba...

—Buenos días Bárbara. —Dice entusiasmada Kristen.

—Hola Bárbara. —Digo arrastrando las palabras.

—Buenos días. —Dice tajante. Parece que se ha comido a un general del ejército. —¿Qué te ha pasado en el pelo Greene? —Dice poniendo un gesto algo asqueado.

—Nada. Un pequeño problema de tiempo. —Respondo.

—Con vosotras dos quería yo hablar. Greene, Lee, os espero a las 12 en mi despacho. —Dice antes de bajarse en la planta octava, donde está la copistería y algunas de las oficinas de redacción.

—¿Sabes de qué quiere hablarnos a nosotras dos? —Pregunto, algo ingenua, como si tuviera esperanza alguna de que Kristen fuera a decirme algo coherente.

—Probablemente quiera ascenderme. ¿Aún no te has enterado? El artículo que escribí la semana pasada dando la exclusiva del nuevo embarazo de la cantante Bin Rose ha tenido un gran impacto. Todo el mundo habla de él...

—¡Oh sí, lo recuerdo perfectamente! —Aquel que no tenía ni una sola coma ni ninguna tilde y que me pasé corrigiendo más de una hora...Pero eso no lo podía decir. —Cómo olvidarlo... —Suspiro.

—En cuanto a ti, no tengo ni idea de qué querrá. Supongo que tendrás que revisarle algunos papeles. ¿Eso es a lo que te dedicas verdad? —Dice con retintín.

Vale. Como no salga de este metro cuadrado ahora mismo pienso estrangularla con mis propias manos. Al menos mentalmente. Soy demasiado pacifista.

—Sí, reina. Me dedico a eso. Mi puesto no sería necesario si gente como tú, aprendiera a escribir. —Digo en el momento exacto en el que las puertas se abren. El karma me ha perdonado, y es que teniendo que aguantar a este bicho, me lo he ganado. Y sí, quizás no tenía que haber dicho eso último pero la satisfacción de ver la boca de Kristen casi rozando el suelo es mayor que el temor a que Bárbara me despida.

De todos modos odio mi trabajo. Yo siempre he soñado con escribir artículos en alguna revista de estilo, por eso hice un Máster en Marketing y Comunicación de Moda. Trabajar en Vogue sería increíble, pero por supuesto es tan difícil como que Kristen aprenda a escribir. La prensa rosa no es algo que me apasione, y menos cuando roza el amarillismo, pero por algo hay que

empezar y de momento corregir textos es lo que paga mis facturas.

Llego a mi cubículo. Max ya está instalado con su taza de café en mano y dispuesto a acribillarme a preguntas acerca de mi cita.

—Buenos días Max. —Digo, y me siento en la silla intentando esquivar el interrogatorio.

—Hola Gigi. —Dice como esperando algo más por mi parte.

Entonces enciendo el ordenador y me pongo a abrir los artículos de hoy. Max, al ver que le ignoro empieza a toser, insistentemente y cada vez más alto.

—¿Qué? —Le digo volviendo la cabeza para verle al final del biombo.

—¿No vas a contarme nada? —Pregunta asombrado poniendo ojitos de cordero degollado.

Suspiro.

—Pues claro que sí. —Digo. No puedo evitarlo. Max es mi paño de lágrimas. —¿Por dónde quieres que empiece? Por la parte en la que le confundí con otro o por la parte en la que me dijo que no estaba interesado en mí... —Continúo.

—¿Cómo? Esto va a estar interesante.

—Y tanto...—Digo. —Era un tío muy raro.

—¿Más que tú?

—Mucho más. Primero llega tarde, luego me dice que no quiere nada serio y que no quiere que sea una cita, y por último me lleva a un parque con un par de botellas de vino para ver la lluvia de estrellas.

—¿Estuvisteis en un parque?

—Sí. Yo tampoco daba crédito Max. Los hombres me desconcertáis. ¿Por qué no hay ninguno normal?

—¡Vaya! Gracias Gigi. —Dice irónico, al sentirse algo ofendido por mis pocas expectativas sobre el género masculino.

—Bueno Max, seamos sinceros, no eres el hombre modélico... —Digo. Por suerte tengo la suficiente confianza con él como para que sepa que no se lo digo con maldad.

—Tienes razón, pero tú tampoco es que seas una mujer corriente Gigi. Eres demasiado exigente. Además seguro que espantas a todos con tu excesiva sinceridad. —Dice. —Entonces ¿no va a haber segunda cita?

—Para que haya segunda, primero tiene que haber una primera, y él me dejó muy claro que lo nuestro no lo fue. Y lo prefiero. No estoy preparada para nada serio, quiero un descanso de hombres. Necesito un punto y aparte.

—Gigi Greene, no tienes solución. —Dice antes de volver a su sitio para comenzar el trabajo de edición.

Yo hago lo mismo. Hoy me toca revisar de nuevo todos los artículos ya montados en la revista de forma más exhaustiva, ya que los lunes por la tarde se mandan a la imprenta para que salga a la venta el martes. Soy la última que revisa los contenidos, al menos de forma ortográfica antes de su impresión. Cuando llego al artículo de Kristen, el del top 10 de las Olimpiadas, se me pasa por la cabeza hacer mil maldades para vengarme de esa lagartija, pero

me contengo porque si la Barbie Malibú se entera, en la reunión lo que hará es despedirme.

Estoy tan absorta en mi trabajo que casi me olvido que a las doce tengo que estar en el despacho de la jefa. Quedan diez minutos, y aunque en realidad me preocupa lo que me pueda decir, prefiero no darle demasiadas vueltas. No al menos por esta vez, porque después del terrible comienzo de día que he tenido no quiero empeorarlo con mi negatividad precipitada. Prefiero esperar a ver qué sucede.

Me levanto de la silla, me estiro la falda y me atuso el pelo ligeramente confiando en que el encrespamiento hubiera desaparecido ligeramente.

Puedo ver a Max tras el biombo una vez que estoy de pie. Se da cuenta de que me marcho a algún lado y antes de que pueda reaccionar me pregunta:

—¿Dónde vas? Aún faltan treinta minutos para el almuerzo.

—Bárbara quiere verme. Bueno, vernos. A mí y a la chupa-sangre de Kristen.

—¿A las dos? ¡Qué raro! Bueno cuando vuelvas me cuentas cómo ha ido. Recuerda, respira hondo y muérdete la lengua si quieres mantener tu trabajo.

Buen consejo amigo. La cosa es ver si soy capaz de hacerlo.

Subo a la duodécima planta, donde se encuentran los despachos de los peces gordos de la editorial. Bárbara Fraser, nuestra Barbie, jefa de redacción y arte, tiene el último despacho del pasillo a la izquierda. Me dirijo hacia allí y veo que Kristen ya está esperando junto a una gran maceta con una de esas plantas llamadas lengua de vaca. No diferencio bien quién es la planta y quién la persona, Kristen se mimetiza muy bien con el medio. Lleva un vestido del mismo tono de verde. Cuando llego allí me pongo al lado opuesto de la puerta en el que ella está.

—Hola Kristen. —Digo casi cantando. Puede notar en mi tono de voz que no me hace especial ilusión verla por segunda vez en la misma mañana.

—Hola Giselle. Veo que ya te has peinado. ¡Estupendo! —Dice.

Y me muerdo la lengua haciendo caso a Max, por el bien de su vida sentimental.

Entonces, la puerta del despacho se abre y una Bárbara aún más siniestra que de costumbre sale cargada de papeles. Casi sin mirarnos, dice:

—Seguidme. Vamos a la sala de reuniones.

El sonido de sus tacones contra el parqué del suelo ya me hace temblar. ¿Qué narices quiere de mí? ¿Por qué no me deja tranquila corrigiendo mis tildes y mis puntos en mi escritorio?

Llegamos a otra de las puertas, esta vez, doble y con cristaleras. La abre y nos invita a pasar.

En el interior hay una gran mesa central, con un puñado de sillas dispuestas alrededor. Un sillón más grande preside uno de los laterales. En cada uno de los puestos, una botella pequeña de agua y una carpeta con un par de bolígrafos.

Parecía que esta reunión iba a ser más formal de lo que me había

imaginado.

¡Genial Gigi! Justo hoy con tu pelo encrespado, pasado por agua y tus tacones llenos de barro de la carrera desde el autobús.

—Tomad asiento. —Dice Bárbara. —El resto no tardarán en llegar...

5.

Buenos días, Señor Graham

Tres mujeres, periodistas, sentadas en una habitación alrededor de la misma mesa. Una bomba de relojería a punto de estallar.

—¿Y para qué estamos aquí? —Pregunto.

—Ahora lo verás. —Responde Bárbara. —Un poco de paciencia Greene.

Kristen que ha estado en silencio todo este tiempo empieza a hacerle la pelota a la jefa. ¿Se puede ser más repelente?

—Bárbara, me encanta tu pañuelo. —Lleva uno atado al cuello, azul marino con un minúsculo y casi indistinguible estampado de pájaros de color beige. Probablemente sea de seda y muy caro.

—Soy la Señorita Fraser para ti Lee.

Bien, encima hoy está de mal humor... ¡Señor ayúdame! Kristen se queda cortada y se calla.

Entonces la puerta se abre y comienzan a entrar varias personas, algunas de ellas portando vasos de café y papeles en la mano. Todos perfectamente trajeados. Los conozco, son los jefazos. Los que están por encima de Bárbara.

Poco a poco van tomando asiento junto a nosotras en la inmensa mesa. En el sofá más grande y presidiendo un hombre de unos cuarenta años, delgaducho, con gafas de pasta negras y un traje de chaqueta algo más informal pero moderno y actual. Es Peter Hallway, el Director Editorial, el encargado de que toda la revista funcione y al que todo el mundo le rinde cuentas.

A su lado, están Lucy Benson, Editora Jefe (la que de vez en cuando le da alguna voz a Bárbara) y Theodor Kettle, Subeditor. Al otro lado de la mesa, dos hombres más, editores de sección. También nos acompaña la adorable Eleanor Robins, una de las mejores redactoras de la editorial, competencia directa de Kristen. Pero seamos sinceros, Lee nunca ha tenido nada que hacer contra Eleanor, cuya experiencia y maestría con la escritura y la palabra son capaces de derrotar a cualquiera.

Eleanor fue una de las pocas, junto con Max, que me acogió cálidamente y de inmediato cuando me incorporé a la plantilla de la OMG Magazine hará unos diez meses y le tengo un especial cariño. De hecho, nada más tomar asiento me mira y me guiña un ojo, probablemente para tranquilizarme, sabiendo mi nerviosismo por estar ahí.

Todos los asientos menos uno, junto al Señor Hallway se han llenado. La reunión da comienzo.

—Bien —Dice Hallway. —comencemos la reunión. Como todos me

conocen me voy a saltar las presentaciones. —Añade. Y oigo a Kristen soltar una risita de complacencia. ¡Aaaagggggg! —El Señor Graham, accionista y parte del Comité Editorial ha tenido un pequeño problema de camino a la revista, por lo que va a incorporarse algo tarde a la reunión. —Dice señalando el asiento vacío.

Aún sigo tan desconcertada como antes de entrar. ¿Qué hago ahí con todos los peces gordos de la editorial?

—El primer tema a tratar hoy, —Continúa. —es la nueva sección de la revista, que ha sido aprobada recientemente por el Comité Editorial. Por eso están aquí las señoritas Kristen Lee y Giselle Greene.

¿Qué nueva sección? ¡Más trabajo de corrección! ¡Oh, no!

—La nueva sección, —Dice Lucy Benson, mirándonos directamente a Kristen y a mí. —va a ser de moda. Tocará temas como nuevas tendencias, desfiles, street style, estilismos de las famosas, pero más a fondo de lo que veníamos haciendo ahora... Sin olvidarnos, por supuesto de que la temática principal de la revista es el corazón y no la moda. Empezaremos haciendo una pequeña columna y si tiene una buena acogida, puede que incluso valoremos dedicarle una página completa a la sección.

—Con todo el boom de las redes sociales, los blogs de moda y las it-girls es una temática interesante de cara a mantener el número de ventas y el interés del público más joven. —Añade Theodore.

—Además, el Señor Graham, que está a punto de llegar, es presidente de una cadena de tiendas de ropa muy famosa aquí en Klein, y ha accedido a aportar una generosa cantidad de dinero para hacer despegar esta sección de la revista, con el fin de que publicitemos algunas de sus prendas.

—Es una idea maravillosa. —Digo. —Pero ¿qué tengo que ver yo en todo esto Señor Hallway? —Pregunto algo avergonzada. —Quiero decir, cada vez que sale una columna o sección nueva, Bárbara... —Mierda. —perdón, la Señorita Fraser añade los artículos a mi lista de corrección, nunca he participado en estas reuniones.

—Espere Señorita Greene. Usted siempre tan impaciente. —Dice Bárbara.

—Bien, Señorita Greene, —Continúa Hallway. —el problema ha surgido a la hora de decidir quién debe hacerse cargo de la redacción de dicha columna. Como aún no estamos seguros de la acogida que tendrá no queremos contratar a ningún redactor nuevo especializado en moda. Además, nos gustaría que esto fuera confidencial, no podemos correr el riesgo de que se infiltre y las revistas de la competencia se nos adelanten. Queremos que la persona responsable sea de confianza.

—¡Oh! Gracias Señor Hallway. —Dice Kristen, que ha permanecido en silencio durante toda la reunión. —Entonces se refiere a que yo voy a ser la redactora, ¿verdad? Y Giselle se encargará de corregir los textos. ¡Es fabuloso! Después del gran éxito de mi último artículo le agradezco esta nueva oportunidad. La moda siempre ha sido mi punto fuerte...

—No. Verá, Señorita Lee, no...—Dice Lucy. Pero se detiene cuando la

puerta de la sala de reuniones se abre.

Desde mi posición no puedo ver quién entra.

—Buenos días, Señor Graham. Pase, pase. Le estábamos esperando. —
Dice Hallway.

El susodicho da un paso al frente y entra apresurado. Creo que me está dando un infarto, un tromboembolismo pulmonar y un ictus todo a la vez. Noto mis párpados abrirse tanto que me empiezan a doler los ojos y lucho contra mi mandíbula para que permanezca cerrada.

Graham. El Señor Graham es Ian. Ian Graham. Sí. Mi no-cita. Ese Ian. El mismo. No puede ser. ¡Joder! Que me trague la tierra ahora mismo...

6.

Que gane la mejor

El corazón me va a mil. Ian acaba de tomar asiento en la mesa de reuniones de mi editorial. ¿Por qué no me dijo nada de esto en la no-cita? Vale, ni si quiera le había preguntado por su trabajo, pero porque lo primero que hizo fue decirme que no quería interrogatorios...

Nada más sentarse, se estira la chaqueta, parece que sigue lloviendo fuera porque él también viene algo mojado. Se pasa los dedos por el pelo para colocárselo. Está tan guapo o más que el viernes. No he sabido nada de él en todo el fin de semana, porque cuando terminamos nuestro encuentro decidimos que quedara sólo en eso, un encuentro. Pero no, el karma, los dioses o el universo me lo han vuelto a poner en el camino...

Ian parece inspeccionar a los asistentes a la reunión. Su cara de asombro al cruzarse con mi mirada debe parecerse mucho a la mía en estos momentos. Intenta disimular, y yo también, bajando la cabeza.

—Siento el retraso, me he quedado sin gasolina y no encontraba ninguna gasolinera cercana, luego no me iba la tarjeta de crédito. Ha sido una cadena de catástrofes. —Dice haciéndose el gracioso en la última frase.

¿Un momento? Esto me suena. O su coche consume una barbaridad o ha puesto exactamente la misma excusa que el viernes a propósito para hacerme notar aún más su presencia... No tiene gracia. Todos sonríen. Yo no.

—No te preocupes, Graham. —Dice Hallway. Por supuesto, Ian es uno de los accionistas, estoy segura de que incluso si viniera borracho a la reunión les parecería genial. —Estaba contándoles a todos el nuevo proyecto de la revista, que has financiado y que estamos tan contentos de empezar a trabajar en él.

—Ellas son las candidatas a la redacción. —Dice Lucy Benson mirándonos. —Las señoritas Kristen Lee y Giselle Greene.

A Kristen le cambia el gesto cuando oye la palabra "candidatas". Y a mí también. ¿Están pensando en ofrecerme esa columna? ¿De moda? Mi pasión, mi sueño, mi, mi... ¡Ay! ¡Qué emoción! No quepo en mí de gozo.

—Encantado de conocerles. —Dice Ian desde la otra parte de la mesa extendiendo el brazo, a duras penas para intentar estrechar su mano con las nuestras. La mesa es tan larga que aunque me pongo de pie solo consigo rozar ligeramente sus dedos.

—Estábamos a punto de comentarles que aún tenemos dudas acerca de quién va a ocupar el puesto. —Continúa Kettle. —Por una parte la señorita Lee ha demostrado su destreza en la redacción con su último artículo, que ha

tenido mucha repercusión en redes sociales y en distintos medios. En un primer momento pensamos que ella sería la candidata ideal, dado que cuenta con un gran conocimiento en moda. Es asistente asidua a desfiles y eventos de moda, gracias a la influencia familiar y los contactos de su familia.

Ian escucha atento a las palabras del subeditor. Observo a Kristen que con las últimas palabras de Kettle a empezado a hincharse de placer. Es injusto. Me consta que ella ni si quiera terminó la carrera de periodismo. Eleanor me contó una vez que aún le faltaba una asignatura y el proyecto de fin de carrera, pero como su padre, un importante empresario hotelero tiene muchos contactos, movió hilos para conseguirle el puesto a su niñita en la OMG.

—Sin embargo, —Corta Eleanor. —propuse al consejo, la candidatura al puesto de Giselle. Lleva diez meses trabajando muy duro como asistente de redacción en la editorial y creo que estamos desperdiciando a una gran periodista, que merece algo mejor. No sé si lo saben pero fue una de las mejores de su promoción y además tiene un Máster en Marketing y Comunicación de Moda, que es justo lo que necesita esta columna.

En estos momentos quiero levantarme y darle un beso en los morros a mi salvadora. A mi Eleanor. ¡Chúpate esa Kristen! Ian me mira de reojo. Puedo ver en su rostro un sentimiento de orgullo al escuchar las palabras de Eleanor, como si le emocionara conocer cosas sobre mí. O quizá sean solo imaginaciones de una mente loca como la mía.

—Suenan genial. —Dice Ian. —¿Y cómo piensan escoger a la mejor? Creo que la cosa está muy reñida.

¿Cómo que reñida? ¿Ian? ¿Hola? Estuve bebiendo vino contigo el viernes en un parque, ¿te acuerdas? Vale que no quieras nada conmigo, pero eso debería darme ventaja. Además, yo tengo carrera.

—Señor Graham, —Dice Bárbara de repente. —¿Qué le parece si en primer lugar dejamos que cada una de ellas haga sus alegatos?

—¡Oh! Sí, por supuesto. Me encantaría escucharlas... —Dice, y me mira fijamente.

No sé si voy a ser capaz de concentrarme con esos ojos verdosos clavados en mi pelo encrespado y mi nariz enrojecida. Ya casi me había olvidado de mi aspecto de hoy.

—Yo empiezo. —Dice Kristen. —Creo que el puesto debería ser para mí. Como habéis dicho, en la moda no sólo la formación es importante, también lo es tener contacto con ella. A la vista está que me encantan las tendencias e ir a la última. Siempre me estoy fijando en los grandes diseñadores y tengo el lujo de asistir cada año a la Fashion Week. Además creo que podría compaginarlo perfectamente con el resto de artículos que escribo semanalmente de prensa rosa. Yo ya soy redactora, tengo experiencia y sé como hay que trabajar. En cambio Giselle, ha estado todo este tiempo corrigiendo artículos, y no creo que eso suponga demasiado trabajo porque al menos yo, se los envío perfectamente editados. No creo que esté preparada para algo tan importante. Debería empezar escribiendo el horóscopo o algo de

menos responsabilidad.

Un momento, ¿qué acaba de decir? Será zo.... ¡Gigi contente! Recuerda a Max y muérdete la lengua. Ella sola está quedando fatal. ¿Qué clase de persona necesita pisar al resto para demostrar que es mejor?

—Disculpe Señorita...—Dice Ian tras escucharla.

—Lee. Kristen Lee, para servirle Señor Graham. —Dice Kristen, casi insinuándose. Es lamentable.

—Sí, Lee. Su discurso ha estado muy bien. Está genial que sepa usted tanto de moda pero debería intentar fijarse más antes de comprar imitaciones. Tommy Hilfiger lleva dos emes, no una. Alguien que no sepa de moda podría no apreciarlo pero yo puedo verlo desde aquí.

Los asistentes a la reunión se acaban de quedar boquiabiertos. Kristen está a punto de desmayarse y yo quiero saltar de alegría y comerme a Ian a besos.

—Debe haber sido un error, iré a la tienda inmediatamente a devolver la camisa. Es inaceptable con todo el dinero que me ha costado que ni si quiera pongan bien el logotipo. Pero es verdadera, lo prometo... —Excusa.

—Está bien Kristen. —Dice Hallway. —Escuchemos ahora a Giselle.

—Bu-bueno. —Tartamudeo. —Como ya ha dicho Eleanor hice un Máster especializándome en moda. Siempre ha sido mi sueño escribir sobre ello. Es cierto que no tengo tanta experiencia en la redacción de esta revista, pero he leído todos y cada uno de los artículos que se han escrito. Conozco perfectamente la línea de la editorial y creo que estoy capacitada para escribir una columna a la semana, y más, sobre algo que me apasiona tanto como la moda. Podría incluso compaginarlo con la corrección como hasta ahora.

—Muy bien. —Dice Ian. Y yo me derrito. Lo reconozco, con la defensa que ha hecho ha terminado de ganarme. —¿Está usted familiarizada con la moda en el día a día? ¿Acude a desfiles como su compañera?

Me lo iba a poner difícil. Pero yo podía salir de cualquier situación.

—Sí, claro. Bueno, no del mismo modo que Kristen. Ya sabe, yo no tengo unos padres de los que aprovecharme. —Hola incontinencia verbal. Adiós puesto de columnista. —Quiero decir, no es que Kristen se aproveche, obviamente yo también iría a desfiles si mis padres fueran millonarios. — ¡Cierra el pico Gigi! —No estoy juzgándolo. ¿A quién no le gustaría-ría? — Céntrate. Ya. —Bueno. Lo que quiero decir es que sí, estoy muy familiarizada. Quizá no tanto con los grandes diseñadores, aunque conozco historia de la moda, pero sí con el street style, el prêt-à-porter y la moda diaria, que al fin y al cabo es lo que utiliza el noventa por ciento de las mujeres que leen nuestra revista.

A Ian y a Eleanor se les escapa una media sonrisa al escucharme. Bárbara me da una patada por debajo de la mesa para que cierre el pico y Hallway y Benson no parecen disgustados con mi respuesta. Kristen, por el contrario, está cargando su escopeta.

—Es cierto. —Añade Eleanor. —Las estadísticas están claras. Nuestra revista llega más a gente de a pie. Pero si no me equivoco, Señor Graham, su

marca pretende ser eso, ¿verdad? Una marca de prêt-à-porter...

—Sí. Queremos llevar calidad y moda a un público más general, a precios razonables. No nos encuadramos dentro del low cost, porque ante todo ofrecemos prendas con materiales de primera, pero no queremos ser una marca para solo unos pocos privilegiados. De momento estamos muy contentos con los resultados pero con su ayuda en la revista creo que daremos el último empujón que nos falta.

—Bueno, la cosa está complicada. —Añade Hallway. —Como sabíamos que esto podía ocurrir, hemos pensado en algo para poder tomar una decisión.

—Sí. —Continúa Lucy. —Lee, Greene, tendréis que presentarnos un artículo del tema que elijáis que creáis que se adapta a lo que estamos hablando, para la semana que viene. Los leeremos en el Comité de Editorial, junto con el Señor Graham y tomaremos una decisión definitiva. La elegida empezará enseguida a escribir la columna para la tirada de la primera semana del mes que viene y recibirá por tanto un ascenso y su compensación económica correspondiente.

Hallway cierra su carpeta, y a continuación dice:

—Que gane la mejor...

7.

Punto y aparte

La reunión ha terminado. Y me ha dejado un sabor agridulce. Aún sigo en shock por haberme encontrado con Ian en el trabajo y por haber escuchado los ataques de Kristen, pero por otro, un sentimiento de satisfacción me inunda. Cuando salgo de la sala de reuniones tengo que decidir entre volver a mi puesto de trabajo para contárselo todo a Max, buscar a Eleanor para darle un millón de gracias por todo lo que ha hecho por mí o ir detrás de Ian para agradecerle su defensa.

Bárbara, y el resto de jefazos vuelven a sus despachos. Hallway primero se despide de Ian estrechándole la mano y diciéndole que seguirían en contacto. Eleanor y Kristen se dirigen al ascensor para volver a sus puestos de trabajo. Ian, que me ve salir de la sala parece ignorarme y dirigirse también hacia el ascensor, así que les sigo.

Subimos los cuatro a ese cubículo odioso del que una vez que entras no puedes escapar.

—¿Baja, Señor Graham? —Pregunta Eleanor amablemente.

—Sí, Eleanor. ¿Ustedes también? —Pregunta.

No puedo parar de observarle. Lleva una gabardina de un tono marrón granate, sobre una camisa de color topo, con corbata y pantalones chinos de color marrón chocolate. Es elegante y está claro que sabe de moda... ¿Cómo no me di cuenta el viernes? Iba demasiado bien vestido.

—Sí. —Responde Kristen.

—Pues bajemos entonces. —Dice Ian.

—De acuerdo. —Responde Eleanor.

Yo permanezco en silencio en segundo plano.

—Disculpe por mis comentarios Señor Graham. A lo mejor han sido algo desafortunados. —Dice Kristen. —Pero realmente me encantaría ese puesto.

Le gusta el riesgo. A pesar de estar presente se atreve a comentar lo sucedido delante de mí.

—No me pida disculpas a mí Señorita Lee. Pídaselas a su compañera. —Dice. —Y no he querido decirlo en la reunión para no ensañarme, pero su collar también es falso. Aristocrazy nunca hace esos cierres. Debería cuidar más sus estilismos si quiere dedicarse a esto.

Eleanor y yo nos miramos.

Las puertas del ascensor se abren en la décima. Kristen sale. Eleanor, Ian y yo seguimos bajando. Creo que iré a la baja a tomar algo a la cafetería.

Cuando llegamos y las puertas se abren, Ian sale.

—Buenos días, señoritas. —Dice despidiéndose.

Entonces salgo detrás de él.

—Voy a la cafetería. Necesito un café. —Le digo a Eleanor.

Pero en realidad lo que quiero es pillar a Ian y decirle un par de cosas. Corro tras él unos metros. Es bastante alto y cada uno de sus pasos son como tres de mis pequeñas piernas.

—¡Ian! ¡Ian! —Digo agarrándole del brazo al alcanzarle.

Se gira y me mira asombrado.

—Señor Graham para usted, Señorita Greene.

¿Qué? Nos hemos emborrachado juntos hace tres días y hemos hablado de sexo. ¿No puedo llamarle Ian después de eso?

—Ya había olvidado lo raro que eras...—Digo suspirando. —Solo quería agradecerte la defensa que has hecho después de las palabras de Kristen. Es una arpía.

—No la he defendido a usted Señorita Greene. Era una defensa a la moda.

—¡No me llames así! Me llamo Gigi, ¿o ya se te ha olvidado?

—Te dije que no quería nada serio Giselle. Mira, el viernes lo pasé genial, pero ya está. No somos amigos. Ha sido una casualidad encontrarnos aquí, pero eso no significa nada. Espero que nuestra relación sea puramente laboral.

—¿Qué? ¡Y es puramente laboral! No estoy pidiéndote salir, estoy dándote las gracias. Solo eso. Y no creo que haya nada de malo en tutearnos. Al fin y al cabo el otro día nos emborrachamos juntos...

—¿Sabías que era accionista de la revista?

—¡Pues claro que no! Me he enterado ahora mismo, igual que de la reunión y de los planes de Hallway.

Ian me mira desconfiado.

—¡Oh! ¡Vamos! ¿Crees que utilicé a Tess para llegar hasta ti y que me dieran el puesto? ¡Fue una cita a ciegas! Ni si quiera sabía tu nombre, ni tu edad, ni nada... Ha sido una casualidad. Siento que no entrara en tus planes todo esto. Pero tranquilo, no pienso molestarte más. —Digo firme.

—No creo que seas tan retorcida. —Dice. —Simplemente no quiero que esto interfiera ni en tu trabajo ni en el mío. Si realmente la moda es tu sueño, escribe el mejor artículo y consigue el puesto.

—Pues claro que lo haré. No pretendía utilizar nuestro encuentro para favorecerme... Y me da mucha pena que pienses eso de mí...

Ian suspira, pero su gesto sigue tan duro como antes.

—Tengo que irme. Siento que todo esto haya ocurrido así...Gigi.

Se gira y se va. Y yo quiero llamar a Tess y decirle que por qué narices tuvo que presentarme a este bipolar. No entiendo nada. Acepta ir a una cita a ciegas, llega allí y decide que ya no quiere una cita, luego me lleva a ver la lluvia de estrellas como si fuéramos unos adolescentes y ahora me dice que no quiere saber nada de mí después de haberme defendido delante de todos.

¿Por qué narices no se aclara?

Necesito una copa. O tres. O gritarle a alguien hasta quedarme sin voz.

Creo que voy a subir a ver a Max.

Él es el único hombre del universo al que entiendo...

8.

Tarde de chicas

Después de que Ian me dejara aún más claras las cosas de lo que yo ya las tenía, subí a mi cubículo en busca de la ayuda de Max. Le conté todo y se quedó tan alucinado como yo. Pero estando colado por los huesos de Kristen (aunque eso no entrara en mi cabeza), no pudo decir nada al respecto. En realidad, se encontraba entre la espada y la pared.

A la hora de la salida, volví a encontrarme con Eleanor y pude agradecerle toda su ayuda. Sin su recomendación nunca hubiera tenido esta oportunidad de, al menos, intentar acceder a un puesto mejor y que me gusta infinitamente más.

Acabo de llegar a casa. Como siempre Shak me espera tras la puerta para que juegue con ella un rato. Estoy agotada después de esta dura jornada de hoy, pero no puedo evitar achuchar un rato a esa bolita de pelo gris que tanta alegría me da.

Lo cierto es que, aunque siempre he querido independizarme, vivir sola no ha sido todo de color de rosa. Aún sigo echando de menos encontrar a mi padre al volver a casa haciendo siempre de las suyas en el garaje, intentando construir algún mueble nuevo o arreglando cualquier aparato. Es un verdadero manitas.

Desde que mi madre murió cuando era pequeña, viví sola con él. Ambos fuimos sobreviviendo poco a poco con su trabajo y las horas que yo dedicaba a ayudar a Percy, nuestra vecina en el bar del barrio los fines de semana.

Pero cuando empecé la Universidad, mi padre conoció a una mujer, Rose, y aunque me encantó verle tan feliz, la convivencia comenzó a ser imposible cuando ella se instaló en casa. Por eso me marché y por eso nuestra relación ya no ha vuelto a ser la que era.

Lo que más me apetece ahora mismo en el mundo es llamarle y contárselo todo a él, pero no puedo. El orgullo nos puede... Así que lo que se me ocurre es hablar con las chicas.

Cojo el teléfono móvil y pongo un mensaje por el grupo de WhatsApp que tenemos juntas Tess, Abby, Kate y yo.

—¿Os apetece tarde de chicas en mi casa? —Escribo.

Al instante Abby responde. Es la única que siempre está pendiente del móvil.

—¡Genial! Hoy he tenido un día de locos. ¿Llevo cerveza? —Responde entusiasmada, añadiendo un montón de emoticonos de bebidas.

—¡Me apunto! —Dice Kate. —Esta tarde no tengo planes. Además, Gigi

tiene que contarnos todo sobre su cita. Uuuuhhh. —Pone seguido de corazones.

—No vengáis con demasiadas expectativas. —Advierto.

—¿Y eso? —Dice de repente Tess, que parecía estar leyendo en la sombra.

—Venid a casa y os lo cuento todo. —Digo.

—Está bien. Yo estaré en media hora. —Dice Abby.

—Yo también. —Dicen casi a la vez Tess y Kate.

Media hora después, estoy abriendo la puerta a las tres mujeres más locas de todo Klein. Abby, como había prometido, viene cargada de cervezas. Kate no trae nada, con su presencia basta. Y a Tess se le ha ocurrido que era un buen momento para ver películas románticas y comer helado. Esto va a ser una combinación un tanto extraña.

Las cuatro invadimos mi salón, lo suficientemente grande como para que podamos sentarnos todas en los dos sofás grises que tengo formando una "L" frente al televisor.

—¡Escupe! —Empieza Kate. Hoy está especialmente guapa. Es morena, y tiene un pelo muy rizado y largo. Tiene los ojos de color miel y unos labios carnosos que son la perdición de cualquier hombre. Por no hablar de sus curvas. Creo que tiene ascendencia brasileña y eso explica lo bien que baila. Es una rompecorazones.

—Es muy largo de contar. —Digo. —Creo que voy a mataros.

—¿Qué? ¡Pero si el tío está buenísimo! ¡Tess nos enseñó una foto de él antes de que te fueras a la cita! —Dice Abby.

—Sí. Es increíblemente atractivo, pero es el tipo más raro que he visto en la vida.

—¿Más que tú? —Dicen las tres al unísono. Y después comienzan a reír a carcajadas.

—¿Por qué todo el mundo piensa que soy rara? —Digo a modo de queja. —¡Max dijo exactamente lo mismo!

—Gigi, eres rara. No puedes negarlo. —Dice Tess. —Brad me dijo que su amigo también era algo peculiar, así que pensé que era el perfecto para ti.

—¿Ya sabías que era raro? ¡Podías haberme avisado antes y me hubiera quedado en casa!

—¡Venga ya! No pudo ir tan mal. —Dice Abby mientras se sirve un gran vaso de cerveza. Abby es la única soltera como yo. Bueno, en realidad Kate tampoco tiene novio, pero es un caso aparte porque es incapaz de comprometerse. Abby cortó con su novio casi a la vez que yo, y podía haber sido perfectamente candidata a la cita a ciegas con Ian. Pero esta vez me tocó a mí.

—Llegó tarde y para colmo lo primero que me dijo fue que no quería una cita. Ni a ciegas ni a vistas. No está interesado en una relación.

—¿Qué? —Dice Tess sorprendida. —Brad me dijo que Ian estaba ilusionado con la cita y que tenía ganas de conocer a alguien.

—Pues por lo visto no es así. O quizás le parecí horrible, no lo sé. Pero

ni si quiera me dio la oportunidad de cagarla con mi verborrea. Lo dijo antes incluso de poder decir nada.

—¿Qué raro! —Dice Kate. —Ese tío debe tener algún trauma con las mujeres. —Añade.

—¿Y qué hiciste entonces? —Dice Abby. —¿Te marchaste?

—No. Y aún no sé por qué. Me dijo que podíamos aprovechar y pasarlo bien ya que habíamos quedado. Así que tuvo una brillante idea. Compramos vino barato de un 24 horas y nos fuimos a un parque a jugar al "Yo nunca" y a ver las perseidas.

La cara de las chicas al decir esto ha cambiado a una mezcla de asombro y diversión. Todas empiezan a reír a carcajadas. Kate se tira en el sofá y sube las piernas hacia arriba. Abby casi llora de la risa. Y Tess la pobre me compadece por haberme organizado esa catástrofe de cita.

—Lo siento Gigi, lo cierto es que en la foto parecía normal. —Dice Tess.

—Bueno, lo de las perseidas suena romántico. —Dice Abby.

—Sí. Y lo gracioso es que lo pasé bien. Nos reímos un montón y acabamos medio borrachos, pero cuando me acercó a casa me dijo adiós y ni si quiera me pidió el teléfono.

—Bueno. Olvídate de él. —Dice Tess. —Le diré a Brad que me presente a otro de sus amigos.

—¿El próximo me toca a mí! —Suelta Abby riendo.

—¿No! Para mí. —Dice Kate. —Además, no importa si no quiere nada serio. —Añade riendo.

Todas reímos.

—Aún no he acabado la historia. —Digo cortando las risas. —Para lo que viene yo también necesito una cerveza.

Abby me pasa la botella y me sirvo en unos vasos que había sacado antes de que llegaran.

—¿Aún hay más? —Dice Kate. —Espero que digas que volví e hicisteis el amor hasta que amaneció. Era lo mínimo que podía haber hecho para compensarte el mal trago...

—Siento decepcionarte Kate. —Respondo. —Nada de sexo. Resulta que esta mañana me he reunido con el Comité de la editorial. Quieren hacer una nueva columna y están dudando sobre si debería escribirla la arpía de Kristen Lee o yo.

—¿Y qué tiene que ver eso con Ian?

—Pues que de repente ha entrado en el despacho. Resulta que es el accionista que va a costear la columna para promocionar su empresa textil...

Todas las chicas se quedan boquiabiertas. Acabo de contarles la historia de la reunión. Kate se ofrece voluntaria para hacerle alguna trastada a Kristen en el coche, Abby acaba algo contenta con tanta cerveza y Tess se pasa la tarde comiendo helado y hablándonos de lo feliz que está con Brad.

Me encantan estas tardes. Siempre me han gustado. Llevamos haciendo este tipo de reuniones desde el instituto y ahora que cada una trabajamos en

mundos completamente diferentes, son los únicos momentos en los que parece que todo sigue igual y que nada ha cambiado.

Justo cuando las chicas se marchan de casa, mi teléfono suena. Miro la pantalla. Es Max. ¿Qué querrá a estas horas?

Lo descuelgo.

—¡Tengo una idea genial! —Dice antes de que pueda decir nada.

Max tramando algo. Esto nunca sale bien...

9.

El no-plan

—Gigi, tengo una idea.

—Ya Max, eso ya lo has dicho. Suéltalo. ¿Qué idea?

—Llevo toda la tarde investigando sobre moda por Internet. Yo no tenía ni idea de todo lo que tiene detrás. He encontrado muchas cosas interesantes, la verdad. Incluso un par de películas relacionadas con ello.

—¿Películas? No puedo ponerme a ver películas, Max. Ya soporté tu maratón de Star Wars el mes pasado. —Digo.

—Y te encantaron. —Dice. —Debías ser la única persona en el mundo que no había visto Star Wars. Hice un favor a tu intelecto, era casi un pecado. Pero el caso, no es ese. No quiero que veas ninguna película.

—¿Entonces cuál es tu plan? Dilo de una vez. —Insisto.

—Con el artículo tienes que impresionar a Graham, Graham tiene una tienda de ropa que quiere promocionar, yo tengo una cámara. ¿Por qué no nos damos una vuelta por el centro de Klein y hacemos fotografías a la gente que lleve la ropa de la marca de Graham? He visto varios blogs sobre esto, y lo llaman algo como cazadores de estilo.

—¿Cool-hunting? Eso ya está muy visto Max. Además, es muy complicado saber qué prendas son de la marca de Ian a simple vista, tendríamos que preguntar a muchísimas personas y encontrar a alguien con el suficiente estilo como para merecer estar en una columna de la revista. Y créeme, eso es complicado.

—¿Pero por qué no lo intentamos? Quizás no sea tan complicado...

—El caso es que además de complicado, eso no es que tenga demasiada relación con la prensa rosa. Interesaría mucho más si la que sale con la ropa de Graham es Miley Cyrus o Rihanna.

—Ya, Gigi, pero eso es imposible. En Klein no hay famosos.

—Sí que hay, pero en eventos importantes.

—Que esta semana no se celebran... —Dice.

—¡Jo! Max, ¿qué voy a hacer? Tengo que ganar a esa arpía. Se portó fatal delante de los jefes. Aún sigo sin saber cómo tú, que eres el hombre más bueno del mundo, estás colado por ella. ¿Me puedes explicar qué narices le ves?

—Gigi, ya bastante duro está siendo elegir entre mi mejor amiga y mi... mi...bueno mi nada, Kristen. ¿Sabes que me ha llamado para pedirme que haga unas fotos también para su artículo?

—¿Qué? ¡Habrás dicho que no! ¿verdad?—Como diga que sí voy a

entrar en cólera.

—Verás...Gigi...Yo...

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero de qué parte estás Max? ¡Acabas de decir que ha sido duro elegir! ¿A quién has elegido? —Presiono.

—A ti. Voy a ayudarte a ti. A ella solo voy a hacerle las fotos. Pero a ti te he buscado una idea para que sea mejor que la suya...—Dice algo afligido.

—Un momento, ¿sabes su idea?

—Claro.

—Pues haber empezado por ahí.

—No voy a decírtela Gigi. Tiene que ser un juego limpio. Y te conozco...

—Max, ¿qué crees que voy a hacer? ¿Crees que voy a ir a arruinarle su idea?

—Sinceramente sí.

—Pues no me conoces tanto...

—Gigi...—Dice en tono de burla.

—Max mira, llevo diez meses trabajando muy duro en la editorial en un puesto que no cubre mis expectativas y que desaprovecha toda mi formación. Sabes de sobra que me encanta la moda, que mi sueño es escribir en Vogue y que necesito el dinero. Kristen tiene la vida solucionada, ya es redactora. Es mi única oportunidad para ascender y si yo estuviera en tu lugar te elegiría a ti sin dudarlo. Haría todo lo que fuera por ayudarte...

—Gigi, no me hagas chantaje emocional. Joder, llevo sin estar con una mujer años. ¡Es mi última oportunidad! ¡Se me va a pasar el arroz! Y Kristen es la única que me dirige la palabra para algo más que un buenos días...

—Kristen te utiliza. Y además, no ligas porque no quieres. Si en lugar de estar jugando con la Play todas las tardes, salieras a conocer gente, estoy segura de que tendrías que quitarte a millones de chicas de encima, Max. Eres increíble, inteligente y encima eres guapo... Empieza a valorarte...

—Tú me rechazaste...

—¿Qué? ¡Oh! Max, ya lo hemos hablado un millón de veces!

Sí. Cuando entré a trabajar Max empezó a ponerse demasiado cariñoso conmigo. Yo aún estaba con Piero y por supuesto que le rechacé porque tenía pareja, pero no fue nada personal. Además cuando nos conocimos bien, supimos que hubiera sido ridículo que estuviéramos juntos, estábamos destinados a ser amigos, porque así es como mejor lo pasamos. Para mí Max es como el hermano que nunca tuve y le quiero demasiado como para estropearlo con una relación que no puede ir a ninguna parte.

—No salgo de la *friendzone*.

—Si te consuela, para mí eres como un hermano. Te quiero un montón Max, y por eso no quiero que nadie te haga daño, independientemente de lo del artículo.

—Lo sé Gigi. Soy un idiota por pensar que puedo cambiar a las personas y por guardar esperanzas por algo que claramente no va a ningún sitio.

—No eres idiota. Bueno, sí, eres idiota por decir que eres idiota cuando

no lo eres. —Digo riendo. Puedo oír que él también suelta una risita. —Tener fe en la humanidad y en las personas es increíble, a mí me encantaría tenerla aún. Eso se llama ser buena persona. Y el karma, amigo/hermano, te lo devolverá.

—Pues que se dé prisa. —Dice riendo.

—Este fin de semana te vienes de fiesta conmigo y las chicas. ¡Decidido!

—De acuerdo...—Dice resoplando. —¿Pero entonces qué hacemos con el artículo? Kristen ya tiene el vuelo pagado para los dos a Los Angeles para el partido de Los...—Dice, y se queda callado al darse cuenta de que se le acaba de escapar el plan de Kristen...—Mierda. —Apunta.

—¿Qué? ¿El partido de los Lakers? ¿Pero qué va a hacer allí? ¿Qué tiene que ver eso con la moda? Y has dicho para los dos...¿Te vas con ella?

—Sí. ¡Joder Gigi! ¡Ya me has vuelto a sonsacar la información sin que yo quiera decírtela! Realmente te mereces esa columna, pero por la facilidad que tienes de hacer que la gente se olvide de que los secretos son secretos.

Suelto una risita.

—Esos partidos están llenos de celebrities, creo que se ha enterado de que Jessica Alba va y como es amiga de un amigo de su padre, piensa llevarle alguna prenda de Graham para que se la ponga en el partido y hacerle una foto.

Esa víbora es lista. Y su plan es genial...¿Cómo voy a superar eso? Yo no conozco a ningún famoso...

—Madre mía Max, y ¿pretendías superar ese plan retorcido y perverso y magnífico con una foto de un anónimo por las calles de Klein? Voy a empezar a replantearme tu amistad, cariño...

—Lo sé, el plan era una basura, pero joder, a Kristen se le ha ocurrido todo eso en dos horas y ha conseguido convencerme y comprar las entradas y los billetes de avión. Yo en dos horas sólo he aprendido el significado de prêt-à-porter y de outfit. Era lo más digno que podía ofrecerte...Lo siento Gigi.

—Tranquilo Max. Ya se me ocurrirá algo. Aún no ha ganado, y no pienso dejar que eso ocurra...

10.

Esto es la guerra

Llego a la oficina odiando más que nunca mi trabajo, a mis compañeros y mi mala suerte. Estoy perdida, va a ser imposible encontrar un plan mejor que el de Kristen en tan solo una semana y escribir un artículo digno de la victoria.

Quizá debería hacer caso a Max y confiar en mi talento y mi verborrea para intentar vender como la mejor, una foto de un anónimo por las calles de Klein. Al fin y al cabo, tenía razón, y debía ser un juego limpio.

Llego a mi cubículo desesperanzada y con unas ojeras tan grandes que Max parece confundirme con algún tipo de animal.

—¿Gigi? ¿Estás bien? —Pregunta.

—Sí Max, digo quitándole el café que tiene como siempre en la mesa auxiliar.

—¡Ey! —Dice para pararme. —Eso es mío.

—Yo voy a necesitarlo más.

—Tienes mala cara. —Dice algo compasivo.

—No he dormido nada. No podía parar de pensar qué hacer para la columna. Quiero impresionar a Ian y a Hallway pero no puedo competir contra Jessica Alba...

—Tranquila Gigi. El partido de los Lakers es el jueves. Aún tenemos esta tarde y mañana para pensar en algo y que pueda hacerte alguna foto.

—¡Oh! Genial. Me encanta la presión...—Digo irónica. —He pensado muchas opciones: comentar el último y peculiar desfile de Thierry Mugler, hablar sobre los estilismos de las famosas en la alfombra roja de los Oscars, incluso sobre el nuevo traje de tofu de Lady Gaga.

—¿Un traje de tofu?

—Sí, ahora todas las famosas están con el hashtag “#GoVegan” y tenía que compensar aquel fatídico vestido hecho de filetes. Al menos este olerá mejor...

—Es patético.

—Mucho.

—Aunque es el más impactante.

—Sí pero lo sacó hace una semana. Todas las revistas ya se han hecho eco... En fin, vuelvo a mi cubículo del inframundo a auto-castigarme por mi falta de imaginación y de contactos...

La mañana transcurre con normalidad. Corrijo y corrijo puntos y comas de varios artículos para la tirada de la semana que viene. Max sigue editando

fotos. ¡Como odio la rutina! Además no paro de darle vueltas al artículo, a Ian, a Kristen y al tofu. ¿Y si le envío a Gaga un bote de salsa de soja?

Empiezo a desvariar. También a sentir cierto hormigueo en las piernas de estar sentada casi tres horas seguidas en esta incómoda silla de oficina barata. Miro el reloj de la esquina inferior de la pantalla de mi ordenador y veo que es la hora de mi descanso de media mañana para almorzar. Me levanto de la silla y le digo a Max que si quiere acompañarme.

—Llevo intentando retocar esta foto casi una hora. Me han dicho que tengo que ponerle más celulitis a Beyoncé, pero aparte de que va contra mis principios, es imposible. Es que parece que le estoy dibujando papel de burbujas en el culo. Y a cantidades industriales, porque... —Responde.

—Es enorme. —Digo riendo.

—Ey, es grande, pero a mí me encantan las curvas...

—De acuerdo. No sigas. —Advierto. —Me bajo a la cafetería a por algo de comer.

—Genial, te alcanzo en diez minutos.

Voy hacia el pasillo para bajar. Por suerte el ascensor está vacío. La cafetería de las oficinas del edificio de la OMG es siempre un sitio interesante para pasar el rato de descanso, teniendo en cuenta que ahí se manejan todos los cotilleos de la zona, y no me refiero a los de la farándula, sino a los de los propios trabajadores de la revista.

Henri, el camarero siempre me pone al día cuando le pido mi té rooibos con leche de soja y canela. Dice que soy la única en el mundo que pido eso a media mañana, el resto andan absorbiendo hasta la última gota de café de la vieja cafetera para no dormirse por los pasillos. Aunque de vez en cuando yo también necesito mi chute de cafeína, hoy no quiero ponerme más nerviosa de lo que ya estoy, además esta mañana le he robado el café a Max.

Me pongo a la fila del buffet de desayuno con mi bandeja. Cojo un par de croissants con mermelada y cuando llego a donde está Henri sirviendo las bebidas le pido mi rooibos.

—¡Hola Gigi! Ayer no bajaste a verme... El día no fue lo mismo sin ti. Tengo que contarte muchas cosas. —Susurra esto último por debajo de su bigote canoso.

—Llevo unos días de locos Henri, pero hoy no podía pasar sin bajar. Estoy deseando que me pongas al día. ¡Dispara! —Le animo. Siempre me encanta escucharle. Aunque la mayoría de las veces no conozco a los implicados en el cotilleo, porque las oficinas tienen muchos departamentos, con solo escuchar la forma en que lo cuenta, me alegra la mañana.

—Por lo visto la jefa del departamento de maquetación, la Señora Fitzgerald, ahora Señorita, porque se acaba de divorciar, ha estado engañando a su marido, ahora ex-marido, con Julian el de mantenimiento. Por lo visto se lo montaban en el cuarto de limpieza, entre escobas y fregonas. Más de una vez le he puesto yo el café y andaba algo despeinada y oliendo a algún producto químico...

—¡Oh! —Escucho asombrada. Sé quien es Julian y sea como sea esa tal

Fitzgerald tiene un gusto un tanto peculiar... Julian siempre desprende un cierto aroma a sudor rancio y a tabaco mezclado con olor a limpiacristales. Pero bueno, de todos es sabido que a las mujeres nos vuelve loca un buen mono de trabajo/uniforme. A todas menos a mí claro, yo soy más de hombres trajeados. Los trajes tienen el don de hacer a cualquiera parecer interesante. Aunque, pensándolo bien, tampoco le diría que no a un buen bombero. Quizá haya sido eso. Sí ha sido eso.

—Dicen que puede estar embarazada. De gemelos. Aunque lo dudo, porque creo que ronda ya los cincuenta años, y a esa edad las mujeres ya no podéis quedar encintas, ¿no es así? —Pregunta.

No os lo he dicho. Pero Henri, a sus casi 60 años, nunca ha conocido mujer. Él mismo me lo ha contado en varias ocasiones. Y no por falta de público, sino por falta de interés. Siempre dice que las mujeres somos demasiado místicas y diferentes y que adentrarse en un mundo tan complejo le supondría mucho estrés. Así que su conocimiento en cuanto a menopausia y embarazos es bastante limitado.

—¿Encintas? Henri, aún usas palabras de otro mundo. Y bueno, no es imposible, pero a esa edad lo único que se cría son sofocos, cambios de humor y sequedad vaginal. Aunque esto último creo que a ella no le debe pasar. —Digo riendo.

Henri sonríe.

—¡Ay Gigi! ¿Qué haría yo sin estos momentos? ¿Y tú te has enterado de algo nuevo?

Creo que este es mi momento para contraatacar. No suelo ser mala, pero Kristen se merece un poquito de su medicina y cualquier cosa que le cuente a Henri estará de boca en boca en menos de lo que canta un gallo.

—Las cosas por arriba están algo revueltas, Henri. ¿Aún no te has enterado de la última? —Digo intentando generar intriga.

—No. ¿Qué ha ocurrido? —Dice entusiasmado.

—Por lo visto, Kristen Lee la redactora estrella e hija del millonario hotelero, lleva camisas y zapatos de imitación. ¡Qué aberración! ¡Ah! Y cuentan las malas lenguas que ha cogido "bichitos" ahí abajo. —Digo señalándome disimuladamente. Vale me he pasado. Me he pasado mucho. Pero es que en estos momentos la odio por encima de todas las cosas. Es mala y también se merece sufrir un poquito. Además los bulos en estas oficinas vienen y van como los trenes. Cada pocos minutos sucede algo más sorprendente que hace a todo el mundo olvidar lo anterior.

—¿Cómo? ¡Ay Dios mío! —Dice llevándose las manos a la cara. — Nunca lo hubiera imaginado. Siempre tan aseada... Pues espero que ese pobre chico con el que está desayunando hoy, se dé cuenta antes de que sea tarde... —Añade.

—¿Qué chico? ¿Ha bajado ya Max? —Pregunto asombrada.

—¿Max? ¿El rarito de edición de fotografía? ¡No! ¡Está con un apuesto caballero! Allí en la mesa del fondo... —Dice señalando a la última mesa de la cafetería, junto a las cristaleras.

Giro la cara para averiguar quién es el desafortunado y mi mandíbula vuelve a tocar el suelo como tantas veces lo ha hecho a lo largo de esta semana. Ian. Ian Graham está desayunando con la arpía. ¿Pero qué narices está ocurriendo en este mundo cruel y qué les he hecho yo a los dioses para enfurecerlos tanto? ¡Que alguien me lo explique, por favor!

—¿Le conoces? —Dice Henri.

—Sí, sí. Solo de vista, Henri. —Aclaro, no quiero contarle toda la historia. —Toma, cóbrame. —Digo sacando unas monedas del bolsillo de mi pantalón. —Gracias por todo.

—Gracias a ti, bella dama. —Se despide guiñándome un ojo.

Cojo la bandeja de los raíles de metal de la barra y me dirijo hacia esa mesa. Esto no se va a quedar así. Pienso enterarme de qué va todo esto. No voy a permitir que le haga la pelota al hombre con el que tuve una cita, o bueno, una no-cita pero al fin y al cabo cita. Pienso contraatacar.

Esto es la guerra...

11.

Desayuno sin diamantes

Llego a la mesa del fondo, donde Kristen y mi no-cita están sentados. Cuando me ven acercarme con la bandeja en las manos, ambos ponen cara de sorpresa, aunque no tanta como cuando la coloco en mitad de los dos y me siento con ellos.

Kristen cambia el gesto por uno más amargo.

—¿Qué tal chicos? ¿Desayunando? —Digo como si lo que estoy haciendo estuviera escrito en el libro de las reglas del comportamiento social normal, mientras comienzo a untar la mermelada en uno de mis croissants. Cada vez me parece más divertido todo esto.

—Giselle, me halaga tu repentina exaltación de la amistad y no es por ser grosera, pero el Señor Graham y yo estamos teniendo una conversación privada. —Dice Kristen, intentando guardar los modales. Supongo que no querrá quedar mal delante de Ian. —Si no te importa, ¿podrías desayunar en otra mesa?

—¡Oh! ¿Molesto? —Digo con un tono de falsa cordialidad. —No te preocupes. Termino con los croissants y me marcho. —Añado, mientras me meto un buen bocado en la boca. —Los de aquí son los mejores de toda la ciudad. —Digo con la boca llena y señalándolos. Sé que con lo delicada y fina que es Kristen, mi falta de modales (premeditada) le incomodará. Y eso me hace aún más feliz.

—No. No molesta Señorita Greene. —Dice Ian, con gesto divertido, que acaba de atravesarme con sus ojos verdes, mientras se pasa la lengua por los labios tras tomar un sorbo de su café. —De hecho, insisto en que por favor nos acompañe durante el desayuno.

Kristen explotando en 3, 2, 1... Su cara no tiene precio. Me gustaría que pudierais verla.

—¿Sí? ¡Perfecto! ¡No hay nada que me apetezca más! ¿No vas a acabarte eso? —Le digo a Kristen, refiriéndome a una galleta con pepitas de chocolate que tiene junto a su vaso de manzanilla.

—No. Se me ha quitado el hambre de repente. Puedes comértelo si quieres. Total, no se te va a notar...—Dice. Esto último por lo bajo.

—Oh, no, gracias. Si sigo dándole de comer a mis muslos, no me cabrán en los pantalones. Por cierto, ¿de dónde son los tuyos? Parece que la tela estira bastante...—Contraataco. —Aunque bueno, no aburramos a Ian. —Digo a propósito, sabiendo que le molesta y me retracto por la osadía. No vaya a ser que el señorito se enfade por tutearle. Ya me lo dejó claro, pero a

mí me gusta jugar con fuego...—Quiero decir, al Señor Graham. ¿De qué hablabais antes de que llegara? —Pregunto mirando directamente a Ian.

—Nada importante. —Dice. —Hablemos de lo que tú quieras, Giselle. —Añade, haciendo hincapié en el "tú" y con un tono jodidamente sexy. ¡Oh! Amigo, acabas de darme vía libre...

Cuando aún no me he repuesto de la bipolaridad de Ian, Kristen taladra mis oídos con su timbre. Giro la cara para ver qué dice esta arpía.

—Hablábamos del artículo. Le acabo de contar al Señor Graham que ya lo tengo todo planeado. Se me da bastante bien trabajar bajo presión. ¿Y tú Greene, tienes ya pensado algo?

—No. La verdad. Aún no. Quiero meditar bien mis ideas para no precipitarme. Me gusta el trabajo bien hecho. Soy muy perfeccionista. —Digo.

Ian observa la conversación en silencio. Creo que en el fondo disfruta de nuestro conflicto y eso me da mucha rabia. Me encantaría decirle lo idiota, bipolar y...horriblemente atractivo que es. Y que por eso le estoy empezando a odiar...

—¡Oh! Se me ocurre una idea. ¿Por qué no hablas sobre las rebajas de este año? Creo que se te dan genial las gangas, ¿verdad? Es normal, hay que ajustar la vestimenta al presupuesto de cada uno... —Dice maliciosamente Kristen.

—Tengo un tema mejor. Estaba pensando en hablar sobre las tiendas de falsificaciones. ¿Por qué no me das la dirección de las de tu barrio y así me puedo pasar y preguntarles yo misma? —Empieza la guerra. Que tiemble la oficina...

Cuando creí que estaba a punto de montarse una gorda, una tos interrumpe nuestra conversación. Me giro para ver quién ha osado cortar esto que estaba poniéndose tan interesante y veo a Max con otra bandeja, mirándonos algo aturdido a los tres.

—¡Ho-hola! —Dice temeroso.

—¡Hola, Max! —Dice en tono intencionadamente cariñoso Kristen. —Siéntate con nosotros. —Invita. Y le señala la única silla que queda libre a su lado y justo frente a mí.

Como se atreva a decirle algo fuera de tono a Max, os juro que no me contengo.

—Max, no sé si conoces al Señor Graham, accionista de la OMG y dueño de la cadena de tiendas Monky.

—Hola, soy Max, editor fotográfico, encantado. —Dice mientras ambos se estrechan la mano.

—Soy Ian. —Responde con una amplia sonrisa.

—Me han hablado mucho de ti. —Dice Max. Y le doy una ligera patadita por debajo de la mesa para que cierre el pico mientras le miro de una forma en la que solo nosotros entendemos. No puede decir nada de la cita. —Tanto Kristen como Gigi. —Puntualiza.

—¿Ah, sí? ¡Espero que haya sido para bien! —Dice Ian.

—Sí, sí. Ambas están muy centradas en el artículo. —Aclara. —De hecho estoy sorprendido de que las dos estéis aquí desayunando juntas...— Dice mirándonos ahora a nosotras, como intentando que le de un motivo que resulte convincente.

—Bueno, he visto a Kristen y a Ian, desayunando solos aquí y he pensado que debería hacerles compañía. Aunque estemos compitiendo, no tiene por qué haber mal rollo, ¿verdad Kristen? —Digo con retintín.

—Claro. Ante todo juego limpio. —Dice Kristen.

Ian sigue observando. Parece analizar cada palabra y cada acontecimiento en su mente. Él no necesita preguntar nada, ya me lo dijo en nuestro encuentro. Aún me sigo preguntando por qué narices aceptó la cita si no quería nada más que un rato de diversión. Ian me genera curiosidad con cada uno de sus movimientos. Es muy misterioso y eso no me gusta. No me gusta porque soy la persona más curiosa del mundo y siempre acabo descubriendo todo lo que me propongo...

—¿Y qué te trae por aquí Ian? ¿Has tenido alguna reunión más con el Comité de la revista? —Pregunta Max. Muy bien genio. Es justo lo que quiero saber.

—Sí. Seguimos revisando los acuerdos publicitarios. Justo cuando estaba a punto de marcharme, Kristen me ha invitado a acompañarla en el desayuno... —Responde.

Como siempre tan escueto...

—Pero no tardaré mucho en marcharme, tengo que reunirme esta tarde con algunos proveedores textiles y revisar la nueva colección. Tengo unos diseñadores increíbles trabajando para la cadena, pero quiero echar un vistazo antes de irme de viaje. —Continúa.

Increíble. Más de dos frases en una misma intervención. No doy crédito.

—¿Te vas de viaje? —Pregunta Kristen.

—Sí, quiero tomarme unos días antes de leer vuestros magníficos artículos.

—¿Puedo preguntar dónde? —Insiste Kristen.

Si hubiera querido decírselo lo hubiera hecho en su primera respuesta. Pero claro, ella siempre tan inteligente... Además, ¿qué más da dónde pase sus vacaciones? Kristen es capaz de perseguirle para seguir haciéndole la pelota... Agg.

—Sí, por supuesto que puede preguntar. Pero yo tengo el poder de no responder. —Dice con tono gracioso.

Estaba vaticinando esa respuesta. ¡Toma esa Kristen! Ya debería saber que es un hombre de pocas palabras. Su cara es un verdadero poema. No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia Greene? —Dice asqueada.

—Nada. —Digo aún riendo. Ian me echa una mirada cómplice. Él sabe que yo sabía que iba a responder eso.

—Me marchó Señoritas y Max. —Dice levantándose de su asiento y estirándose el traje. Sí. Lleva traje. Y ya sabéis lo que me gustan los trajes...

—Ha sido un placer. —Concluye, y me guiña un ojo, cuando ni Max ni Kristen pueden verle.

—Adiós. —Decimos Max y yo casi a la vez.

Kristen sigue digiriendo el corte que le acababa de dar. Cuando Graham sale de la cafetería, parece que empieza a reaccionar.

—¡Lo has arruinado todo, maldita correctora andrajosa! —Dice en un repentino ataque de ira. Coge su bolso y se levanta. Antes de marcharse, agarra su taza de manzanilla y me vierte lo que quedaba en ella por encima, sin que pueda esquivarla. —¡Y tú Max, ya hablaremos de esto!—Culmina para marcharse con paso firme de allí.

Max, que no tiene remedio, sale corriendo tras ella.

—¡Kristen, espera! —Le grita.

Yo me quedo ahí sentada, al fondo de la cafetería, observando la escena, con la boca abierta y el pelo empapado de manzanilla, pensando en que al menos, si hubiera sido café hubiese sido peor. Maldiciendo a Kristen en mi interior y pensando en la manera de acabar con ella y toda su especie.

La mayoría de la gente que estaba desayunando en la cafetería se queda mirando asombrada. Ya tienen nuevo cotilleo. Y eso es lo peor, ahora olvidarán los "bichitos" de Kristen...

12.

Fetiches

Hoy es miércoles. El artículo tiene que estar listo para el lunes que viene. Sigo sin ideas. Max se va mañana a Los Ángeles a ver a los Lakers con Kristen, la mujer que ayer me aclaró el pelo con su manzanilla fría en la cafetería de las oficinas, justo cuando el hombre más raro de la ciudad, con el que yo había tenido una cita unos días antes, acababa de irse.

Mi vida se ha convertido en un verdadero caos en los últimos días. Y yo, Gigi Greene, la que siempre tiene un plan, la que no se acobarda por nada, aún sigue más perdida que un pulpo en un garaje.

Acabo de salir del trabajo. Por suerte hoy no me he cruzado ni con Kristen ni con Ian. Puede que también sea porque ni si quiera he tenido tiempo para bajar a desayunar, intentando adelantar trabajo para dejarme algo más de tiempo durante la semana para el artículo. Por supuesto, ahora tengo un hambre voraz, tanto, que decido parar de camino a la parada del autobús, en una cafetería para comprar un sandwich y matar el león de mi estómago hasta que llegue a casa, donde me espera un tupper de arroz con verduras de anoche.

Me atiende una chica rubia, muy jovencita, que amablemente me sirve uno de queso con nueces para llevar. De paso, me pido un vaso de limonada. Algo fresquito me vendrá bien para aclarar las ideas mientras voy en el bus. A Germán, el conductor, no le importará que beba durante el trayecto.

Llego a la parada y me siento en el pequeño banco que está bajo la marquesina para esperar. Desenvuelvo mi sandwich y le doy un enorme bocado, que calma ligeramente a la fiera de mi abdomen.

La avenida está completamente colapsada de coches. Probablemente el autobús vaya a retrasarse. Es lo que tiene trabajar en una de las calles más transitadas de Klein. Mientras mastico, me fijo en todos los detalles que me rodean para intentar evadirme un rato más de mis problemas. Al fin y al cabo me espera una larga tarde de reflexión.

De repente, un coche negro, de estilo clásico y elegante se detiene frente a la parada. Levanto la mirada un poco más, estaba tomando un sorbo de la limonada, y veo que Ian Graham es el conductor del vehículo. ¡Oh no! ¡Bastante tuve con lo de ayer!

Baja la ventanilla por completo, asoma la cabeza y el brazo, apoyándolo sobre la puerta.

—¿Quiere que le lleve a algún sitio Señorita Green? —Dice, elevando la voz por encima de su tono normal, para intentar que le oyera entre tanto

bullicio.

—¡Me llamo Gigi! —Respondo. —¡Y no! ¡No hace falta, Ian! —
Desafío.

Le veo mirar al frente, sonreír ligeramente y hacer un gesto de desesperación.

—No se haga de rogar, Greene. Ya sé dónde vive, no me costará nada llevarla. —Insiste. Sabe donde vivo porque cuando terminamos de ver las perseidas me acercó a casa, en un coche diferente al que lleva ahora.

—Creo que te confundes. Sabes dónde vive Gigi, no esa tal Señorita Greene de la que hablas. —Digo irónica.

La gente que espera también al autobús empieza a mirarnos raro. Ian vuelve a reír. Sus ojos me atraviesan. Se muerde el labio.

—¡Sube al coche, Gigi! —Dice por fin, rindiéndose.

Sonrío y no puedo evitar que se note el sabor de la victoria en mi rostro. Me levanto del banco de la marquesina y me subo a su coche. Al fin y al cabo será mejor que esperar al autobús, aunque probablemente pasaré el mismo tiempo en el atasco.

Ian me mira de arriba abajo nada más poner el culo en su carrocería. Hoy llevo un vestido entallado gris con unas medias tupidas negras y zapatos de tacón. Supongo que habrá vuelto ese Ian que hablaba de sexo en un parque, y no el que no quiere ni si quiera que le tutee.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil, Giselle?—Pregunta.

—No pienso responderte hasta que no me llames por mi nombre. Aún no entiendo por qué no podemos tutearnos. ¿Qué hay de malo?

Ian pone los ojos en blanco y se muerde el labio.

—Que yo sepa te llamas Giselle. Y tutearse no es malo, pero si vamos a trabajar juntos tendremos que guardar las formas...

—Tampoco es que haya mucho que ocultar... —Dice la Gigi bocazas y sincera. —Además, ahora no estamos trabajando.

—Cierto. —Reafirma. —Pero a mí me pone más llamarte Señorita Greene. —Añade girando la cara para echarme otra mirada furtiva.

Cierro la boca para intentar contener una carcajada inmensa pero se escapa por todos los agujeros de mi cuerpo. ¿Qué acaba de decir?

—¿Cómo? —Digo aún sobreponiéndome del genial chiste.

—No pienso repetirlo. —Dice, también divertido. —No sé por qué te hace tanta gracia.

Seguimos parados en el tráfico, así que aprovecho que no puede salir corriendo del coche para soltarle todas las preguntas que llevo haciéndome en la cabeza desde el viernes pasado.

—Sigo pensando que eres muy raro. El viernes me dices que no quieres nada, luego me defiendes de Kristen en la reunión, justo después casi me prohíbes tutearte y ahora me dices que te pongo... ¿Cómo quieres que me lo tome? —Digo.

Sigue sonriendo mientras tiene la mirada fija en la carretera.

—Tómalo como quieras, Greene. —Dice arrastrando las letras al

pronunciar mi apellido. —Tú solo te empeñas en hacer todo lo contrario a lo que digo, así que no servirá de nada.

—En eso tienes razón. Me encanta llevarte la contraria. Por eso sigo prefiriendo Gigi, a Señorita Greene. Siento fastidiar tus sucios pensamientos...—Digo, susurrando esto último, con cierto tono insinuante. Me gusta jugar...

Vuelve a sonreír y cambia de tema. Supongo que no querrá seguir por el camino que estábamos llevando, o la cosa acabaría muy mal...

—Me he enterado de lo de ayer en la cafetería. —Dice.

¡Mierda!...

—Sí...Te perdiste lo mejor. —Digo. —Ha tenido suerte de no cruzarse conmigo hoy.—Refiriéndome a Kristen.

—Os lleváis tan mal por ese tal Max, ¿no es así?

Me asombra su poder de deducción con tan solo observar en silencio las cosas que ocurren. Tiene un don maravilloso...

—Tú y tu facilidad para averiguar cosas... Deberías meterte a médium... Y sí, es por Max.

—Triángulo amoroso. Entiendo. Nunca salen bien...

—Un momento, creo que tu bola de cristal está un poco defectuosa. ¿Triángulo amoroso? ¡Max es mi amigo! Y Kristen solo le utiliza. Tiene la facilidad para manipular a los hombres. ¿Por qué si no ibas a estar tú ayer desayunando con ella? —Suelto sin filtro.

—Estás celosa. —Afirma.

Y me dan ganas de pegarle, pero por mi propia seguridad, ya que es él quien lleva el volante, me abstengo.

—¡Pues claro que no! Tú y yo no somos nada. No me importa si te gusta Kristen...Simplemente me sorprendería...

—¿Por qué?

—Porque aunque eres completamente extraño e impredecible, también creo que eres inteligente y no creo que Lee sea la mujer de tus sueños.

—¿Y cómo crees que es la mujer de mis sueños? —Continúa.

—¡Ey! ¡Basta ya! ¡Debería ser yo la de los interrogatorios! Tú ya sabes demasiadas cosas de mí y yo aún no sé ni de dónde has salido hoy con este coche, que no es el mismo que el del viernes. Todo lo que te envuelve son misterios, Mister Ian Graham...

—Vengo de trabajar, este es el coche de empresa, a Brad se le ha averiado el suyo y le he tenido que prestar el mío particular para que llevara a tu amiga Tess a no sé qué lugar. ¿Te vale la respuesta?

Le miro asombrada por no haberme dado largas como suele hacer con todo el mundo.

—Me vale. —Afirmo sonriendo. Y él hace lo mismo.

Llegamos a la calle donde vivo. Ian para el coche justo frente a mi casa.

—Muchas gracias por traerme. —Digo.

—No hay de qué.

Sonrío.

—Nos vemos a la vuelta de tu viaje. —Me despido, mientras intento abrir la puerta del coche sin derramar la limonada que he llevado en la mano todo el camino.

—Aún no tienes el artículo, ¿verdad? —Dice antes de que pueda salir. Le miro. Realmente parece algo preocupado.

—No. —Digo con sinceridad soltando un leve suspiro.

—Giselle, si la decisión sólo dependiera de mí, no dudaría en escogerte. Pero Hallway será el que tenga la última palabra...

—Gracias, pero no tienes que favorecerme. Si gano quiero que sea por mis propios méritos Ian. Tengo un millón de ideas en la cabeza, pero el problema es que Kristen juega en otra liga... Tiene muchos contactos y va a por todas.

—Lo sé. Lo que quería ayer era contarme sus ideas para el artículo, parecía muy convencida de que no tendrías nada que hacer frente al suyo. Pero no le dio tiempo a acabar de explicarse porque irrumpiste con tu bandeja. Estuviste verdaderamente increíble. —Dice guiñándome un ojo. — Me encantó verte hablando con la boca llena...

No puedo evitar reír.

—Entiendo... ¿Es otro de tus fetiches raros? Los señores calvos, hablar de usted y que la gente hable con la boca llena... —Digo soltando una carcajada. —Menudo morbo. —Añado irónicamente.

Ian me agarra del brazo y me acerca a él. Siento sus fuertes manos acariciando mi piel y su respiración cada vez más rápida. Acerca su rostro a mi oído y me susurra.

—Me gustan más las chicas pelirrojas.

Noto su aliento caliente en mi mejilla y me estremezco. Pero no pienso seguirle el juego, aunque en el fondo me muera de ganas. No se lo merece por sus cambios de actitud.

Me aparto rápidamente, le miro a los ojos un segundo, sonrío y me bajo del coche. Saco las llaves de casa del bolso y abro la puerta. Antes de entrar me giro, Ian sigue ahí analizando cada uno de mis movimientos.

—Nos vemos el lunes, Greene. —Dice, con la ventanilla bajada y su perfecta sonrisa.

Después se marcha.

Y entonces puedo soltar todo el aire que llevaba acumulado. Cada encuentro con Ian Graham me dejaba aún más confundida, y estaba empezando a gustarme demasiado esa sensación de no saber qué iba a pasar la próxima vez. Porque con él, todo estaba siendo inesperado...

13.

Gigi a L.A.

—Max, ¿qué pretendes que hagamos ya? Valoro mucho que hayas decidido pasar la tarde aquí conmigo, antes de irte mañana a Los Angeles, pero en serio, ¿crees que tengo algo que hacer frente a Jessica Alba en uno de los acontecimientos más importantes del mes llevando la ropa de Graham? Porque si lo crees, tienes que decirme quién es tu camello... —Digo mientras recojo los platos de la cena.

Max ha venido hace dos horas, y hemos estado de un lado a otro pensando temas para el dichoso artículo que me está llevando por el camino de la amargura. Pero siendo sinceros con nosotros mismos, es imposible hacer algo que supere a Kristen.

—Gigi, tienes que intentarlo. Nunca se sabe qué puede pasar. Lo de tirar la toalla tan pronto no es propio de ti.

—Ya Max, pero es que estoy cansada de esta pelea constante. También hay que saber cuando retirarse. Además, eso de que nunca se sabe qué puede pasar está muy bien, pero realmente ¿qué puede pasar? Quiero decir, lo único que haría que mi artículo fuera el mejor sería que el partido de los Lakers se cancelase, que Jessica Alba no fuese a verlo o que tú no le hicieras las fotos. Y ninguna de esas tres cosas va a pasar...

—¿Por qué no? ¿Y si Jessica Alba se pone enferma antes de ir?

—¿Insinúas que debería hacerle algo a Jessica Alba para que no fuera al partido?

—¡Pues claro que no! Pobre Jessica...

—Pues no sé cómo cancelar un partido de baloncesto. ¿Y si das a la alarma de incendios cuando llegues? ¿Harías eso por mí? —Digo suplicando y poniéndole ojitos de cordero, a modo de burla.

—No. Gigi. No puedo hacer eso.

—Pues entonces, lo único que puedo hacer es...—Suelto los platos sobre la encimera de la cocina, que separa ésta del salón y salgo corriendo hacia el sofá, donde Max tiene su mochila con su cámara fotográfica, que ha traído por si teníamos alguna idea. La agarro... —¡que te quedes sin cámara para hacer las fotos! —digo riendo, y salgo corriendo por toda la casa.

—¿Qué? ¡Suelta eso inmediatamente Giselle Greene! ¡O te juro que pagarás por esto! ¡Como le pase algo a mi cámara...! —Amenaza mientras corre detrás de mí para alcanzarme.

Puede que no vayamos a solucionar mis problemas, pero lo cierto es que con Max todos se me olvidan. No puedo parar de reír cada vez que quedamos

juntos, sea para lo que sea: cenar, ver diez capítulos seguidos de una de nuestras tantas series favoritas, jugar a alguno de sus juegos de la Play... Cuando digo que es como un hermano, lo digo de verdad.

Max consigue alcanzarme y quitarme la bolsa. Yo caigo rendida en el sofá, riendo a carcajadas.

—¡Ay Max! ¿Por qué siempre acabo metida en estos líos? Ni si quiera Ian piensa que pueda ganar a Kristen.

—¿Has hablado con él? —Pregunta sorprendido.

—Me ha traído a casa después del trabajo. Y me ha dicho que le pongo.

—¿Que le pones qué?

—¿Tú qué crees?

—Qué directo.

—Sí. Él es así... Pero no le he tomado muy en serio. No puede decirme que no quiere tener nada serio con ninguna mujer y después decirme estas cosas...

—Bueno, eso no es una propuesta matrimonial,...

—Ya, pero no pienso tener nada con él. No así. Además, aún pienso en Piero. ¿Estará en Brasil? No creo que le quede bien el bronceado... —Empiezo a elucubrar.

De repente suena el timbre de la puerta y me quedo algo extrañada. No espero visitas.

—¿Quieres que abra yo? —Dice Max.

Asiento haciendo un gesto con la cabeza. Nada más abrir, la rizada melena negra de Kate asoma tras la puerta.

—¡Hola, bombón! —Dice. Y Max se queda ojiplático y algo paralizado por la presencia de mi guapísima amiga. —¿Eres Ian? Porque si eres Ian tienes que decirme quién te hace las fotos... No te recuerdo así en la que Tess nos enseñó. —Añade.

Suelto una carcajada.

—Es Max. —Apunto.

—¡Ah! Ya me parecía...—Dice Kate. —Ya era hora de que nos conociéramos. —Le dice. —¿Por qué no nos has presentado antes, Gigi? —Añade dirigiéndose hacia el sofá. —Eres guapísimo.

—Kate, con Max no. —Digo. Ya la conozco y no quiero que Max caiga en sus redes. Quiero un montón a Kate, pero como ya os he dicho en alguna ocasión, a ella le gusta la variedad, no es una chica de relaciones serias, y conociendo a Max, lo pasaría fatal.

—Tranquila. Hoy tengo un día terrible. Por eso he venido. No te vas a creer lo que me ha hecho Tyler.

Max toma asiento, en el otro lado del sofá. Muy atento a todo lo que dice mi amiga. Se ha debido quedar hipnotizado porque no suelta prenda.

—¿Tyler? ¿El agente de policía que te llevó una rosa a la librería? —Kate tiene una librería propia. Ahí donde la veis es una enamorada de Shakespeare y los grandes clásicos. ¿Quién lo diría? Nadie. Y por eso la queremos.

—¡No! Ese era Brendan y ya pasó a la historia. Tyler es el cocinero del restaurante de la calle donde Abby está haciendo el curso de francés.

—¡Oh! Sí. Es verdad. Tyler. Claro. ¿Cómo no he caído? —No tenía ni idea de quién era ese tal Tyler, pero le seguí la corriente por no parecer una mala amiga. Kate siempre anda con un millón de historietas y es difícil seguirle el ritmo.

—Bueno pues...Un momento...—Dice mirando a Max. —Tápate los oídos. —Apunta. Y después prosigue. Max por supuesto no se los tapa y se echa una carcajada. Parece que se ha relajado. —Pues estaba con él en la cama y me dijo que si podía disfrazarme de Darth Vader, que era su mayor fantasía erótica. ¿Te lo puedes creer? ¡De Darth Vader! ¡Si ni si quiera se me vería la cara! Salí corriendo de allí en un santiamén, en cuanto vi que iba en serio con lo del disfraz. No quería verle sacar también la espada láser.

Los tres comenzamos a reírnos. Me dolía la barriga de estar así.

—Kate, lo que no te pase a ti... —Digo.

—Max, espero que a ti no te guste Star Wars... —Dice Kate.

—Siento decepcionarte Kate. —Dice tímidamente. —Aunque yo soy más de la Princesa Leia. —Aclara.

Volvemos a reír.

—Oye y a qué se debe esta reunión. ¿Qué hacíais antes de que llegara? —Pregunta curiosa Kate.

—Intentar construir un plan malvado para que Kristen no presente un artículo mejor que el mío el lunes.

—¿Cómo? ¿Estáis tramando algo y no me avisáis? ¡Si soy la mejor en esto! ¿Qué ha ocurrido? ¡Contadme! Ya te dije que puedo ir y hacerle algo en el coche...

—Cuidado, Max está enamorado de ella...

—¡No estoy enamorado! —Salta Max. —Solo...Bueno...me gusta.

—¿Esa arpía? Con lo que me ha contado Gigi, hasta yo la odio y ni si quiera la conozco. Bueno, ¿qué ocurre con su artículo?

—Mañana se va con Max a Los Ángeles a ver a los Lakers. Va a fotografiar a Jessica Alba con alguna prenda de la marca de Graham. Es imposible competir contra eso...No puedo hacer nada ni para ganarla ni para impedirselo.

—¿A los Lakers? ¡Pues vámonos! Vámonos al partido. Algo se nos ocurrirá.

—¿Qué? Las entradas cuestan un riñón y además estarán todas vendidas. Por no hablar de que tampoco es que podamos hacer demasiado, que mañana trabajo y que ni si quiera tenemos vuelo a Los Ángeles.

—Mi padre tiene asientos, está abonado. Es un aficionado. Y esta temporada, con lo del accidente de mamá no está yendo a ninguno de los partidos. Puedo pedirle las entradas.

—¡Estás loca Kate!

—Que sí. Mira, yo mañana cierro la librería y listo. Y tú llamas al trabajo y dices que te has puesto enferma. Nos vamos a Los Ángeles. Miraré

un vuelo esta misma noche por internet. Seguro que encontramos alguna cancelación de última hora.

—¿Y qué piensas hacer una vez allí? —Digo aún asombrada por los planes de Kate.

Max tampoco da crédito.

—Eso ya lo pensaremos. ¡Venga Gigi! ¡Tú antes molabas! ¿Hace cuánto que no hacemos una locura? Y más si es por el bien de tu futuro y el de tu amigo Max. No puede acabar saliendo con ella...—Dice guiñándole un ojo.

Aún no sé porqué estoy planteándomelo. Sigue sonando una completa locura, pero en realidad puede que sea la única oportunidad para ascender. Para saltar a la prensa de moda y que otra revista se fije en mí. Tengo que hacer lo que sea por ganar. Además puede que allí encontremos más famosos y podamos escribir algo al respecto sin tener que estropear los planes de Kristen. Me sabe un poco mal hacer juego sucio, estando Max implicado en el asunto...

—Está bien. Aunque todo esto suene a plan estrepitosamente destinado al fracaso, me apunto. Es la única solución. Quizá encontremos allí algo que me inspire para el artículo... —Digo.

—¡Genial! —Dice Kate.

—No quiero saber nada de esto, Gigi. La que se va a liar...

Parece que Gigi se va a L.A.

14.

Go Lakers!

Acabo de llamar al trabajo, con voz nasal, fingiendo un resfriado enorme, para poder escaparme durante un par de días. Aún no sé de dónde voy a sacar un justificante médico que me reafirme. El plan está en marcha. Nos vamos a Los Ángeles.

Por suerte Kate pudo encontrar un vuelo de última hora y conseguir los abonos de su padre. El avión no tarda mucho en llegar a nuestro destino. Hemos alquilado una habitación de hotel para las dos no muy lejos del Staples Center, el estadio de Los Lakers.

Llegamos allí con el suficiente tiempo como para dejar las maletas, darnos una ducha y arreglarnos para asistir al que iba a ser el plan más loco de nuestras vidas. Aún no sabíamos nada de lo que nos iba a deparar la noche.

Estoy frente al espejo de la entrada de la habitación del hotel. Me miro de arriba abajo. No parezco una reportera intrépida vestida así, pero con el poco tiempo que había tenido para hacer la maleta, la mayoría de la ropa decente se había quedado metida en el cesto de la ropa sucia, esperando a que llegase el día de poner la lavadora. Así que me había traído un par de vaqueros negros, unos botines del mismo color y una blusa de color beige con un estampado de cabezas de gatitos. Sí. Gatitos. Me gustan los gatitos. ¿Algún problema? Aparte de que tengo 29 años no veo ningún otro problema...

Veo a Kate salir del baño, donde lleva metida, la última media hora. Sale con un vestido ajustado de color azul marino y unos botines de tacón. Encima se ha colocado una especie de *bomber* de los Lakers. No sé qué parte de su outfit me desconcierta más. Desde luego va fabulosa, puede incluso servir como candidata para mi artículo.

—¡Lista! —Dice Kate entusiasmada.

Le sonrío y le hago un gesto para que nos dirijamos hacia la salida. Cuando estamos en la puerta del hotel llamamos a un taxi para evitar que Kate se rompa un tobillo de camino al estadio. Mira que yo suelo llevar tacones, y de hecho estos botines tienen un poco, pero lo de Kate es de otro mundo. Dignos de Louboutin.

—Kate, sigo sin saber qué vamos a hacer aquí. No tenemos nada planeado. —Digo mientras vamos sentadas en el taxi.

—Lo primero que hay que hacer es llegar allí y averiguar dónde están sentados Max y Kristen. El resto ya lo iremos improvisando. Tenemos que

tenerles vigilados.

—Ya, pero eso no impedirá que haga las fotos o escriba el artículo.

—Max dijo que primero Kristen tiene que encontrar a Jessica Alba para darle la prenda de la marca de Graham. Si no se la da, no servirán de nada las fotos.

—¿Y si ya se la ha dado?

—¿Crees que tiene su dirección? ¡Deja de soñar! Seguro que vuestra amiguita se acercará a modo de fanática, con el plus de que conoce a no sé ni quién del círculo de la actriz, para aprovecharse y hacerle el regalo. Solo tenemos que impedir que eso ocurra.

Suspiro. Kate siempre tiene las ideas más descabelladas, y por lo general, le suelen salir bien, pero no estoy nada confiada esta vez. Espero que hoy el karma esté de mi lado, o si no estará jodida.

Llegamos al estadio. Todos los alrededores están llenos de gente esperando la cola para entrar. La gente con abonos, que no tiene que enseñar la entrada, tiene otra puerta especial para que no tengan que esperar para entrar, así que Kate y yo somos de las primeras en llegar a nuestros asientos.

El estadio es impresionante. Nunca había estado allí en persona. Estaba claro que lo había visto millones de veces por televisión, sobre todo durante la ceremonia de los Grammy o tristemente por el funeral de Michael Jackson. Pero también solía ver de vez en cuando algún que otro partido, pero el baloncesto no era mi fuerte. Ni el baloncesto ni ningún deporte en concreto, siendo sinceros. ¿A quién le puede gustar sudar? Agg.

Me fijo en las primeras filas, las que están justo a pie de pista. Ahí es donde los famosos suelen sentarse. Nosotras aunque estamos a media altura, podemos apreciar bastante bien cada uno de los asientos que poco a poco se van llenando. De momento ni rastro de Jessica Alba, de Kristen o de Max.

—Venga, llama a Max. —Dice Kate.

Y sigo sus órdenes.

—¿Sí? —Responde Max al segundo tono.

—Soy Gigi. Estamos en el Staple. ¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Dónde estáis?

—¡Oh! Sí, hola mamá. —Disimula. Supongo que tendrá a la arpía al lado escuchando cada una de sus palabras. —Hemos llegado bien. Kristen ha reservado un hotel muy cerca de aquí. Acabamos de entrar al estadio.

—¿Cuáles son vuestros asientos? —Pregunto.

—No, mamá, no pienso contarte esas cosas. Eso es algo privado. Ya sabes que no me gusta que te entrometas. Aún no acepto que sigas haciendo cosas como esta...—Max no se había quedado muy conforme con nuestro viaje. Él quería ayudarme pero no de esta manera. Le encanta Kristen y no quiere fastidiar su "escapada romántica" con ella. Además, si Kristen me ve, sabrá que Max nos lo ha contado, pero si no consigo que mi supuesto mejor amigo me diga dónde están no podré hacer nada para impedirlo.

—¡Vamos Max! Te prometo que no me verá. Solo quiero saber dónde estáis para ver cuando Kristen le da la bolsa de Monkey. No quiero estropearlo

tu día, solo necesito el puesto. Lo sabes perfectamente...

—Voy a colgarte. —Dice. Y se oye a Kristen por detrás pidiéndole que cuelgue, que no sabe muy bien dónde se encuentra el sector 105. ¡Gracias Karma! Te prometo que te lo pagaré alimentando a gatitos callejeros o ayudando a cruzar la calle a ancianitas desvalidas durante un mes. Se oye a Max suspirar, al darse cuenta de que probablemente la he oído.

—La he oído Max... —Digo soltando una carcajada. —Tranquilízate por favor. No va a pasar nada.

—Adiós, mamá. —Dice con tono de desesperación y cuelga.

—Lo tengo. —Le digo a Kate. —Están en el sector 105.

—¡Genial! Está a nuestra derecha, unas veinte filas por debajo. —Dice. Y seguidamente saca unos prismáticos del bolso.

—¡Guau! Vienes súper preparada.

—Ya sabes que me encantan las novelas de acción y detectives. —Dice riendo.

—Vale, ¿y ahora qué? —Digo mientras ella sigue inspeccionando el sector.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! —Dice Kate casi chillando. —¡No me lo puedo creer!

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Digo algo asustada.

—¡Es Kim Kardashian! ¡La mismísima Kim K.! ¡Con Kanye West!

—¡Kate! ¡Me habías asustado! Deja de cotillear y céntrate. Que eres la culpable de que esté aquí al borde del infarto. Tengo el corazón a punto de salirse por mi boca.

La gente continua llenando el estadio. A nuestro alrededor empiezan a sentarse aficionados cargados de merchandising de los Lakers: manoplas, camisetas, gorras... También hay algunos de los Denver Nuggets, el equipo contra el que juegan hoy. De vez en cuando oímos a unos cuantos gallitos discutiendo por ver cuál es el mejor equipo.

—¡Denver Nuggets! ¿Pero qué nombre es ese? —Dice uno.

—¡Os vamos a llenar de salsa barbacoa! —Dice otro.

—¡No tenéis nada que hacer contra nosotros! —Contraataca uno de los Denver.

Me siento verdaderamente extraña en este ambiente. Me gusta mucho más el aspecto de las filas de abajo, donde la farándula pasea sus mejores looks frente a los jugadores en lugar de llenar todo de palomitas, cerveza y gritos.

—¡Mira! ¡Ahora sí! Allá van Max y Kristen. Acaban de sentarse.

Le quito los prismáticos a Kate, pero no consigo ver dónde están.

—¿Dónde?

—¡A la derecha! En el sector 105.

—¡Eso ya lo sé! —Digo mientras sigo con esa cosa pegada a los ojos. Debemos ser las únicas que aún seguimos de pie. El hombre de detrás está empezando a impacientarse y acabo de notar cómo una de sus palomitas rebota directamente en mi nuca. Me giro dispuesta a pegarle un rugido, pero

entonces una voz un tanto peculiar inunda mis oídos.

—¿Señorita Greene? —Dice.

Mi corazón pega un vuelco, y yo con él. Giro la cara en busca del dueño de la voz, aunque por supuesto ya sé quién es...Ian. Ian está en el partido de los Lakers. ¿Alguien más se apunta? ¡Vamos! ¡Que aún mi corazón aguanta un par de sustos más! ¡Estamos de rebaja! Lo único que me falta es que aparezcan también Bárbara, Hallway y Julian el sudoroso hombre de mantenimiento.

Me quito inmediatamente los prismáticos de la cara e intento esconderlos detrás de mi trasero para que Ian no los vea y acabe de pensar que soy tan rara como él. Que lo soy, pero hay que disimular.

—¡Ho-Hola, Ian! —Digo casi tartamudeando.

Ian está en el pasillo que divide los diferentes sectores de las gradas. Nos separan dos aficionados.

—¡No sabía que te gustaban los Lakers! —Grita algo emocionado. —
¡No me dijiste que venías!

Me resulta divertido verle así, aunque va vestido de forma más informal que a la oficina, no pierde el punto elegante que le caracteriza.

—¡Ya sabes Graham! ¡Tú nunca preguntas! Pero, ¡premio! lo has averiguado...—Digo disimulando.

—Disfruta del partido. —Dice.

—Sí...¡Vamos Lakers! —Digo y levanto el brazo haciendo como que vitoreo. ¡Mierda! Es el brazo de los prismáticos...

Me ha visto. El plan está muerto. ¿Cómo podía esto salir bien? Era imposible...

Bienvenidas al mundo de Gigi Greene. A la que el karma, la casualidad y el universo siempre le ponen las cosas aún más complicadas...

15.

Ángeles y algunos demonios

Las cheerleaders inundan el estadio con sus enormes pompones y sus cortas minifaldas. Las gradas, completamente llenas, rugen al unísono de la música y hasta Kate parece estar disfrutando del ambiente. Ha comenzado a bailar al ritmo de la coreografía de las bailarinas y los aficionados de nuestro alrededor no paran de escanearnos. Quizás más a Kate que a mí. Un momento. No. Definitivamente, más a Kate que a mí. Sus curvas no tienen nada que envidiar a las de Kim.

Yo, más que disfrutar del momento, sigo atragantada por la situación. Ian está aquí. Kristen y Max están aquí. Kate y yo estamos aquí. ¡Oh! Y sigo sin un maldito plan.

—¡Kate! ¡Deja de bailar y piensa algo! ¡Estoy al borde del infarto!

—¡Relájate Gigi! ¡Disfruta un poco! Todo va a salir bien.

—¿Todo va a salir bien? Esa es la típica frase de ánimo absurda que todos decimos cuando en realidad o no tenemos ni la más remota idea de qué decir o por el contrario sabemos que lo que va a ocurrir irremediablemente es catastrófico. —Digo. Las gradas siguen jaleando, así que alzo más la voz, casi gritando para que Kate pueda escuchar toda mi reprimenda de niña enrabiada y furiosa. —Es como cuando Abby montó aquella fiesta clandestina en su casa en séptimo curso. “Todo va a salir bien” le dijimos. Y ¡no! ¡nunca! ¡never! ¡mal! Estuvimos castigadas tres meses, mi padre me obligó a ir a aquel campamento cristiano, a Tess le tuvieron que rapar el pelo después del tinte rojo que alguien le echó por encima y el chihuahua del vecino acabó con un trauma enorme después de que alguien le metiera en el horno más de una hora, por suerte apagado. Eso no iba a salir bien. Ni lo de hoy tampoco. Estamos condenadas al fracaso...

Kate, que después de tal sermón me mira como si fuera un bicho raro, se limita a decir:

—Pues yo me lo pasé genial en esa fiesta. Me ligué a Mason, el capitán del equipo de fútbol. No estuvo tan mal.

Suspiro hondo en un intento de no asesinar lenta y dolorosamente a esa descarada a la que llamo amiga y me siento para intentar pensar en algo útil y que me saque de esto ilesa.

Cojo los prismáticos y busco de nuevo a Max y a Kristen. Bajo lentamente por las gradas y me topo repentinamente con la cara de Ian. Pego un pequeño salto de la impresión. Intento seguir con mi misión, pero su atractivo rostro me deja prendada. ¡Qué guapo está! La bufanda de los Lakers

hace juego con sus ojos. No. Espera. ¿Desde cuando el verde, el morado y el amarillo combinan? ¡Gigi te estás quedando gilipollas!

El asiento junto a Ian está vacío. Me empiezo a preguntar con quién habrá venido. Quizás no sea para su acompañante, y puede que justo el aficionado que ocupa esa posición esté en el baño, o comprando perritos calientes. No me parecería raro que hubiera venido solo. No necesita a nadie más. Ian Graham se basta solo. Lo ha demostrado.

Dejo pasar la escena para ver si mi amigo el *pagafantas* y su amante coreana han hablado ya con Jessica Alba y así acabar de asimilar mi derrota, pero cuando muevo un poco la dirección de mis lentes, una despampanante rubia de larga melena e infinitas piernas se sienta junto a Ian.

En este momento creo que una palomita del suelo se ha quedado pegada a mi mandíbula, que debe estar rozando el frío cemento del piso del sótano.

—¡Será capullo! —Suelto de repente.

Kate me mira algo pasmada.

—¿Pero qué ocurre ahora Gigi? —Pregunta.

—Ian. —Musito.

—¿Qué ha hecho? —Ruge, quitándome los prismáticos. Parece observar lo mismo que yo. —¡Ey! ¿Quién es esa? ¿Y por qué lleva el mismo vestido que yo? —Dice algo mosqueada. Más por lo del vestido, por supuesto.

—No lo sé. Pero pienso averiguarlo. —Digo robándole de nuevo las lentes.

Comienzo a espiar cada detalle. ¡A la mierda el puesto! ¡Que se lo quede Kristen y su precioso artículo sobre Jessica! En este partido hay cosas mucho más interesantes.

La rubia de cintura de avispa ha tomado asiento junto a Ian, que parece encantado por la situación. Ha dejado de mirar a las animadoras para recorrer su vista por toda la anatomía de la joven. ¡No me puedo creer lo que veo! ¡Ese maldito embaucador se va a enterar! ¿Es su novia? Porque si es su novia pienso vengarme. ¿Cómo se atreve a tener una cita conmigo teniendo novia? Bueno, una no-cita. Pero al fin y al cabo era un propósito de cita, que al final fue una no-cita. Con lo cual tiene el mismo delito. ¿Y qué hay de lo de “me gustan más las pelirrojas”? Porque esa tía es rubísima. Casi platino.

Mientras mi cuerpo encoleriza, los jugadores empiezan a salir al campo y todo el mundo se pone de pie para animar. Un tío enorme intercepta mi campo visual, así que me levanto en un vano intento de seguir con mi espionaje.

—¡Deja ya los prismáticos Gigi! Veamos un rato el partido. Seguro que se nos ocurre algo. A ver, hemos venido desde Klein para chafarle el plan a Kristen. No podemos irnos sin hacer nada... —Dejo de escucharla a mitad de frase.

Estoy concentrada haciendo malabarismos para ver si mi querido Señor Graham ha resultado ser un capullo integral. Que no es que me importe. Quiero decir, ¿por qué tendría que importarme? Al fin y al cabo no ha pasado nada. Ni va a pasar. Fue una no-cita. ¿No? Ahora solo somos medio

compañeros de trabajo. Ni si quiera compañeros enteros. Por suerte no tengo que verle en las oficinas a diario, si no no aguantaría ver su perfecta cara y su perfecto cuerpo en sus perfectos trajes y sus relucientes... ¡Otra vez Gigi!

¡No lo puedo evitar! Lo reconozco. Estoy celosa. Muy celosa. Puede que en mi mente hubiera ya imaginado un par de escenas muy sexys, muy muy sexys con Graham. Puede que incluso también me haya imaginado como sería hacer un trío con él. No os lo voy a negar. Pero el tercer eslabón era Orlando Bloom, por supuesto y no una rubia.

¡Ay Dios! Giselle Greene, ¡relájate!

Me quito los prismáticos de los ojos en un intento de acabar con esta locura de una vez por todas y centrarme en lo importante, pero en un arrebato de mi cotilla interior, esa que me hizo estudiar periodismo, me subo de pie en el asiento y me planto los prismáticos de nuevo para ver algo. Solo veo cabezas, manoplas de los Nuggets y gente saltando. ¿Dónde te has metido Ian?

El tipo de detrás se empieza a poner nervioso.

—¡Oye! ¡Bájate de ahí! ¡No vemos nada! —Me grita. Pero me da igual. Quiero ver que están haciendo esos dos.

Veo más cabezas, palomitas y cervezas voladoras, brazos en alto, y... ¡Ahí están! Creo que aquella cabellera castaña es la de Ian.

El nerviosismo del aficionado de mi retaguardia va en aumento. De repente, todo el estadio se queda en silencio ante una jugada de los Lakers, que acaba anotando tres puntos. O eso le he entendido a Kate que también lo celebraba.

En este preciso instante el caballero de los Lakers de detrás, que por supuesto se ha perdido el tiro porque mi culo tapaba su visión, acaba de ser poseído por la mismísima niña del exorcista...

—¡Maldita pelirroja! ¡Me he perdido el tiro por tu culpa! —Dice mientras agarra su cubo de palomitas.

Adivino que no ha sido un repentino golpe de hambre y que pretende vaciarlo sobre mi cabeza. Lo esquivo ágilmente, aún subida en el asiento, con tal mala suerte de que el cubo acaba rebotando sobre la calva de un aficionado de los Denver Nuggets. Este se gira de inmediato y empieza la mayor pelea que he visto en mis 29 años de vida.

El de los Denver, ya de por sí enfadado por el reciente aumento en el marcador de los Lakers, agarra su cerveza y se la lanza a su adversario, que acaba empapado. Él y todos los que estamos a su alrededor. Ha sido una bomba expansiva.

Una pareja de aficionados que estaban junto a Kate, comienzan a insultar al de los Angeles Lakers. Sus acompañantes se meten también en la pelea. Uno a uno todos y cada uno de los allí presentes se enzarzan en una guerra masiva de comida, bebida e insultos varios.

La brasileña y yo conseguimos escapar hacia el pasillo central entre la muchedumbre. Me gustaría decir que escapamos ilesas, pero no. Era imposible salir de eso en condiciones. Kate tiene el pelo lleno de helado de

fresa y yo, aparte de tener cerveza hasta en las bragas, llevo ketchup y mostaza sobre los gatitos de mi camisa. ¡Bravo Gigi! Te has lucido.

El móvil empieza a sonar en mi bolsillo. Es Max.

—Dime Max...—Digo desganada.

—¿Estás bien Gigi? Estoy viendo una pelea enorme en tu zona. ¿Qué ha pasado?

—Mejor no preguntes. —Advierto mientras me sacudo el ketchup con mi mano libre y me quito de la cara unas gotas de algo pegajoso. ¡Ag! —Espero que tu noche esté yendo mucho mejor que la mía.

—Aún no hemos hecho nada. Al parecer Kristen pretende esperar al descanso para darle la ropa a Jessica. Está esperando a que su contacto le de luz verde para ir a hablar con ella.

—Mmm, interesante. —Digo, mostrando indiferencia. —¿Y cómo es que estás hablando conmigo? ¿Te has escapado para que no te oiga?

—Le he puesto la excusa de que iba al pasillo para ver qué ocurría y así asegurarme de que la pelea no llegaba hasta nuestra zona. Pero, ¿qué te ocurre Gigi? ¿Te has rendido?

—Sí Max, me rindo. Espero que tus fotos salgan preciosas y que el artículo de Kristen se lleve el premio. No tengo nada que hacer aquí...—Digo algo desesperanzada. —Ian está aquí también ¿sabes? ¡Con una chica! Él tiene la culpa de todo, él y su maldita tienda de ropa... No pienso escribir nada haciéndole la pelota. Ni si quiera me gusta el baloncesto. ¡Me voy! —Digo decidida.

—¿Qué? ¿Ian está en el estadio? ¿Dónde? ¿Y quién es la chica? —Dice Max.

—Está unas cuantas filas por debajo de la mía, a la derecha. Y no sé quién es la chica, ni me importa.

—Déjame que mire a través del objetivo de la cámara para verlo más cerca...—Añade, haciendo una pausa. —¡Oh! ¡Ya le veo!

—¡Mira qué bien! ¡Al menos uno de los dos no está ciego como un topo! —Digo ironizando con mi genuina y fallida hazaña de espionaje.

—Oye Gigi...—Dice Max haciendo una pausa. —¿De verdad no sabes quién es la rubia?

—No. Solo he podido verla de espaldas. ¿Por qué? ¿Tú sí sabes quién es?

—Pues claro... —Dice entusiasmado. —¡Menudo bombazo! —Exclama.

—¿Bombazo?

—Esa tía es Brittany Clark, el nuevo fichaje de Victoria's Secret...

¡Oh! ¡Estupendo! Gigi Greene contra un ángel de medidas perfectas...
¿Puede pasar algo más en una sola noche?

16.

Aliens

Viernes a mediodía. Kate y yo acabamos de bajar del avión de vuelta a Klein. Tras la escena de la pelea, la cita de Ian con el ángel y mi fallido intento de arruinar los planes de Kristen, nos fuimos a mitad del partido. No había nada en el mundo que me apeteciera menos que estar allí, así que convencí a mi amiga brasileña y nos fuimos. Kate, la pobre, tuvo que aguantarme el resto de la noche en el hotel, contándole de una forma tras otra lo desgraciada que era mi vida últimamente.

Por suerte no hemos coincidido en el mismo vuelo ni con la coreana ni con mister Graham. Claro que viendo lo visto, puede que él vuele en jets privados...

Vuelvo a casa para encontrarme con Shak, que debe estar echándome de menos. Era la primera vez desde que tenía a esa bolita de pelo que se quedaba una noche sola. Siempre duerme a los pies de mi cama. Cuando estaba con Piero también, y él lo odiaba porque decía que acababa con la ropa llena de pelos. Pero con pelos o sin ellos, la gata resultó ser más fiel que él.

Abro la puerta de la entrada y allí está, esperándome, ronroneando y moviendo la colita de un lado a otro.

—¡Ay Shak! ¡Vaya día! —Le digo mientras me agacho a rascarle bajo el morro.

Hoy es uno de esos días en los que me encantaría llamar a mi padre. Descolgar el teléfono y contarle mis problemas. Escuchar uno de sus consejos. Pero no. No voy a hacerlo. Lo último que quiero es que su mujercita me responda y me amargue lo que me queda de día. Así que el único que me queda para levantarme los ánimos es Sheldon. Sí, Sheldon Cooper. Pienso tragarme media temporada de The Big Bang Theory si hace falta, con un gran bote de helado (¡oh! ¡Sí! ¡Qué típico!) y mi té rooibos. ¡Qué narices! ¡Nada de té! ¡Pienso tomarme un buen gin-tonic!

Voy hacia la cocina para ver si me queda algo de ginebra de la última vez que los hice en casa con las chicas, pero antes de llegar, mi teléfono móvil empieza a sonar. Miro la pantalla luminosa y veo que es Max. Descuelgo.

—Dime Max...—Digo algo cansada.

—¿Estás ya en Klein, Gigi? —Pregunta.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Charlar contigo. No te volví a ver en tu asiento en el Staple Center. ¿Os fuisteis?

—Sí Max.

—¿Vas a decir algo más aparte de “Sí, Max”?

—No Max. —Digo para hacerle de rabiar. Se oye un suspiro.

—Giselle, tengo buenas noticias para ti y quería verte para contártelas. Solo era eso, pero si vas a estar en ese plan...

—¿Buenas noticias? En estos momentos lo único que me alegraría es saber que cayó un meteorito en el Staple, sobre el cual iban montados unos alienígenas que abdujeron a Kristen y a la rubia que estaba con Ian, y no hay ni artículo ni ángel de Victoria. ¿Ha pasado eso? —Pregunto sarcástica.

—No. No fue un meteorito. —Dice Max, soltando una risilla. —Lo que nos aplastó a Kristen y a mí fue una avalancha de aficionados lanzándose comida y peleándose. Lo que ocurrió en tu zona se expandió al resto y se montó una verdadera batalla campal en pocos segundos. Los de seguridad empezaron a desalojar las gradas.

—¡Oh! ¡Vaya! ¿Alguien sabe por qué se peleaban? —Dije titubeando. ¡Mierda! ¡Todo había sido mi culpa!

—No. Supongo que fue por la tensión del partido. Los Lakers iban ganando y los aficionados de los Nuggets tienen fama de peleones. Pero bueno, eso no es lo que te quería contar. La cosa es que cancelaron el partido, y como te digo, los de seguridad empezaron a desalojar a todo el mundo, los primeros por supuesto fueron las celebrities. Por lo tanto, Kristen se quedó sin foto.

—¿Qué? —Dije aún sin creer las palabras de Max. —¿De verdad? —Añadí mostrando un claro entusiasmo. —¡Eso es genial!

—Genial para ti, no para ella.

—Sinceramente, me alegro. No se merece el puesto más que yo... —Digo aún a riesgo de parecer malvada. —Solo espero que no te haya repercutido a ti todo esto. ¿Te ha echado Kristen la culpa de algo?

—Al principio estaba algo enfadada, pero luego la salvé de ser arrollada por un perrito doble con extra de cebolla crujiente, y entonces se le pasó. Aunque he de decir que está algo histérica por haberse quedado sin tema para el artículo. Me ha llamado antes y estaba bastante tensa.

—Seguro que se las arregla perfectamente. Es Kristen. No te olvides.

—Bueno esto te da ventaja. —Dice.

Y tiene razón. Que a Kristen se le hayan arruinado sus planes hace que ambas estemos ahora mismo en la misma situación. Sin nada

y con el tiempo en nuestra contra.

—Ya y eso es genial Max. Pero ¿sabes qué? Se me han quitado todas las ganas de impresionar a Ian después de verle allí con esa chica. Aún no entiendo cómo me ha podido engañar así.

—Pero si no habéis tenido nada, no te está engañando Gigi. —Dice Max, muy razonablemente.

—¡Da igual Max! Para mí es un engaño y punto. No puedes tener novia

y tener una cita a ciegas. Eso no funciona así. —Respondo algo enfadada. —
¡Además me dijo que le ponía llamarme Señorita Greene! ¡Eso no se dice si
tienes novia!

Max parece haber sentido un escalofrío.

—Voy a olvidar esa última frase. —Dice después. —No sabes si es su
novia. En las fotos que les hice no salen haciéndose caricias ni besándose ni
nada. Simplemente están sentados disfrutando el partido. Nada más. Puede
que sean solo amigos.

—¡Claro Max! ¿Tú te harías amigo de ese portento sin tener ninguna
mínima intención más con ella? —Digo movida por los celos. Como si no
podiera existir amistad entre un hombre y una mujer sin ninguna segunda
intención. Como si se me hubiera olvidado que el hombre con el que estaba
hablando era mi mejor amigo y ya. —Un momento. —Recapitulo. —¿Has
dicho que les has hecho fotos? —Añado tras darme cuenta de lo que Max
acababa de decir.

—Sí. Les hice un par de fotos después de que me llamaras. Era la nueva
modelo de Victoria's Secret. No soy un perverso pero no me disgustaba
tener un par de fotos de esa pedazo de...—Para, conteniendo alguna burrada.
—profesional de la moda, claro. —Intenta arreglar.

Suelto una pequeña carcajada.

—Quiero verlas. —Digo casi como una orden.

—¿Para qué? No quiero que sufras más.

—Mándamelas ya mismo. —Insisto.

—Como quieras, pero luego no quiero ni una sola llamada con llantos.

—No voy a llorar. Simplemente se me acaba de ocurrir una idea
maravillosa...

Gigi Greene de nuevo en acción.

17.

Vendetta

—Giselle, ¿de verdad crees que escribir un artículo escandaloso sobre el mismo hombre que tiene que decidir si es o no merecedor de aparecer en la nueva columna de la OMG, es algo adecuado? —Dice Tess mientras toma su taza de café.

—Yo no diría adecuado, diría atrevido. Pero lo voy a hacer. Tomadlo como una especie de venganza. —Respondo sin quitar ojo a la hoja en blanco del Word de mi portátil, que descansa sobre una de las mesa de la cafetería que hay junto a la librería de Kate.

—Eres una temeraria. —Dice Abby. —Te estás jugando el puesto de trabajo.

—Hoy es sábado. Tengo que entregar el artículo el lunes. No tengo nada mejor que ofrecerles, así que, no tengo nada que perder. Además, lo mejor de todo va a ser ver su cara cuando lo lea. Solo tengo que pensar por dónde empezar... —Digo aún mirando a la pantalla.

—Me encantas Gigi. —Dice Kate. —Aunque si fuera tú, yo lo que haría para vengarme es montármelo con su hermano. O con la modelo de Victoria's Secret. Está muy bien.

—¿Cómo? —Dice Tess escandalizada, escupiendo el café de su boca tras oír la frase de Kate.

Abby y Kate se echan a reír. Yo por el contrario sigo inmersa en mis pensamientos.

—Solo bromeaba. —Excusa Kate. —Aunque bueno, ya sabes, nunca digas nunca... —Añade soltando otra risilla.

—¡Deja de decir tonterías Kate! —Suelta Abby. —No conozco a nadie que le gusten más los hombres que a ti. Por cierto chicas, aparte de todo lo de Graham, ¿pasó algo más interesante?

—¿Más interesante que eso? —Digo asombrada. No podía haber nada más interesante. O al menos para mí claro.

—¡Qué va! —Dice Kate. —Me puse aquel vestido azul de Monkey tan ajustado pero ni con esas conseguí que algún hombre interesante se acercara... Solo había aficionados furiosos lanzándose comida por culpa de Gigi...—Concluye y pega un suspiro.

—¿Por culpa de Gigi? —Dice Tess.

—¿El vestido era de Monkey? —Pregunto inquietada.

—Sí, a ambas. ¿Por qué te interesa tanto lo del vestido? —Cuestiona Kate. —Y Tess, lo de la pelea es una larga historia...

—¡Porque es el nexo de unión! —Grito como una loca. La mitad de la gente de la cafetería se me queda mirando.

—¿Qué dices? —Dice Abby.

—Estaba pensando como enlazar la noticia de Graham con la modelo y que el artículo siguiese siendo de moda y de Monky.

—¿Y qué tiene que ver el vestido de Kate en eso? —Pregunta Tess.

—La rubia llevaba mi mismo vestido. Puede que ese fuera el problema de que no ligáramos... —Puntualiza Kate, siempre tirando para su terreno.

—Monky es la marca de Ian. ¡Es genial! ¡Por una vez el universo me sonrío chicas! —Digo esperanzada.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Es genial! ¡Vas a escribir un artículo que deja por los suelos a tu jefe! —Dice sarcástica Abby.

Entonces empiezo a recapacitar. Es una locura. Lo sé. Pero no hay nada en este mundo que me apetezca más que dejar a ese capullo con la cara helada y después poner un punto y aparte a toda esta situación. O mejor dicho, un punto y final. Y seguir en mi puesto de correctora. O si me echan, que también es una posibilidad (por descarada), pues, buscarme otra cosa que realmente me llene más que lo que hago. Voy a ser valiente y voy a dejar a esos jefes de pacotilla boquiabiertos.

—Chicas, esto va a ser el diario de una muerte anunciada. Espero que al menos me llevéis flores cuando pase al otro barrio...—Digo antes de soltar una risotada.

Ya estaba todo decidido.

18.

¡Moda, Cumbia y mucho Pop!

Lunes por la mañana. Bajo del autobús con más ojeras que un mapache, el pelo encrespado y un calcetín de cada color. Por suerte llevo las botas altas y no se ven.

He estado todo el fin de semana dándole vueltas al maldito artículo, pero al final creo que he sido capaz de hacer algo que les va a dejar boquiabiertos. No veo la hora de ver la cara que pone Graham al leerlo. La pena es que el artículo solo servirá para que escojan entre una u otra y nunca verá la luz, porque lo que más gracia me haría sería verlo en todos los quioscos.

Llego a mi cubículo del inframundo y tomo asiento. Max no me quita ojo. Sé que me está mirando raro el pelo, ha debido notar que he dormido mal este fin de semana.

—¿Qué te ha ocurri...

—No digas ni una palabra acerca de mi pelo. —Le interrumpo antes de que pueda continuar.

—¡Oh! De acuerdo. Entonces lo diré de tus ojeras. —Dice divertido. Le fulmino con la mirada.

—Max. No estoy de humor. Estoy muy nerviosa. —Digo mientras le acerco el dossier con el artículo para que lo lea. Max no sabía aún para qué quería las fotos que le hizo a Graham.

—¿Es el artículo? ¿Sobre qué lo has escrito? No me contestaste a los mensajes, maldito duende pelirrojo. —Refunfuña antes de abrirlo.

—Tú mismo. —Digo haciendo un gesto para que lo abra.

Max se pone a leer y según avanza en las líneas de mi redacción sus ojos se van abriendo más y más, hasta que su boca hace lo mismo. Levanta la mirada para fijarla en mis ojos y dice:

—Giselle, ¿qué mosca te ha picado? Graham es el que va a decidir quién escribe la columna. Esto es un suicidio.

—Lo sé. ¿Por qué te crees que estoy tan nerviosa?

—¿No has podido hacer el *coolhunting*? ¡O haberle puesto una manopla de Monky a tu gata! ¡Madre mía Gigi! ¡Más de uno va a infartarse en esa reunión! ¡Cómo me gustaría verlo!

—Míralo por el lado bueno. Kristen conseguirá el trabajo y tú te llevarás la gloria. ¿Qué habéis hecho al final? Cualquier cosa será mejor que esto...

—Ya lo verás...

—¡Oh! ¡No aguantaré ni un minuto más sin saberlo! —Digo sarcástica. —Así que me voy a los despachos, no quiero llegar tarde. Deséame la mejor

de las muertes, porque la suerte ya la he perdido.

—¡Mucha mierda Gigi!

Me dirijo hacia el ascensor con el artículo en la mano y voy a la duodécima planta. Cuando las puertas se abren Kristen ya está allí preparada con su artillería, de nuevo junto a la planta verde. Esta vez las distingo bien, porque ella lleva un vestido de un chirriante rosa fosforito.

—Buenos días Kristen. —Digo educadamente. Ella me mira con aires de superioridad.

—Buenos días Giselle.

Tras unos instantes de tenso silencio vuelve a abrir la boca.

—¿De qué has hecho el artículo? —Pregunta curiosa esa pequeña víbora de lengua viperina.

—De las tiendas de segunda mano a las que vas, por supuesto. —Miento a propósito. Su cara se empieza a poner roja de furia, pero no le da tiempo a contraatacar porque Bárbara llega en el momento justo.

—Hola chicas. Pasad a la sala de reuniones, todos os están esperando.

—Dice señalando la puerta de acceso.

Creo que mis piernas deben estar temblando pero en un impulso de valentía las fuerzo para mantenerse firmes y entrar con buen paso a la reunión.

La mesa tiene la misma disposición que la primera vez que estuve en esa sala y todos los presentes han tomado las mismas posiciones. El Director, Peter Hallway preside la mesa, a su lado derecho están Lucy Benson, Theodor Kettle y Eleanor Robins. A su izquierda Ian y Bárbara Fraser. Después Kristen y yo. Los otros editores esta vez no están.

Ian no para de mirarme y cuando todo el mundo está pendiente de nosotras, me guiña un ojo. Me entran ganas de arrancárselo. No he sabido nada de él desde el partido. No tengo su número de teléfono ni sé dónde vive, sino ya hubiera ido a cantarle las cuarenta. O en realidad no, porque hubiera parecido una loca celosa sin sentido alguno. Que puede que lo sea, pero no es cuestión de hacerlo ver de esa manera.

—Buenos días a todos. —Comienza Hallway. —Como sabéis estamos aquí para decidir quién de las dos, la Señorita Lee o la Señorita Greene, va a encargarse de la nueva columna.

—A continuación leeremos los dos artículos y cada uno de vosotros tendréis que rellenar un pequeño cuestionario que os he dejado sobre la mesa en cada uno de vuestros asientos, valorando diferentes aspectos de las redacciones del 1 al 5. Siendo el 1 la peor puntuación y 5 la mejor. Sumaremos las puntuaciones de ambos artículos y la más alta será la elegida. —Explica Lucy.

—¿Qué aspectos se valorarán Señorita Benson? —Pregunta Kristen.

—Originalidad, gramática, frescura, concordancia con el tema que se os pidió,... Nada del otro mundo Kristen. Si has escrito un buen artículo, no tienes de qué preocuparte. —Responde Benson.

—Bien. —Dice Hallway. —Pasadme los artículos.

En este momento empiezo a darme cuenta de la locura que he hecho. ¿Cómo van a tomárselo bien? Es imposible. Mi pulso empieza a acelerarse y mi mano al coger el dossier con el artículo comienza a temblar. Eleanor me mira desde el otro lado de la mesa, me hace un gesto para que me tranquilice. Su mirada es la de una madre completamente segura de las capacidades de su hija. Solo espero no defraudarla.

Alargo el brazo para que Hallway pueda tomar mis hojas. Kristen hace lo mismo.

—Yo los leeré. —Dice Lucy Benson, tomando los artículos. — Empezaremos por el de la Señorita Kristen Lee. Aseguraos de que ponéis las calificaciones en la hoja correcta. —Concluye, refiriéndose a los que hoy, además de jefes, son mis jueces. Y a Ian, que aún no ha parado de mirarme. Me está empezando a poner nerviosa.

Lucy abre la carpeta en la que Kristen lleva su artículo y reparte a los presentes un ejemplar del mismo. Ambas hemos hecho copias para todos.

El comité da una rápida ojeada al conjunto.

—De acuerdo. —Dice Hallway. —Cuando quieras puedes leerlo Lucy.

La Señorita Benson, se aclara la garganta y comienza a leer: *“Buenos días, queridos lectores. En esta nueva sección, yo, Kristen Lee, les voy a introducir en el mundo de la moda de la mano de los más prestigiosos diseñadores internacionales y de los personajes más famosos de las alfombras rojas. Por suerte, tengo el placer de conocer personalmente a muchos de ellos. Es el caso de mi gran amiga, la cantante de cumbia pop, Betty Ramírez, nominada en la sección “Mejor Album Cumbia” de los últimos premios Grammy Latino...”*

Lucy hace una pausa. Y tose.

¿Quién narices es esa Betty Ramírez? No he oído ese nombre jamás, y no estoy segura de si los aquí presentes tienen algo más de idea de quién es que yo. También es cierto que la música latina no es mi fuerte. Yo soy más de Queen. Pero por el gesto de Ian y de Bárbara, puedo adivinar que ellos tampoco saben nada.

—Disculpad. —Interrumpe el Señor Kettle. —Puede que sea algo, digamos, inculto musicalmente hablando, pero no tengo ni idea de qué es la cumbia pop y muchísimo menos de quién es esa tal Betty. ¿Me lo podéis explicar?

A Ian se le escapa una media risilla que intenta disimular mordiéndose el labio. Bárbara sigue ojiplática mirando el papel de un lado a otro. Lo que no sabe es que va a tener que reservarse algo de humedad en sus ojos para desperdiciar con el mío. Y Hallway parece algo confundido.

—La cumbia pop es un género súper revolucionario. Muy en tendencia. Es una forma de versionar canciones de siempre con un toque actual y latino. La mismísima J. Lo. las utiliza en sus entrenamientos de Zumba y Betty es su favorita. —Suelta Kristen.

—¡Oh! Entiendo. —Dice Kettle aún algo aturdido. —Continúa Lucy.

—¿Por dónde iba? ¡Ah! ¡Sí! Los Grammy... *“nominada en la sección*

“Mejor Álbum Cumbia” de los últimos premios Grammy Latino, con quien he tenido el gusto de charlar sobre moda. Betty es una fiel seguidora del estilo “Sporty-chic”. Este estilo mezcla prendas más glamurosas con otras que habitualmente usamos para hacer deporte. En la foto que se adjunta, se puede apreciar una recreación “low-cost” del look que la cantante de moda lució para la gala de dichos premios, celebrada el pasado mes en Las Vegas. Betty nos muestra como combinar una simple falda entubada y unos tacones con una sudadera de lo más casual y estar divina para una alfombra roja. Para que todas vosotras podáis recrearlo también, os diré que la preciosa sudadera podéis encontrarla aquí mismo en Klein ya que el creador de tal maravillosa obra de arte es el guapísimo Ian Graham, dueño de la cadena de tiendas Monkey, que están causando tanto furor. Así que ya sabéis chicos y chicas, si queréis sentir os tan geniales como las mismísimas actrices de Hollywood solo tenéis que acercaros a vuestra tienda Monkey más cercana y haceros con una prenda deportiva para mezclarla con vuestras mejores galas. Nos vemos la semana que viene con otro nuevo consejo de parte de vuestra mejor redactora, Kristen Lee.”

Lucy termina de leer. Lo cierto es que el artículo no está nada mal, quitando la parte de que nadie conoce a la susodicha y la del peloteo extremo a Graham con lo de “maravillosa obra de arte”. ¡Que es una simple sudadera gris con rayas blancas! Bueno, también merece especial mención la humildad de la última frase, pero eso era de esperar viniendo de Lee.

Es mi turno y tengo sentimientos totalmente enfrentados y contradictorios. Por un lado quiero ver la cara que se le pone a Ian y a Bárbara cuando lean mi artículo, pero por otro sé que me estoy jugando la única oportunidad que hubiera tenido de ascender de no ser por la continua cadena de catástrofes que rodean mi vida.

—Pues este ha sido el artículo de la Señorita Kristen Lee. Tenéis unos minutos para rellenar el cuestionario. —Dice Benson. —¿Alguien tiene algo que decir antes de seguir con el de Greene?

Todos permanecen en silencio, hasta que la voz de Mister Graham rompe la armonía.

—Me gustaría hacer un par de aclaraciones para que se tengan en cuenta a la hora de puntuar el artículo. —Dice.

—Adelante. —Añade Hallway.

—Kristen, el tema que has elegido está bien. Es cierto que el Sporty-chic está pisando fuerte en todas las pasarelas y, en fin, no tengo el gusto de conocer a la tal Betty Ramírez, pero el público latino puede ser un buen objetivo. El problema es que el artículo tenía que promocionar mi marca. Y no veo ni el nombre ni ninguna prenda de mis tiendas.

¿Qué? Ian está empezando a desvariar. En el artículo, aunque me cueste defender a Kristen, pone su nombre, y la sudadera que lleva la cantante teóricamente es de la marca.

—Disculpe Señor Graham. —Dice Lee con cierto retintín. —No quiero ofenderle, pero debería usted leer con más detenimiento el artículo para que

se de cuenta de que nombro claramente la cadena Monkey más de una vez, y que además la sudadera de la imagen es de su tienda. No entiendo a qué se refiere.

Todos los presentes miran entonces a Ian algo confundidos.

—Mi marca es Monky, no Monkey. Es un error imperdonable teniendo en cuenta que es lo único que ha tenido que investigar usted a la hora de realizar el artículo. Claro, que dudo que lo sepa, ya que ni se ha molestado en escoger una prenda de la tienda. No tengo constancia de que esa sudadera esté en nuestra última colección. Y créame que reviso una a una las prendas que crean mis diseñadores para que todo esté acorde al estilo de la marca. Por tanto, no soy yo el creador de tal “maravillosa obra de arte”. —Finaliza, parafraseando el artículo.

Ahora sí todos están boquiabiertos, ojipláticos y sin saber dónde meterse. Incluida Kristen que empieza a enrojarse. Puedo adivinar que su pequeño cuerpo está llenándose poco a poco de furia, ira y un millón de sentimientos que le llevarán a la explosión de un segundo a otro.

Mientras, yo sigo alucinada con lo que está ocurriendo esta mañana en la sala de reuniones. No me puedo creer que Lee no haya sido lo suficientemente cuidadosa como para, al menos, hacerse con ropa de la marca de Ian.

—Yo...Yo...Ha sido un error Señor Graham. Por supuesto que sé que su marca se llama Monky. Ha debido ser el corrector. Ya sabe como son las tecnologías. Y lo de la sudadera...no sé que ha podido pasar, le encargué expresamente a...

—Está bien Lee. No necesitamos escuchar más. Tenemos poco tiempo y debemos darle la oportunidad también a Giselle de ver su artículo. No quiero oír más excusas, has tenido tiempo suficiente de revisar todo eso antes de presentar tu redacción. —Dice con tono enfadado, Hallway. —Le pido disculpas, Señor Graham. —Añade dirigiéndose a Ian.

—No te preocupes Peter. —Responde éste.

—Bien. Leamos el de Giselle. —Dice Hallway. —A ver si nos da menos disgustos. —Añade.

¡Oh! ¡Dios mío! ¡Ahora Lee me ha dejado a Hallway enfadado! ¡Viva! Una vez más, Gigi Greene, el universo conspira contra ti.

Lucy coge mi dossier, lo abre y reparte de nuevo un ejemplar a todos los miembros del Comité. Toma su copia entre ambas manos y comienza a leer.

¡Sálvese quien pueda! ¡Que yo me voy a bailar cumbia!

19.

El artículo

Bienvenid@s lectores y lectoras a la nueva sección semanal de moda de la OMG magazine. En primer lugar permítanme que me presente: Me llamo Giselle Greene y soy la nueva redactora encargada de ponerles al día de las nuevas tendencias que inundan los armarios de las reinas y reyes del papel couché.

Para la primera columna, me desplazé el pasado jueves, al Staple Center, para ver el partido que disputaron Los Angeles Lakers contra los Denver Nuggets y de paso echar un ojo a los modelitos de los famosos que frecuentan con asiduidad tales acontecimientos, portando sus mejores galas. Kim Kardashian con sus vestidos ajustados, Rihanna con sus nuevas rastas e incluso me pareció ver al ahora solitario Brad Pitt (¡ojo solteras!).

Por desgracia, mi investigación no duró mucho ya que el partido tuvo que ser cancelado por las disputas de los aficionados. Sin embargo, mi ojo de águila captó en primicia un pequeño detalle antes del desalojo, y es que esa noche en el Staple volaron algo más que perritos calientes y cervezas. Nada más y nada menos que la nueva incorporación en la plantilla de Victoria's Secret, Brittany Clark, desplegó sus alas para deleitarnos con su presencia en el estadio.

La jovencísima y delicada angelita, se dejó ver por las gradas muy bien acompañada por un apuesto caballero de cabellos castaños, con el que tuvo varias muestras de cariño. Tras las investigaciones de esta redacción, hemos sabido que la compañía de la que disfrutaba la modelo, era el Señor Ian Graham, fundador y director de la famosísima cadena de moda Monky, cuya primera sucursal fue abierta aquí en Klein y de la cual proviene el maravilloso vestido que portaba la modelo para la ocasión y que podéis apreciar en la imagen. Muy en tendencia, por cierto.

Lo sorprendente de la relación es que según varias fuentes de alta fiabilidad, parece ser que Brittany no es la única mujer con la que sale el Señor Graham en la actualidad. Por lo visto, el galán no pierde para nada el tiempo, ya que se le ha visto con una bella mujer de pelo cobrizo a la salida del Brixton hace apenas unas semanas.

¿Qué pensará dicha mujer al conocer la noticia? ¿Acabará el Señor Graham con un par de calabazas? Estaremos al tanto de todo lo que vaya ocurriendo. Por el momento, nos basta con conocer su marca, la cadena de tiendas Monky, que pone a nuestra disposición una amplia gama de prendas de buena calidad a un precio muy competitivo, a la altura de un verdadero ángel de Victoria's Secret. ¿A qué esperáis para echar a volar con uno de

esos vestidos? Yo ya me he hecho con uno. Os despido hasta la próxima semana.

Con amor,

Gigi.

And the winner is...

Lucy termina de leer. Deja el artículo sobre la mesa. Nadie ha dicho ni una sola palabra durante la lectura. Un silencio sepulcral se ha apoderado de la sala y lo único que ha cambiado paulatinamente ha sido el gesto de Hallway mientras avanzaban las líneas.

En estos momentos no sé dónde mirar. He visto de reojo como Eleanor se lleva la mano a la cara para ocultar su asombro y cómo Bárbara abre los ojos como platos.

Kristen, por su parte, está celebrando interiormente su ahora anunciada victoria a pesar de los tremendos errores de su artículo.

La tensión en el ambiente puede cortarse con un cuchillo. Ninguno de los presentes parece saber qué decir. Estarán debatiéndose entre hacerle la pelota a Graham y echarle de la sala, o reconocer que de los dos artículos, el que más se acerca a lo que se ha pedido es el mío.

Puede que sea algo masoquista pero creo que estoy disfrutando de la situación. No se deja sin palabras a un comité editorial todos los días.

De repente Hallway, tose para aclararse la garganta y dice:

—Bueno,...eh...en fin...¿alguien tiene algo que decir? —Pregunta, quitándose el muerto de encima.

—Creo que yo. —Dice de repente la voz del único asistente al que no me había atrevido a mirar tras la lectura. Sí. Graham.

Sus ojos me atraviesan firmemente. Por su gesto no consigo adivinar si está realmente enfadado o si su tremendo ego interior está gritando un “gracias”.

Todos le miran, expectantes por sus palabras.

—Me sorprende enormemente su valentía Señorita Greene. Presentarse aquí con un texto sensacionalista sobre la persona que tiene que valorarlo, reconozco que es, además de un gesto temerario y tremendamente estúpido, muy valiente. En realidad,... —Dice, pero de repente, la melodía de The Big Bang Theory saliendo a todo volumen desde mi bolso le corta. ¡Mierda! ¡He olvidado poner el móvil en silencio! Todos me miran y yo me lanzo a por el teléfono para colgar. Antes puedo ver que quien llama es un número desconocido. ¿Quién narices será? Ya llamaré luego.

—Lo siento. —Me disculpo. Veo a Eleanor contener una risilla.

—Quería decir, —Continúa Ian. —que en realidad, analizándolo bien, cumple todos los requisitos que se pedían: Habla de moda, menciona mi marca, y además lo ha enfocado todo al mundo del corazón, que es el tema

principal de la OMG. Creo que sería todo un éxito si se publicase. Para mí es usted la ganadora. —¿Cómo? ¿Que soy la ganadora? Está completamente loco. Eso no era lo que tenía que decir. ¡Tenía que enfadarse! Ese era el plan, al menos. —Aunque, he de decir que es un gran alivio que estos artículos solo sean para la elección y no para la primera columna. No me gustaría que la chica pelirroja, de la que se ha informado usted bastante bien, pensase que mi relación con la Señorita Brittany Clark es algo más que una mera relación laboral...—Concluye arrastrando las palabras y sin quitarme un ojo de encima.

¿Una mera relación laboral? Permitidme que me ría. ¡Yo no me voy a partidos de los Lakers con Hallway! Sí, ese mismo que ahora tampoco sabe muy bien qué decir. El desconcierto es generalizado.

—Me gustaría decir un par de cosas. —Añade de repente Eleanor. Todos la miran. —Quería romper una lanza a favor de Giselle. Sabéis que no suelo opinar en estos temas y confío siempre en las maravillosas decisiones que tomáis tanto Lucy, como por supuesto tú, Peter. Pero en esta ocasión me gustaría aportar mi punto de vista. Creo que ninguno de los artículos ha sido el acertado. A la vista está. Por eso, en mi caso, voy a valorarlos teniendo en cuenta los pequeños detalles. Sé de primera mano que la señorita Greene ha estado dándole vueltas al tema toda la semana y trabajando duro, y que uno de sus sueños es escribir sobre moda. Como ya dijimos en la primera reunión, está perfectamente cualificada para hacerlo y darle esta oportunidad sería maravilloso para poder descubrir nuevos talentos, que den frescura a la redacción.

—Gracias Eleanor. —Digo aún emocionada. Es experta en hacerme nudos en la garganta.

—Perfecto. Si nadie tiene nada más que añadir...—Dice Lucy.

—Si vamos a posicionarnos. —Corta Bárbara. —A mí me gustaría decir algo sobre Kristen. —¡Maldita Barbie! —Aunque haya tenido unos minúsculos errores, que estoy segura de que se hubieran solventado teniendo un par de días más para revisar el artículo, su redacción es francamente más acertada. Me parece una osadía que Greene haya escrito sobre el fantástico Señor Graham, sin ni si quiera cerciorarse de que la relación que existía entre la modelo y él era meramente profesional, como bien ha dicho el mismo Señor Graham. ¿Dónde están las fuentes? ¿Dónde está la veracidad?

—¡Oh vamos, Bárbara! —Corta Eleanor. —¿Qué hay de interesante en una entrevista pésima a Betty Ramírez? ¡Ni si quiera sabemos quién es! Además, ¿crees que no ha habido tiempo en una semana de al menos saber sobre qué marca estás haciendo publicidad? ¡Hemos tenido que escribir artículos exprés en esta redacción! ¿O ya no te acuerdas de cuando escribimos sobre la boda secreta de Megan Fox, para el número que salía esa misma tarde? En esta revista hay que saber trabajar bajo presión. —Concluye.

Eleanor nunca había soportado a Bárbara. Ni Bárbara a Eleanor. Eso siempre había sido sonado en la editorial. Por lo visto el puesto de Bárbara

iba a ser para Eleanor, por experiencia y antigüedad pero una jugada bastante rastrera por parte de Bárbara, le alzó con la victoria. Por eso Eleanor siempre había tenido cierto cariño por los desfavorecidos en la redacción. Entre los que yo me encontraba.

—Sí, pero es intolerable poner en peligro las relaciones comerciales de la revista. —Sentencia Bárbara. La cosa se está empezando a encender.

—¡Pero si Ian acaba de decir que el artículo de Giselle debería ganar! —Puntualiza Eleanor. —Si Giselle no gana, volverá a perder el puesto el mejor candidato. Como ha ocurrido aquí en otras ocasiones. —Dice dirigiéndose esta vez a Hallway.

Todos observamos la escena en silencio. Eso último claramente hacía referencia a su caso. Y no dudo que ella fuera la mejor en aquella ocasión. Eleanor es la persona más profesional, humilde y educada que he conocido en mi vida y estoy segura de que si ella dice que fue la que debía haber ganado, es que realmente lo merecía.

Mi fiel defensora, comienza a marcar sus puntuaciones en la hoja. La toma con sus manos y se la entrega a Hallway, para después decir:

—Espero que me disculpéis toda esta escena. Me conocéis perfectamente y sabéis que no suelo comportarme así, pero me dolería mucho volver a ver una injusticia en esta editorial, así que prefiero marcharme y no influir más de ningún modo. Que tengan una buena mañana. —Concluye, se levanta y abandona la sala de reuniones, no sin antes hacerme un gesto de complicidad, que me permite agradecerle con la mirada todo lo que había hecho por mí.

Los asistentes se disponen a escribir sus puntuaciones. Está claro que de momento tengo dos a mi favor: Ian y Eleanor; y que Kristen tiene a Bárbara y probablemente a Kettle que, aunque no se ha posicionado ni ha dicho nada durante la reunión, todo el mundo sabe que siempre vota lo mismo que nuestra Barbie Fraser, porque estuvieron liados. Hecho que influyó enormemente en la victoria frente a Eleanor hace años.

Por lo tanto, la decisión final la van a tener Hallway y Benson.

Lucy recoge las hojas y concluye:

—Está bien chicas. Revisaremos las puntuaciones y los artículos. Decidiremos la ganadora y por lo tanto, la que opta al puesto durante esta tarde. Mañana nos reuniremos con cada una de vosotras y os comunicaremos la decisión final. Mucha suerte a ambas, podéis volver a vuestros puestos de trabajo.

—Gracias Lucy. —Digo.

—Gracias Señorita Benson. —Dice Kristen, intentando ser más correcta que yo.

Ambas salimos de la sala de reuniones. Kristen acelera para tomar el ascensor, que me cierra las puertas en las narices. Cosa que agradezco. Lo último que me apetece en estos instantes es estar encerrada en un metro cuadrado con Lee durante unos minutos que se hubieran hecho eternos. Ni si quiera sé si hubiera salido viva de allí, con todo lo que tenía que tener dentro

esa olla a presión.

Me tomo un instante para respirar hondo y repasar mentalmente toda la locura que ha sucedido en ese despacho en la última hora y media. ¿Cómo narices voy a trabajar ahora el resto del día? ¡Nos merecemos el día libre solo por la tensión que tenemos encima!

Al final, mi terrible y temerario artículo se ha hecho un huequito en la final y tiene posibilidades incluso de ganar. Lo cual es totalmente absurdo e increíble, pero que en el fondo tiene a mi yo interna gritando y bailando sin parar una divertida cumbia-pop.

21.

Ascensores

El maldito ascensor sigue sin subir y empiezo a impacientarme. No quiero cruzarme con Ian ni el resto del Comité a la salida del despacho. Además tengo que ir a buscar a Eleanor, para agradecerle todo lo que ha hecho por mí y para ver si necesita algo después del mal rato que ha tenido que pasar y a los que no está acostumbrada.

También estoy deseando ver a Max y contarle todo. Me hubiera encantado que hubiese podido estar allí para verlo todo desde primera fila, aunque no estoy muy segura de qué lado se hubiera posicionado. Pensar que le gusta la engréida de Kristen me eriza el pelo de todo el cuerpo.

Por fin las puertas se abren. Miro detrás de mí para asegurarme de que nadie ha salido aún de la sala de reuniones y así poder respirar tranquila por no tener que compartir el ascensor. Entro y pulso la tecla del piso de las oficinas de edición para volver a mi cubículo y me quedo mirando cómo se cierran las puertas lentamente. Cuando sólo quedan unos diez centímetros para que ambas se toquen, veo salir a Graham de la sala. Mi corazón se pone a mil y en mi fuero interno le grito a las puertas animándolas a continuar rápidamente y completar el cierre. Graham corre hacia el ascensor y mis ojos lo ven pasar todo a cámara lenta como si fuera el fin de mis días. En un movimiento ligero y casi de ninja, Ian consigue meter su mano en la mínima rendija que existe entre ambas puertas y el sensor, que siempre está roto en todos los ascensores del edificio, milagrosamente responde abriéndolas.

Mi cara de póker me delata. Ian entra al ascensor y pulsa el botón del piso bajo, donde está la salida. Las piernas me tiemblan y por primera vez en la historia de la humanidad Gigi Greene no sabe qué decir.

Ian se aclara la garganta. Le miro de reojo aún en pánico y él gira su rostro hacia mí.

—Eres increíble Giselle.

—¿Eso es bueno o malo? —Titubeo.

Ian se ríe.

—¿De verdad me estuviste espiando en el partido? —Pregunta casi alagado. Su maldito ego le delata.

—¡Pues claro que no! Tenía cosas mejores en las que pensar.

—Quién lo diría. —Dice sarcástico.

¡Oh no! No pienso aguantar esta conversación. Me niego a escuchar a Graham justificándose en vano sobre por qué estaba ahí con un ángel. De Victoria's Secret, claro. No uno de verdad. Que por otra parte, no es de mi

incumbencia. Él y yo no somos nada. Ni si quiera hemos tenido una cita de verdad. Fue una no-cita. Y estos son unos no-celos y una no-atracción. Bueno eso último puede ser algo mentira. Pero es que siempre está tan guapo y tan jodidamente sexy, que es difícil resistirse.

—Me ha encantado tu artículo. Aunque no contrastes tus informaciones, se te da bastante bien esto. —Dice casi susurrando en mi oído. Me estremezco.

—No hace falta que me hagas la pelota Ian. Puedes enfadarte y decirme lo que piensas realmente. De hecho, deberías hacerlo. Me encantaría escuchar que te ha molestado que ponga todo eso y que cuente delante de la redacción con quién te ves.

—¿Te pone verme enfadado? —Dice con tono sugerente.

—¡Deja de soñar! —Digo algo indignada.

Ian se gira y pulsa el botón de emergencia. El ascensor se para, me empuja contra la pared de forma delicada y pone sus dos brazos a ambos lados de mi cuerpo para impedirme el paso.

—¿Estás loco? ¿Qué haces? —Le grito.

—Reconoce que estás celosa. —Dice casi con una sonrisa.

—¡No estoy celosa!

—¡Sí lo estás! —Dice clavando sus ojos en los míos. Joder. Es que es muy guapo. ¿Cómo voy a resistirme?

—Para tu información, Señor Graham, no me gustas. —Miento. ¡Venga ya Gigi! ¡No te lo crees ni tú misma! —Nuestra relación es meramente profesional. —Digo parafraseando su excusa de antes, con cierto retintín. —Tú mismo me lo dejaste claro, así que me da igual con quién salgas.

Ian sigue atravesándome con esos ojos saltones. Se pasa la lengua por el labio y se lo muerde.

—Deja de mentirme a ti misma y de pensar en todo. ¿Por qué no disfrutas y haces lo que te apetece en cada momento?

De repente la voz de Julian el de mantenimiento empieza a sonar por el altavoz del ascensor.

—Buenos días, ¿qué ocurre? ¿habéis pulsado el botón? —Dice.

—No pasa nada Julian. —Digo. —El Señor Ian Graham lo ha pulsado accidentalmente con su enorme ego...digo trasero. Pon en marcha de nuevo el ascensor por favor.

—Marchando. —Dice entrecortado.

Miro a Graham que sigue sonriendo y moviendo la cabeza de lado a lado. Le aparto los brazos y me libero. Pero en otro de sus rápidos movimientos de ninja me retiene de nuevo entre sus brazos, acerca su rostro al mío y me susurra:

—Giselle, déjame que te haga disfrutar...

En ese momento el pulso se me acelera. Noto el aliento de Ian muy cerca de mi piel y me vuelvo a estremecer. Tiene el poder de hacer que mi cuerpo lo haga irremediabilmente cada vez que le veo. Sé que no buscamos lo mismo. Que él solo quiere que seamos amigos con beneficios. Y yo. Yo no sé

lo que quiero. Solo sé que en estos momentos lo único que mi cuerpo me pide es que le bese, así que me armo de valentía, le rodeo el rostro con mis brazos y lo hago. Noto sus labios carnosos sobre los míos y me encanta. Mueve su lengua rápidamente contra la mía. Nuestras narices chocan la una con la otra y sus fuertes brazos me aprietan la cintura contra su cuerpo.

Entonces empiezo a notar algo dentro de sus pantalones. ¡Ay madre mía! ¿Pero qué tiene ahí? Espero que sólo sea uno de esos teléfonos enormes de última generación porque si no, me temo que Ian Graham no es de este mundo. O al menos, no lo parece. Le suelto cuando las puertas del ascensor empiezan a abrirse. Me mira, me sonrío victorioso y se aparta para dejarme salir. Me atuso el pelo, me coloco un poco la ropa y me marcho.

—Buenos días, Señor Graham. —Digo al salir.

Las puertas del ascensor se cierran y empiezo a comprender lo que acaba de ocurrir. Gigi Greene, definitivamente has perdido la cabeza. He dejado que Ian Graham gane la partida. Ahora pensará que estoy de acuerdo con su plan perverso de seducción y sexo sin compromiso. Y no es que la idea me disguste del todo. Solo es que no puedo dejar que gane así, tan fácilmente, después de sus idas y venidas sin sentido.

Intento recomponerme para afrontar el día tan intenso que me queda por delante. Me dirijo hacia mi cubículo para buscar a Max y contarle todo lo ocurrido, pero lo que me encuentro al llegar supera todas mis expectativas.

Kristen está allí, gritándole a Max como una loca. ¿Pero qué narices ocurre aquí?

—¡Todo es tu culpa! ¡Voy a perder el puesto por tu culpa Max! ¡Sabía que no podía confiar en ti! ¿Cómo he podido ser tan tonta de fiarme del mejor amiguito de mi rival? Pensaba que eras un buen chico. Me has decepcionado. Estoy segura de que lo has hecho todo por esa ridícula y hortera de Giselle, con su ridículo pelo rojo y sus zapatos de segunda mano! —Dice Kristen.

—¡Oh sí! ¡Esa soy yo! —Digo al llegar. Nadie había notado mi presencia. —Y los zapatos me los compré en las rebajas de Asos, no son de segunda mano.

Kristen me mira con ojos endemoniados y a punto de la explosión. Suelta un grito de rabia, llanto y dramatismo y se va.

—¿Me puedes explicar qué mosca le ha picado a esta ahora? —Le digo a Max, que está francamente afectado.

—Verás yo...hice algo que...que...—Dice casi entre lágrimas.

—¿Qué has hecho Max?

—Kristen me pidió que fuera a comprar la sudadera a Monky para dársela a Jessica Alba, aunque luego se la llevamos a Betty, después de que el plan de Los Ángeles fracasara. Y como en el fondo quería que tú ganases, pensé que era buena idea comprarla en otra tienda. Sabía que ella ni si quiera se molestaría en comprobar que fuera de allí. Me dijo que le parecían tiendas de bajo nivel para ella...

—¿Qué? —Pregunto sorprendida y algo emocionada.

Sabía que mi amigo no me fallaría. Aunque el plan de Los Ángeles

hubiera salido bien, Max había tenido un as en la manga todo este tiempo. Quiero besarle, abrazarle y no soltarle nunca. Me abalanzo sobre él y lo hago.

—Gracias Max. Eres el mejor. —Le digo.

—Lo sé. Pero mira de lo que me ha servido. Tú eres sólo mi amiga y Kristen ya no va a ser nunca nada.

—¡Oh vamos Max! ¡Te dije que esa arpía no te merece!

—Está bien. Al menos dime que ya has ganado.

—¡Qué va! Aún no es seguro. Con tu ayuda, su artículo ha restado muchos puntos pero el mío era complicado de superar... Aunque he de decir que a Ian, contra todo pronóstico, le ha gustado.

—¿De verdad? Ese tío es muy raro. Más incluso que yo.

—Sí...—Digo con la boca pequeña, recordando lo sucedido en el ascensor.

—¿Y qué ha dicho el resto?

—Estaba la cosa muy igualada. Deberías haber visto la guerra entre Bárbara y Eleanor... Ha sido impresionante. De hecho debería ir a ver qué tal se encuentra. Me ha defendido con uñas y dientes frente a la Barbie.

—De acuerdo. Luego me cuentas todo con pelos y señales.

—Cúbreme. No tardaré mucho.

Voy a ver a Eleanor que está bastante afectada con la reunión y le agradezco mucho su ayuda. La mañana transcurre con normalidad. Acabo un par de correcciones y preparo el trabajo de la semana. Después vuelvo a casa para descansar. Me espera un día duro mañana: la elección de la redactora de la columna y volver a cruzarme con Ian. Todo un desafío.

¿Astrología?

Martes. Dicen que los martes, ni te cases ni te embarques. ¿Quién se inventaría ese refrán? Supongo que alguien que se casó un martes en un barco perdido por el Atlántico y que por algún motivo acabó pasado por agua. ¿Quién le mandó casarse? De un modo u otro, está claro que esa persona no conoció a Ian Graham, porque si no, hubiera añadido al “ni te cases, ni te embarques” un “ni te montes, de nuevo, en ascensores con tu maldito jefe guapísimo”.

De haberlo sabido, no lo hubiera hecho. Porque sí. Aquí estoy, otra vez con Ian Graham entre cuatro paredes. La buena noticia, es que esta vez no vamos solos. Max sube con nosotros hacia la oficina y se ha colocado estratégicamente entre ambos. El silencio es sepulcral.

Las puertas se abren mostrando los cubículos infernales en los que pasamos la mayor parte de nuestros días. Max, mueve sus pies fuera del ascensor.

—Buenos días, Señor Graham. —Dice al salir.

Me dispongo a hacer lo mismo.

—Buenos dí... —Antes de poder terminar la frase, noto los dedos sibilinos de Graham en mi trasero, dándome un pellizco. Pego un respingo y se me entrecorta la respiración de manera que acabo la frase con dificultades. —...días Señor Graham. —Digo su nombre, remarcando cada sílaba y con gesto de falsa indignación mientras giro la cara hacia el ascensor que se cierra detrás de mí. Veo su sonrisa maléfica y pienso en mil maneras de matarle. De matarle a besos... Porque siendo sincera, he pasado toda la noche dándole vueltas a lo que ocurrió ayer. A la reunión, a lo de Eleanor y Barbie, a la bronca de Kristen y Max, a la lengua de Ian rozando la mía... Me estremezco.

Vuelvo a mi ser y camino hacia mi escritorio. Me espera una dura mañana. Tengo que hacer mil correcciones y esperar a que el Comité me convoque en el despacho para darnos la decisión final.

Las horas pasan como si fueran minutos. Llevo ensimismada, mirando al muñequito de Mario Bros que tengo junto a la pantalla del ordenador durante un buen rato. Mi mente está en otro sitio, y no en los puntos y comas que le faltan a la sección del horóscopo de esta semana.

La voz de Max me despierta del trance.

—¿Qué dice esta semana sobre los Libra?

—¿Qué? —Digo aún aturdida.

—El horóscopo Gigi. Que si dice algo bueno. ¿Voy a encontrar el amor de mi vida esta semana?

—¿En serio, Max? —Respondo asombrada. Todas las semanas me hace leerle el horóscopo. —Ya te he dicho mil veces, que esta sección la escribe Marcus, el becario que viene los jueves.

—¡Me da igual! Marcus me dijo que su tía abuela le enseñó a echar las cartas y a leer los posos del café. Algo entiende de astrología. Léemelo.

—No me puedo creer que con lo inteligente que eres creas en estas cosas absurdas inventadas por un veinteañero hormonado. Pero está bien. Veamos. —Digo mientras deslizo el documento en busca de su signo. —Aquí está Libra... “Esta semana vas a recibir una paliza de parte de una Aries.” —Digo soltando una carcajada al final.

—¿Qué? ¡Vamos Gigi!

—“Libra, los nacidos bajo este signo como tú, sois personas encantadoras y sociables, por eso estás en buena racha tanto en lo sentimental como en lo profesional. La vida te sonríe. Ten cuidado con préstamos monetarios y ojo a esos dolores de espalda. Si no te cuidas, podrían ir a más.” —Leo arrastrando las palabras. —Ya sabes Max, ¡la vida te sonríe! No tienes de qué preocuparte. —Termino medio riendo.

—Ahora que lo dices, sí que me duele un poco la espalda cuando giro el cuerpo hacia... —Max comienza a divagar, mientras hace posturas dignas de una clase de yoga. No tiene remedio. Dejo de escucharle y vuelvo a mi trabajo.

Me pregunto qué signo será Ian. Obviamente no creo en nada de esto del horóscopo pero su beso me gustó tanto que quiero saberlo todo de él. Y eso me da rabia. Porque él lo único que quiere saber de mí es el color de mi ropa interior.

De pronto, el sonido de unos tacones contra el suelo de parqué de las oficinas, anuncia la llegada de la inigualable Bárbara Fraser. Algo me dice que lo que viene buscando está enfundado en unos vaqueros pitillos y tiene el pelo de color rojo. Sí. La misma.

—Giselle Greene.

—Sí. —Digo al instante.

—A la sala de reuniones. —Dice sin detenerse, cuando pasa por mi lado.

—De acuerdo. —Asiento. Me levanto y la sigo hasta el ascensor.

Subimos en silencio. Cuando las puertas se abren, Kristen ya está allí, esperando en la puerta. Bárbara entra en primer lugar. La señorita Lee y yo luchamos por ver quién entra primero. Ninguna de las dos quiere tener ese privilegio. Finalmente cedo y paso yo tras Barbie Fraser. Kristen detrás de mí.

El Comité nos está esperando. Todos sentados en las mismas posiciones que las últimas dos reuniones.

Tomamos asiento. Los ojos de los asistentes siguen todos nuestros movimientos y la tensión se puede cortar con un cuchillo. Ian me observa aún más fijamente.

Esta vez me aseguro de poner el móvil, que está en mi bolsillo, en silencio. No quiero volver a pasar tanta vergüenza.

—Bueno Señoritas. Como ya sabrán, nos hemos reunido para comunicarles la decisión. —Dice Hallway.

—Tras analizar los artículos detenidamente —Continúa Lucy. —hemos tomado una decisión, que inicialmente no contemplábamos.

¿Cómo que no habían contemplado? ¡Seguro que nos echan a las dos! Y no me sorprendería, ninguno de los artículos merece la columna.

—No podemos elegir entre las dos. —Añade Hallway. ¡Oh! ¡Sí! Lo que me temía. Le darán la columna al becario.

—Por lo tanto, ambas escribirán la primera columna. Trabajarán en equipo.

¡Qué! ¡Esto sí que no! ¿Kristen y yo trabajando juntas? ¡Y un cuerno!

—¿Cómo? —Dice Lee en alto. Su mandíbula está rozando el suelo.

—Ya lo ha oído señorita. Los dos artículos tenían fallos y aciertos. Creemos que si juntamos el talento de ambas podremos tener una columna decente para empezar. Iremos observando el trabajo de las dos y puede que tomemos decisiones en un futuro.

—¡Pero sólo iba a haber una ganadora! —Exclama Kristen.

—Si se niega, Señorita Lee, la columna será enteramente para Greene. —Sentencia Lucy Benson.

—No. No. —Dice la coreana. —Trabajaremos en equipo... —Añade complaciente, aunque puedo ver el fuego en sus ojos.

—¿Está usted de acuerdo Señorita Greene?

No. No lo estoy.

—Sí. —Digo. Aunque en mi fuero interno estoy maldiciendo a todos. ¿Cómo voy a trabajar con Kristen? Es inviable. Como juntar en una misma jaula un león y un corderito. Yo soy el león, por supuesto. Pienso comerme hasta el último de sus huesecitos. Esto va a salir muy mal.

—Está bien. —Dice Hallway. —La primera columna saldrá en dos semanas. El Señor Ian Graham les explicará en qué consiste el artículo.

Ian se aclara la garganta. Ha permanecido en silencio durante toda la reunión.

—La semana que viene organizo un showroom en la sede de la marca, para mostrar una nueva colección cápsula que ha diseñado Steve Ray para Monky. Alta costura a precios de prêt-à-porter. Muchas celebrities, bloggers y caras conocidas del mundo de la moda estarán allí. Ustedes dos están invitadas. Quiero que cubran el evento y escriban una columna sobre él. Eso es todo.

Por su gesto, Ian parece saber que el plan de ir de eventos con Kristen no es lo que más me apetece hacer en el mundo. En otro momento y con otra compañía hubiera sido mi tema favorito de conversación durante un mes. Moda, famosos y fiesta en una misma frase había sido mi sueño desde niña. Pero Lee o Ian, no estaban incluidos en esos planes.

Asentí para que supiera que había comprendido todo. Kristen hizo lo

mismo.

—Les haré llegar los pases de prensa lo antes posible. —Añade Graham.

—De acuerdo. —Digo.

Salimos de la sala de reuniones. No sé si reír o llorar en este instante. Casi hubiera preferido que Kristen hubiese sido la elegida. Pero tener la oportunidad en las manos, aunque sea compartida, me hace ciertamente feliz. Al fin y al cabo voy a ser coescritora de una columna de moda.

Kristen me adelanta por el pasillo hacia el ascensor y me fulmina con la mirada.

—Ya hablaremos. —Dice en tono amenazante.

Solo deseo en mi interior que por una vez en la vida no pretenda quedar por encima y podamos llegar a un acuerdo entre ambas para que todo esto salga bien. Estoy harta de peleas de patio de colegio y de numeritos.

Me detengo un poco para evitar bajar con ella y tomo mi móvil para volver a ponerlo en sonido. Al instante veo un par de mensajes de Whatsapp del grupo con las chicas, un SMS recordatorio de mi cita para el dentista de mañana por la tarde y cuatro llamadas perdidas de un número desconocido.

Al observarlo me doy cuenta de que es el mismo que me llamó ayer. ¡Qué raro! ¿Quién será?

Doy al botón de re-llamada, justo cuando el resto del Comité abandona la sala de reuniones y me adelantan por el pasillo. Graham se detiene a mi lado y me hace gestos de que quiere hablar conmigo. Como si no hubiera visto que estoy ocupada llamando por teléfono. Su gran ego no le deja ver más allá de sus narices.

Se percata de que no puedo hablar y continúa su camino. Mientras el tercer tono de llamada se corta para dejar paso a una voz más que familiar. Rose. La mujer de mi padre. ¡Lo que me faltaba!

—Giselle. —Dice esa señora chirriante e insoportable.

—¿Eres tú Rose? —Pregunto para asegurarme de que no son solo imaginaciones mías. ¡Ay! ¡Que sean solo imaginaciones!

—Sí. —Dice. —He estado intentando ponerte en contacto contigo. Tengo que decirte algo... —Añade. Vale, no. Es ella. ¡Mierda!

Rose nunca me llama. Ni si quiera mi padre. Desde que me fui de casa el único medio de comunicación que tenemos es un Whatsapp de allá para cuando para felicitarme el cumpleaños o para desearme felices fiestas. No nos hemos visto desde hace cuatro o cinco años porque los dos somos igual de orgullosos. Los dos somos Aries. ¿Tendrá razón Max con eso del horóscopo? ¡Tonterías!

Empiezo a preocuparme.

—¿Ha ocurrido algo Rose? ¿Está bien papá?

En ese momento Ian se para en seco y se da la vuelta. Me mira. Ha debido escuchar la frase.

—No, Gigi. Tienes que venir...—Sentencia.

Por primera vez en mucho tiempo mi pequeño cuerpecito comienza a temblar. Pensar que le ha podido pasar algo a mi padre me hace estremecer.

Puede que nuestra relación no sea la misma, pero le quiero como a nadie más en este mundo.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Está bien? —Reitero, en busca de algo más de información. Está siendo muy escueta para la lengua viperina que Rose suele tener.

—Ven. —Dice. Y la muy bruja me cuelga sin añadir nada más.

Estoy hecha un flan. Mi cara de póker me delata. Ian se acerca y me mira como nunca antes me había mirado...

Té y muchos pepinillos

—¿Está bien, Señorita Greene?

—¡Me llamo Gigi! —Digo. Ian suspira.

—Estoy hablando en serio. Te has quedado pálida.

—Es mi padre. Algo le ha pasado. ¡Y la engreída de su mujercita me cuelga sin decirme qué ocurre!

—Tranquilízate. Quizá no quiera asustarte.

—¡Pues así me ha asustado más! Tengo que ir a ver qué pasa. —Digo con cierta frustración. —¡Como si no tuviera bastante con lo de tener que trabajar con Kristen! ¿Puede pasar algo peor hoy?

Ian suelta una risita.

—Hay huelga de transporte.

—¿Qué?

—Que los autobuses hoy tienen servicio mínimo.

Vuelvo a poner cara de póker. El maldito Ian Graham sabe que no tengo coche.

—Mátame ya y acaba con este sufrimiento. —Digo mientras me echo las manos a la cara en gesto de indignación. —Tomaré el tren. Mi padre vive a las afueras de Klein. No tardaré mucho.

Ian mete su mano en el bolsillo, saca las llaves de uno de sus coches y las balancea frente a mi cara.

—No sé en qué estás pensando Ian pero no vas a llevarme. Además, estás entreteniéndome. Aparta. Tengo que ir a ver qué ha sucedido. — Exclamo mientras me hago paso hacia el ascensor. Por suerte la reunión se ha alargado hasta el fin de mi turno y me puedo ir sin tener que pedirle permiso a los jefes.

—¡Gigi! ¡No seas testaruda! —Dice Ian tomándome del brazo. —Si vas en el tren sola, irás pensando todo el camino mil cosas horribles que probablemente no le hayan pasado a tu padre. Déjame llevarte. No tengo nada que hacer esta tarde.

Por una vez en la vida Ian parece tener sentimientos. Puede que incluso sea buena persona. Pero ir con él sigue sin parecerme la mejor de las ideas. Ya va a ser bastante incómodo presentarme allí después de tantos años sin ver a Rose y a papá, como para encima tener que explicarles quién es Ian.

—Te lo agradezco mucho Ian, pero no quiero causarte ninguna molestia. Mi relación con mi padre y mi madrastra malvada no es la mejor del mundo y no quiero que te sientas incómodo.

—Me quedaré fuera si hace falta pero te voy a llevar, digas lo que digas. No hay más que hablar. Soy aún más terco que tú, Greene.

—Está bien...—Digo mostrando rendición. Así llegaré antes y al menos no estaré dándole vueltas a todo mientras vamos de camino.

Bajamos al parking. Nunca había estado allí. Los que venimos en transporte público no solemos bajar tan abajo. Nos dirigimos hacia su coche. Es el mismo con el que me llevó la noche que quedamos en el Brixton.

Me abre la puerta demostrando una vez más lo caballeroso que es cuando quiere. Me hace un gesto de ánimo al ver mi rostro entristecido y mete uno de mis mechones detrás de la oreja mostrando cariño. Yo, le fulmino con la mirada a cambio. No se me da bien lo de ser amable cuando estoy enfadada.

Ian se sube a su asiento y ponemos rumbo a casa de mi padre. Al principio, el camino es más silencioso de lo que imaginaba. Esperaba que Ian me hubiera hecho mil y una preguntas de mi relación con mi padre, pero no. Se ha mantenido prudente y en silencio.

De repente, su mano se mueve lentamente hacia la radio. La enciende e introduce un pen drive.

—¿Te gustan los Rolling? —Pregunta.

—Qué clásico. No esperaba menos de ti. —Digo algo divertida.

Le miro, me sonrío y pone una de las canciones: “Satisfaction”. Y comienza a cantarla a voces al ritmo de la música.

—“I can’t get no, satisfaction, I can’t get no, satisfaction!”

Una carcajada de los más profundo de mi ser inunda el coche. ¿El recto y estirado Señor Graham cantando y haciendo cosas divertidas? ¡Increíble!

—“Cause I try and I try and I try...” —Continúo.

—“When I’m driving in my car, and the man come on the radio...” — Sigue él.

No puedo quitarle ojo de encima. Aún no me creo lo que estoy viendo. Ian canta sin ningún remordimiento, lo hace fatal y no puedo parar de reír. Agita su cabeza de un lado a otro y su pelo castaño deja ver aún más sus reflejos dorados con la luz del sol. Ha conseguido que deje de pensar en todos mis problemas por un instante y que disfrute.

La canción termina. Nos miramos y sonreímos.

—Gracias. —Digo.

—¿Por qué? —Pregunta.

—Por traerme y por hacer que deje de pensar en todo lo que me viene encima. Llevo cinco años sin ver a mi padre.

—Tranquila. Todo va a salir bien.

Miro por la ventana y me muerdo el labio. En realidad quiero contarle a Ian todo lo que se me pasa por la cabeza en este momento pero quizás, él no quiera escucharlo. Al fin y al cabo no somos nada, no somos ni si quiera amigos. Él ya me dejó claro que solo quiere divertirse, así que no creo que escuchar los problemas de alguien insignificante sea su mayor deseo.

Asiento con la cabeza.

—No tienes que contarme nada si no quieres pero entiendo que después de lo del artículo y todo esto, estés nerviosa. Puede confiar en mí, Señorita Greene... —Dice arrastrando las dos últimas palabras, para provocarme.

Ya ni si quiera tengo ganas de reñirle por no llamarme Gigi.

—Graham, no hace falta que finjas interés. Tranquilo, ya bastante haces llevándome.

—No lo finjo. Me importas.

¿Le importo? ¡Venga ya! ¡Que vaya a engañar a otra! No digo nada ante esa gran mentira.

—Aunque parezca mentira...—Continúa. —Te he cogido cariño... Gi..Gigi. —Dice.

¡Esto ya es la bomba! ¿Es una declaración?

—¡Vaya! ¡Te estás ablandando! —Le digo con cierta sorna.

—Venga, cuéntamelo. —Ruega.

—Cotilla. —Digo.

—Sabes que no. Y sabes que odio preguntar. Que prefiero que las cosas salgan fluidas. Pero no estás bien y necesitas hablar Giselle...

Este Ian Graham que está conduciendo no es el mismo que he conocido. ¿Quiere alguien devolverme al original? Aunque, lo que más me asusta es que realmente no me disgusta esta versión de él...

Suspiro.

—Es complicado Ian. Rose, la mujer de mi padre y yo no nos llevamos nada bien. Me fui de casa cuando la convivencia se volvió insostenible, y ella es la culpable de que mi padre y yo no nos veamos. No tengo ningunas ganas de verla hoy. Pero lo que más me preocupa es que le haya pasado algo grave a él. Nunca me perdonaría no haber estado ahí los últimos cinco años...— Digo casi sollozando. Tomo aire y me calmo.

—Seguro que está bien. Además, no me puedo creer que no puedas con esa tal Rose. Giselle, eres la persona más terca que conozco.

—Porque no la conoces a ella...—Sentencio.

Al fin, llegamos a la casa de mi padre. Aparcamos en la puerta. Todo parece estar igual que cuando me marché en el patio delantero. La valla de madera blanca en perfecto estado y los setos recién cortados. Mi padre debe estar bien porque es él quien se encarga de tener todo en perfecto estado. Era y es un manitas.

Tomo aire y me bajo del coche. Ian me acompaña y llamamos al timbre.

—¿Quieres que entre? O ¿Prefieres que espere fuera? —Dice.

—Entra conmigo, por favor. Así Rose se cortará un poco. O eso espero.

—De acuerdo.

De repente la voz estridente de mi madrastra malvada se oye desde el otro lado de la puerta.

—¡Voy! ¡Ya voy!

Los ladridos de Pickles acompañan su voz. ¡Como echaba de menos a mi perrito! No sabía si mi viejo Beagle aún seguiría en la casa. Un nudo se me forma en la garganta.

La puerta se abre y el perro sale a recibirnos en primer lugar. Al principio no parece reconocermé, pero al instante se abalanza sobre mí como si no hubiera pasado nada de tiempo desde la última vez. Comienza a lamermé y a mover el rabo en señal de alegría.

—¡Pickles, mi chico! —Digo al acariciarle. —Te he echado de menos.

—¡Toby, dentro! —Ordena tajante Rose. El perro al oír su voz para en seco y se mete con las orejas gachas al interior de la casa. —¿Aún sigues llamándole Pickles? Pepinillos nunca fue un buen nombre para un perro Giselle... —Añade. Rose siempre ha hecho todo cuanto estaba en su mano por fastidiarme, incluso cambiarle el nombre a mi perro...

Alzo la vista aún desde el suelo y me levanto al verla.

—Hola Rose... Yo también me alegro de verte. —Miento.

Esa señora horonda y vestida de flores rosas asiente con la cabeza, y después la gira hacia Ian.

—Este es Ian. —Digo, sin dar más explicaciones. No tengo ningunas ganas de hablar con ella. —¿Dónde está papá? ¿Qué ha pasado?

Rose saluda con cierto coqueteo a Graham. En ese momento quiero cortarle la mano, pero la Giselle pacífica de mi interior me grita que me relaje.

—Pasad. Está en el salón.

Cuando oigo esa última frase, respiro tranquilizada. Si está en el salón, no será nada grave. Entramos en casa. Al contrario que el jardín delantero, todo está cambiado. Los muebles y la disposición son los mismos pero todo está cubierto de figuritas terroríficas de ángeles y muñecas con cierto estilo creepy y hortera a la vez. Estoy segura de que todo eso ha sido obra de Rose y que lo único que papá ha podido conservar ha sido el jardín, que es su gran pasión.

Paso al salón y ahí está el viejo Fred. En su sofá de siempre, con su camisa de cuadros azules y su barba blanca perfectamente arreglada. El corazón se me encoje.

—¡Giselle! —Exclama con clara emoción.

—Hola, papá. —Respondo. Entonces me fijo en su pierna. La tiene vendada hasta la altura de la rodilla y tiene unos rasguños amoratados en el lado izquierdo del rostro. —¿Qué ha pasado? —Pregunto.

—Tu padre ya es un viejo torpe y cascarrabias. No es nada nuevo. Le dije a Rose que no te asustara. Sé que estás siempre ocupada trabajando y no hacía falta que vinieras. Pero se empeñó en que lo hicieras.

Creo que es lo único en todos los años que conozco a Rose, que puedo agradecerle. Realmente creo que ha llegado el momento de que nos volviéramos a ver después de tanto tiempo y aunque no sea nada grave, me alegro de haber venido, porque me he dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a mi viejo Fred.

—Tomad asiento. —Dice papá, moviendo el brazo lentamente para señalar el sillón libre.

—Frederick, te he dicho mil veces que no tienes que hacer esfuerzos. —

Dice Rose. —Sentaros, prepararé algo de beber y comer. —Al menos así estará entretenida un rato y nos dejará solos.

Asiento con la cabeza y me coloco en una esquina del sofá. Ian se queda de pie esperando.

—¡Oh! Este es el Señor Graham, papá. Un compañero de trabajo que se ha ofrecido a traerme hasta aquí. Le estoy muy agradecida.

—Buenas tardes, Señor Greene. —Dice Ian dándole la mano a mi padre.

—Hola, hola. Siéntate. Eres bienvenido. —Responde papá.

—Gracias. —Dice Ian antes de tomar asiento.

—Estoy muy feliz de que estés aquí Gigi...—Papá nunca me llamaba Gigi. Él siempre prefería Giselle y le encantaba hacerme de rabiar cuando le decía que me llamara de la otra forma. —Te he echado mucho de menos. —Dice claramente emocionado. Nunca le había visto así.

—Yo también Fred. Pero veo que las cosas siguen igual por aquí. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me resbalé mientras arreglaba el tejado. Ya estoy mayor para andar escaleras arriba, escaleras abajo. Un par de huesos rotos y unos cuantos hematomas, eso es todo. Pero ya sabes como es Rose, se piensa que me voy a morir y por eso te ha llamado. Pero aún me queda mucha guerra por dar. —Dice soltando una risilla.

No puedo evitar sonreírle.

—Me había asustado. Pensé que te había ocurrido algo más grave. Rose me colgó sin explicarme nada.

—Si te hubiera explicado algo, no hubieras venido. —Dice. Y sus palabras me taladran el alma, porque tiene razón. Soy demasiado orgullosa.

De repente Pickles se sube al sofá y se me tumba en las piernas. Sigue pareciéndome increíble que aún me recuerde. Ian le acaricia con ternura.

—Gracias por traerla, Señor Graham. —Dice Fred.

—No hay de qué, Señor Greene. Tiene una hija muy terca.

—¡A mí me lo va a decir! —Dice papá. —Cuando tenía 10 años se empeñó en que tenía que ir al colegio con unos viejos pantalones amarillos, llenos de agujeros, todos los días y fui incapaz de que se los quitara en algo más de un mes. Hasta que empezó el invierno y tuvo frío. Si su madre hubiera estado todo hubiera sido más fácil, tenía más genio, pero conmigo hacía lo que quería... —Dice con nostalgia.

Ian sonríe.

—Ya sabemos de quién sacó el carácter. —Añade.

Hablar de mi madre me hacía temblar. No quería escuchar nada sobre ella porque era el único tema en el mundo que me hacía llorar desconsoladamente durante horas.

—He visto el jardín delantero. Sigue tan perfecto como siempre. —Digo cambiando de tema, a propósito. —Nunca he sabido cómo consigues que todo esté tan frondoso y verde. Yo solo tengo un cactus en casa y siempre está seco. —Digo riendo.

—Querida, cuidar de los demás no ha sido nunca tu fuerte. —Dice Rose

por la espalda, mientras entra al salón con una bandeja medio barroca con tazas de té cargadas de motivos florales y un platito con pastas. Sigue igual de antigua. ¿Acaso no tiene una simple Coca-Cola?

Me muerdo la lengua para no armar bronca nada más llegar, pero su comentario ha estado totalmente fuera de lugar. ¿Qué insinúa? Si no he cuidado de mi padre es porque ella no me ha dejado. Ian nota mi tensión y pone su mano sobre mi antebrazo, tranquilizándome.

—¿Quiere té Señor Graham? Es té rojo, muy diurético. —Puntualiza coqueta. ¡Como no pare de hacer eso, voy a agarrarle de los rizos!

—¡Oh! De acuerdo. Tomaré un poco. Gracias.

Rose sirve el té a Ian, llena otras dos tazas, una para papá y otra para ella, y deja la tetera en la bandeja. Sin ofrecerme a mí. Esto es el colmo.

Ian toma la tetera y me sirve una taza.

—No te molestes, querido. A Giselle nunca le ha gustado el té. Ella toma cosas raras de esas. ¿Cómo se llama? ¿Robas, rooibos?

Inspiro hondo. Creo que me estoy haciendo herida en la lengua.

—Rooibos, sí. —Dice Ian. —Es té sin teína.

—Hay un par de refrescos en la nevera. —Dice Fred. —Puedes cogerlos, Giselle.

—Tranquilo, papá. Tomaré té. —Digo. ¡A ver si con un poco de suerte no me enveneno!

—¿Sabe que su hija es una de las mejores redactoras de la revista? —Dice Ian de repente. Supongo que querrá apaciguar un poco la situación. —Acaban de ofrecerle una nueva columna sobre moda. Va a hacerlo genial.

—No sabía nada. —Dice Fred. —La última vez que hablamos estabas estudiando el máster de moda. Es una noticia increíble. Siempre supe que serías la mejor. ¿Tú también eres redactor Graham?

—No, no exactamente. Soy accionista de la revista.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Un pez gordo! Ya te dije que tu hija tenía talento Frederick. —Dice Rose con la boca llena mientras engulle su tercera o cuarta pasta. —Sabía que podría mantenerse sola...

—Basta Rose...—Dice papá.

No me puedo creer lo que acaba de decir esa horrible mujer. Está insinuando que soy una busca fortunas.

—Señora Greene...—Dice Ian mientras vuelve a agarrarme del brazo, para pararme. —Giselle tiene mucho talento y sabe cuidarse muy bien sola. Solo somos buenos amigos. Está claro que aprendió mucho de su padre.

No aguanto más. Estoy a punto de reventar. Mi padre me mira pidiéndome paciencia, pero esto mismo es lo que hizo que me largara de casa. Pensé que podría haber cambiado pero al parecer todo, absolutamente todo, sigue igual.

—Papá, creo que deberíamos cenar un día juntos y hablar de todo lo que ha ocurrido en este tiempo. La verdad que Ian y yo tenemos un poco de prisa. Además, la casa aún huele al estofado rancio que Rose siempre prepara. Estoy segura de que estarás deseando volver a comer en el italiano al que

siempre íbamos los jueves...—Digo, intentando ofender a la desquiciada engulle-galletas que tenemos sentada al lado.

—Niña, mi estofado es el mejor. A tu padre le encanta.

—No lo dudo. —Digo levantándome. —Se está poniendo igual de gordo que tú. Llámame cuando te encuentres mejor papá e iremos a cenar.

Pickles e Ian me siguen hasta la puerta.

—Ha sido un placer, Señor Greene. —Dice Ian. —Rose. —Añade haciendo un gesto con la cabeza.

Salimos de allí y me monto en el coche sin mirar atrás. Me he quedado corta para todo lo que tenía que decirle a esa bruja estirada. Quiero gritar y salir corriendo de allí. Ian sube al coche me mira y me da el abrazo más reconfortante que me habían dado en los últimos meses, en los que mi vida estaba llenándose de caos.

24.

Solo juegos

De vuelta a Klein no me atrevo a decirle nada a Ian. Ha sido la media hora más vergonzosa de toda mi vida. Odio que haya tenido que estar presente en toda esta escenita. Imagino que habrá tenido que ser muy incómodo para él. He sido una tonta al pensar que todo habría cambiado. Al menos me he cerciorado de que el viejo Fred estaba bien.

—Lo siento Ian. —Me atrevo a decir. —Debí haber adivinado que todo esto iba a pasar.

—No lo sientas. Rose es una bruja. No me extraña que te fueras de casa. He intentado ser correcto pero me estaba poniendo de los nervios.

—¿Has visto cómo se comía las pastas? —Digo intentando ponerle algo de humor. —Siempre que volvía de la universidad tenía puesto un delantal cubierto de migas. Se comía absolutamente todo.

Ian se ríe.

—Tu padre parece un buen tipo. ¿Qué hace con esa mujer?

—Eso quiero saber yo. Lo peor es que la eligió a ella cuando le dije que me iba. Supongo que eso es lo que hace el amor. Te atonta.

—¡Maldita sea! Por eso es mejor no enamorarse. —Dice.

—Ojalá se pudiera controlar, pero es imposible, amigo. —Le respondo. —Los sentimientos son más fuertes que la mente más privilegiada.

—Todo se puede entrenar. Los sentimientos también. —Dice. Parece que Ian sabe muy bien de lo que habla. Como si estuviera practicando para no sentir nada.

—¿Tú puedes controlar todo lo que sientes? Debes ser el ser humano más frío del planeta.

—Lo intento. Aunque tú me lo pones difícil, Señorita Greene. —Confiesa. —Perdón, Gigi. —Corrige.

Suelto una carcajada y le miro de reojo. Sé que no lo dice en serio. Graham es un adulator y sabe como engañar a sus presas.

—O sea, que te gusto. Un poquito. —Digo graciosa.

Ian se muerde el labio y me atraviesa con sus ojos marrón verdosos.

—Sabes que me encantaría tenerte entre mis sábanas, Giselle. —Suelta sin tapujos.

Y empiezo a notar mis mejillas ardiendo. Debo estar roja. Por una parte me espanta lo que acaba de decir. Una vez más me ha dejado claro que lo único que siente por mí es atracción sexual, pero por otra, curiosamente me gusta oír eso de su boca. Puede que Ian desate en mí una parte que había

estado dormida mucho tiempo y que ni Piero ni ningún hombre en mi vida habían conseguido despertar. Esa parte de locura, de acción, de querer disfrutar de cada momento. Y más ahora, que estaba llena de rabia.

Recuerdo, que cuando Piero y yo discutíamos por cualquier tontería siempre acabábamos solucionándolo en la cama. Y era cuando más lo disfrutábamos. Aunque viendo lo visto, puede que él no disfrutara tanto como yo, claro. Quizás él me imaginara con más pelo en el bigote. Me río al pensarlo.

Ian me mira extrañado.

—¿No vas a gritarme? ¿Te hace gracia? —Pregunta desconcertado. Parece conocerme más de lo que pienso.

—Para. —Digo entonces sin pensar.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Te vas a bajar? ¡Venga ya! ¡No ha sido para tanto!

—Para. —Repito riéndome. —No voy a bajarme.

Ian me mira aún más extrañado.

—¡Deja de mirarme con esa cara y para! —Digo mientras pongo mi mano en su entrepierna y le aprieto fuerte.

Entonces obedece mis órdenes y se desvía en una especie de camino que lleva a una granja, aún a las afueras de Klein. Detiene el coche y para el motor. En ese momento, mi “yo” desatada le besa con fuerza. Ian me corresponde.

Mis dedos se entrelazan en su pelo y los suyos bajan por mi espalda. De repente se separa. Me sonrío y dice:

—No paras de sorprenderme, Gigi.

Oír Gigi de sus labios me excita aún más. Es una locura. Pero solo va a ser eso, una locura entre él y yo.

Sonrío y le vuelvo a besar. Paso de mi asiento al suyo y me subo a su regazo. Noto el volante clavándose en mi espalda pero me da igual. Ian me agarra del trasero y me mete las manos en los bolsillos del vaquero. Recorro mi lengua por su oreja y bajo por su cuello. Veo como se le erizan los vellos y sé que le excita porque noto su erección entre mis piernas.

Comienza a hacerme cosquillas por la espalda bajo la blusa y yo le tiro del nudo de la corbata para deshacerlo. Antes de quitársela, tiro de ella para acercar su cara hacia mi rostro de nuevo y volver a besarle.

—Ian Graham. Si quieres jugar, juguemos los dos. —Le susurro al oído.

Entonces como una bestia a la que se le acaba de enfadar me aproxima fieramente a su cuerpo y me quita la blusa sin piedad. Yo hago lo mismo y veo su torso desnudo. Como si de un atlas de anatomía se tratase puedo dibujar todos sus músculos, completamente definidos.

Me coge en volandas y me saca del coche para apoyarme en el capó. Creo que en este momento estoy cumpliendo las fantasías eróticas de la mitad de la población femenina de Klein y me estremezco. Me avergüenza en cierta parte y me excita por igual.

Ian, a pesar de la pasión que le pone me trata con delicadeza. Me llena de caricias y besos, y eso me encanta. Dejo que me domine y me llene de

placer. Hacemos el amor como nunca antes lo había hecho. Aunque no sé si a esto se le puede llamar hacer el amor. Es sólo sexo. Sexo del mejor que he tenido en la vida y que tanto había echado de menos en los últimos meses.

Terminamos extasiados. Comenzamos a vestirnos, y entonces me doy cuenta de que la ropa interior que llevaba hoy no era la más erótica del mundo, pero a él parece no importarle. No puedo decir lo mismo de la suya. Lleva un bóxer blanco impecable. Me abrocho el sujetador con su mirada analizando cada centímetro de mi piel. Si no deja de mirarme así tendremos que volver a parar de camino a Klein. Me asombro de mí misma por tener estos pensamientos. Y me hace gracia. Sonrío y me atuso la melena para colocarla.

Nos metemos al coche. Arranca y volvemos a la ciudad. Ha sido la tarde más intensa del siglo.

Lencería

—Lléname la copa, por favor. —Le digo a Kate, que va a la cocina, mientras sigo contándole a Abby y a Tess toda la historia de Kristen y el artículo.

—¡No me lo puedo creer! —Dice Tess. —¿Y vas a tener que trabajar en equipo con ella?

—Sí. —Asiento, después de coger un puñado de las palomitas que acaba de hacer Max. —No sé cómo voy a hacerlo.

—Hazle la vida imposible. —Sugiere Abby, que sigue con su cerveza.

—Que haya paz chicas. —Dice Max. Que inconscientemente siempre tiende a apaciguar las aguas con el tema de Kristen. Todas le miramos desafiantes. —Quiero decir, guerra, mucha guerra con Kristen. —Rectifica al darse cuenta de que no puede ganar a tres mujeres cabezotas y medio ebrias.

—¿Has vuelto a hablar con tu padre? —Pregunta Kate que vuelve de la cocina con mi copa cargada.

—No. Ni pienso llamarle mientras esa víbora zampona viva con él. Si quiere hablar conmigo que me llame a solas. No voy a aguantar ni una provocación más por su parte.

—Eres un hueso duro de roer. —Dice Brad, el novio de Tess, que también está presente. —Aunque creo que a Ian eso le pone mucho. —Dice descarado.

—¡Uh! —Suelta Abby. —¿Hay novedades con “Don estirado”? ¡Cuenta!

—¿Novedades? ¡No! —Miento. No les he contado que me acompañó a casa de mi padre ni la escenita del coche, ni tengo intención. Solo espero que Brad tampoco esté al tanto. —Por cierto, ¿qué pasó con Tyler, Kate? —Desvió el tema.

—¿El del disfraz de Darth Vader? ¡Me volvió a llamar! ¿No os lo conté? Le colgué por supuesto. —Dice riendo.

—¡No cambies de tema Gigi! —Dice Tess. —Queremos saber qué pasa con Ian. —Añade casi suplicando mientras le da un sorbo a su copa.

—Brad, confiesa. ¿Sabes algo? —Pregunta Kate.

—Nada. —Responde éste. Y me llena de alivio. —Hace un par de semanas que no veo a Ian. Está muy ocupado montando un show de no se qué cosa de la tienda.

—¿Un show? ¿También es stripper? —Pregunta Abby.

—Un showroom. —Puntualiza Max. —Es sobre lo que tienen que

escribir Kristen y Gigi para la columna. Y al cual ambas están invitadas.

—¿Podemos ir contigo? —Dice Kate. —Me encantaría ver vuestras caras. —Ríe.

—Aún no he recibido las invitaciones. Llevo sin ver a Graham desde la reunión del martes. —O más bien desde nuestro encuentro del martes. Pero era cierto, no había vuelto a saber nada de él. Lo que me había llevado a darle vueltas a todo lo que ocurrió. No sabía si estaba huyendo de mí porque no le gustó nada nuestra aventura en el coche o si realmente estaba muy ocupado. —Si consigo algún pase extra por supuesto que podéis venir. —Afirmo.

—Yo paso. —Dice Max. —No pienso estar en medio cuando soltéis vuestra artillería. Ya bastante he recibido estos días. —Añade algo angustiado. Durante la semana ha tenido que soportar varias broncas de Kristen por lo del artículo y la sudadera equivocada.

—Yo voy a ir Max. —Dice seductora Kate mientras le roza la pierna con su pie descalzo.

Max se queda con cara de bobo, por un instante.

—¡No voy a caer con jueguecitos sucios! —Dice riendo.

Todos empezamos a reír.

La idea de celebrar una fiesta en casa el viernes por la noche ha sido la mejor ocurrencia de toda la semana. Lo estamos pasando en grande. Además le había prometido a Max, una fiesta con las chicas. El pobre merece divertirse tanto como yo.

Después de un buen rato en casa, charlando sobre las clases de francés de Abby, la maravillosa relación de Tess y Brad, mi vida de locura y las últimas conquistas de Kate, decidimos coger un taxi e ir a uno de los clubs de moda de Klein.

Bailamos, bebemos y nos divertimos. Al final de la noche, me parece incluso ver a Bárbara Fraser y a Kettle salir de la discoteca agarraditos. Cuando se lo cuente a Eleanor va a alucinar.

Vuelvo a casa a las cuatro de la madrugada, descalza y aún medio alcoholizada. Le dije a Max que no podía tomarme el último chupito de tequila o acabaría vomitando, pero no me escuchó.

Entro a casa y mi gatita no me está esperando como de costumbre, detrás de la puerta. Está dormida. No suelo llegar a estas horas y se me hace raro no verla saltando al verme.

Me desvisto con dificultades y me pongo el pijama. Me meto a la cama y la habitación me empieza a dar vueltas. Mierda, mañana voy a tener tanta resaca como en mis días de Universidad. Intento dormir, pero no puedo. Me pongo a dar vueltas y vueltas en la cama. Cuento ovejas, copas de gin-tonic y flores del vestido de Rose, pero nada. No hay manera. Me levanto, me voy al baño y me miro al espejo. Tengo un aspecto horrible. Ni si quiera me he quitado el maquillaje.

Cojo un algodón y lo empapo en desmaquillante para ver qué hay bajo ese manchurrón negro que queda en mis ojos. Después me pongo un par de cremas que tengo en el armarito que hay sobre el lavabo.

Llevaba tiempo sin observarme detenidamente en un espejo. Me giro y miro mi figura. En realidad no estoy nada mal. Me gusta mi cuerpo, mis curvas, mi trasero. ¡Oiga! ¡Que estoy bastante buena! Empiezo a pensar que quizá debería meterme a la cama. El alcohol me está haciendo estragos.

Pero entonces me quito el suéter del pijama y me miro en sujetador. Llevo uno de color carne. Debe ser el más aburrido de mi cajón. Y aunque en realidad tengo un pecho bonito no me favorece demasiado.

Me quito los pantalones. Mis braguitas son blancas de flores. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Son como el vestido de Rose! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Corro hacia el dormitorio casi dando tumbos y empiezo a sacar toda mi ropa interior del cajón. Lanzo todas mis braguitas al aire en busca de algún conjunto sexy. Encuentro uno que me compré para sorprender a Piero en uno de esos momentos en los que nuestra relación flaqueaba, de color gris de encaje. Me vuelvo a imaginar con bigote. Y me echo a reír.

Me pregunto si a Ian le gustaría este conjunto. Probablemente a él le excitara mucho más que a Piero. Y me doy cuenta de que no me disgusta nada la idea. Si no fuera porque aún estando bebida soy algo sensata, le hubiera llamado en mitad de la noche para invitarle a mi casa. Pero no puedo dejar que gane así, de esa manera.

Me pongo el conjunto y vuelvo al baño a mirarme. Definitivamente este es mucho mejor. Comienzo a contonearme. Me lo estoy pasando de miedo. Quizás la tarde de sexo con Ian me ha venido mejor de lo que pensaba. Quizás algo de locura era lo que me hacía falta.

Puede que incluso lo de trabajar con Kristen no sea tan malo. Al fin y al cabo voy a tener mil motivos para reírme y mil anécdotas que contar después.

Vuelvo a la cama y me pongo música en la mini cadena que tengo sobre el escritorio. Suena "Girls just want to have fun" de Cyndi Lauper. No había otra mejor para este momento. Sigo en ropa interior y ¡me da igual! Bailo, me contoneo y salto en la cama. ¡Que viva la Gigi atrevida!

Caigo rendida en la cama, sonriendo y agotada. Aún con la música puesta. Parece que ahora sí tengo algo más de sueño. Cierro los ojos un instante.

El timbre suena, y me taladra los oídos. Es como si alguien estuviera haciendo obras dentro de mi cabeza. ¿Pero quién narices es a estas horas?

Un momento, entra luz por la ventana. ¿Ya es de día? ¡Me he dormido! La mini cadena aún sigue sonando. La apago, está ardiendo. Lleva sonando toda la noche. Miro el reloj de la mesilla. Son las 10 de la mañana.

Sigo en ropa interior. El timbre vuelve a sonar. Me pongo un batín que tengo detrás de la puerta del dormitorio y salgo a ver quién narices se presenta en mi casa a estas horas un sábado. ¡Qué me dejen vivir mi resaca en paz, por favor!

Abro la puerta casi sin mirar quién es, esperando que sea un mensajero rezagado con alguna de mis últimas compras por internet o un vecino pesado diciéndome que apague la música.

Entonces la voz de ese estirado que me vuelve loca se cuelga en mi casa.

—¿Señorita Greene? —Pregunta Graham. ¿Acaso no me reconoce en bata o qué? ¿Qué clase de pregunta es esa?

¡Oh! Claro. ¿Quién iba a ser si no? Le cierro la puerta casi del susto.

Ian empieza a tocar.

—Gigi, ábreme. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Qué haces aquí a estas horas? —Le digo a través de la puerta, aún sin abrir. Me doy cuenta de las pintas que llevo. Estoy despeinada y en ropa interior sexy. ¿Qué va a pensar?

—¿Por qué no me abres?

—Dime qué quieres. —Intento hacer tiempo. Me atuso el pelo y me cierro bien la bata para que no se vea nada.

—Traigo las invitaciones del showroom. —Dice.

Suspiro. Y le abro un poco la puerta, lo suficiente como para que me quepa el brazo.

—Dámelas. —Digo haciendo un gesto con la mano y mi cuerpo escondido tras la puerta. Sí. Lo sé. Soy patética.

Ian debe estar ojiplático.

—¿Estás con alguien? —Pregunta entonces.

—¿Qué? ¡No! —Niego. ¿Con quién voy a estar? —Quiero decir ¡Sí! ¡Sí! Estoy con alguien. —Rectifico. Es la excusa perfecta para que no tenga que verme con este aspecto. Aunque, ahora que lo pienso también es la excusa perfecta para ponerle celoso. Súmate tres Gigi.

—De acuerdo. Pásalo bien. —Dice, y me pone un sobre con las entradas sobre la mano.

Meto el brazo en un rápido movimiento para después cerrar la puerta, pero antes de que pueda hacerlo Ian empuja ligeramente y la abre sin que pueda hacer nada contra sus músculos.

Una sonrisa malévola de victoria corona su perfecto rostro.

—¿Con quién estás? —Dice divertido.

—¡A ti que más te da! —Respondo mostrando falsa indignación.

—Bueno, puede ser divertido... ¿Es una amiga? —Dice y se muerde el labio.

Después baja la mirada hacia mi batín.

—¡Eres un degenerado! —Le digo mientras le golpeo a modo de juego uno de sus brazos enfundados en su ya clásica americana azul.

—Pero solo contigo. —Me susurra.

—Pues llegas tarde. Hay alguien en mi habitación. —Miento. Me encanta hacerle de rabiar.

—¿Ah sí? —Pregunta irónico. —¿Y qué has hecho con esa persona? —Dice mientras da un golpecito a la puerta con el pie para cerrarla detrás de él.

—Muchas cosas. —Digo sin quitarle ojo.

—¿Y te han gustado? —Pregunta pícaro acercándose cada vez más a mí.

—No tanto como las que hice contigo. —Digo.

Entonces Graham se acerca y me tira del cinturón del batín para desabrocharlo, dejando a su vista mi cuerpo enfundado en lencería fina.

Suspira hondo y acerca su rostro al mío. Me besa y con su mano recorre mi pecho y lo agarra con fuerza. Le miro fijamente, le muerdo la mejilla y le empujo apartándole de mí. Me abrocho el cinturón del batín y me cubro. Le dejo casi suplicando con la mirada y con la respiración agitada. Si jugamos, jugamos los dos. Y va a ser cuando yo quiera.

—Nos vemos...—Digo mientras abro el sobre y leo la fecha y la hora.
—...el jueves a las nueve. En tu showroom.

—Eres muy cruel Giselle Greene.

—No tanto como tú, Ian Graham. —Digo y le muestro la salida.

Cuando cierro la puerta, apoyo la espalda contra ella y respiro hondo.
¡Malditos ojos verdosos!

Rojo para dos

Lunes, tres de la tarde. Apago el ordenador y recojo mis papeles. Se acabó el día más duro de la semana. Max hace lo mismo en el cubículo de al lado. Hemos quedado para comer con Kate en un restaurante junto a su librería.

No sé muy bien qué hago yo en esa comida. El sábado en la fiesta ambos dejaron clara su atracción mutua, y aunque no apruebe esta posible relación por los antecedentes de Kate y los sentimientos de Max, no puedo hacer nada para evitarlo.

Max lleva toda la mañana con una sonrisa de oreja a oreja, y me apuesto mi bolso de Louis Vuitton de quinta mano a que es por la “cita” a tres con Kate. Y también me apuesto lo que queráis a que para ella, Max sólo es uno más de su lista.

Y no es que me parezca mal. Al fin y al cabo lo de no comprometerse me suena más familiar de lo normal. Ian parece llevar el mismo tren de vida que Kate, aunque de este no conozca el historial. El que me preocupa es Max. No estoy tan segura de que él haya comprendido la fugacidad de las relaciones de mi querida y exótica amiga.

—Ya estoy lista Max. ¿Nos vamos? —Pregunto cuando termino de recoger.

—Sí. Solo dame un segundo...—Dice mientras toma un mini frasco de colonia o perfume del primer cajón de su escritorio y se lo echa casi por completo encima. —Listo.

Sonrío. Parece un pre-adolescente en su primera cita.

—Señores. —Dice de repente una voz familiar a nuestra espalda. —No tan deprisa. —Añade. —Tengo que hablar con ustedes dos.

Bárbara Fraser. ¡Agua! ¡Agua! No tenemos escapatoria. A ambos nos tiemblan las canillas.

—¿Qué ocurre Señorita Fraser? —Digo temerosa. Solo espero que no me traiga un artículo de última hora para la tirada de mañana que me obligue a echar horas extra. Es muy dada a traerme todo cuando mi turno ha terminado.

Entonces se acerca y mira a ambos lados, para asegurarse de que no hay nadie alrededor.

—Solo quería preguntarles una cosa.

—Adelante. —Dice Max.

—¿Estuvieron el viernes por la noche en el Dance Corner?

—¿Por qué debería importarle eso Señorita Fraser? —Me atrevo a cuestionar. —Lo que pase fuera del trabajo, discúlpeme, pero no es de su incumbencia. —Digo rotunda.

—Mira, guapa, no vayas de listilla que soy tu jefa. Si fuera por mí, no hubieras formado parte de la columna de moda. Sé que los dos os aliasteis en contra de Kristen. Ella me lo ha contado todo. Y si no queréis que Hallway se entere, más vale que mantengáis la boca cerrada. Sé que me visteis acompañada en el club.

—No sabemos de qué nos habla, Bárbara. —Dice Max. —Nos da exactamente igual con quién frecuente las zonas de fiesta en su tiempo libre. Dedíquese a dirigir esta redacción de forma equitativa. Está mostrando un claro beneficio hacia una de nuestras compañeras. Quizá eso sí que debería saberlo Hallway...

¿Hola, Max? ¿Eres tú? ¡Le beso ahora mismo si hace falta! O mejor, ¡le concierdo una cita con todas las chicas de mi agenda! Bárbara 0, Max 1.

—Como dirija o no la redacción no es de su incumbencia. Limítese a usar el Photoshop y cierre el pico. Ya me han oído. Ni una palabra. — Culmina para después marcharse con paso firme, clavando los tacones en el parqué.

—Alucinante. —Digo.

Max asiente y respira hondo.

—No lo digo por ella, lo digo por ti. Deberías tener citas más a menudo. Te sientan genial. —Puntualizo con sorna.

—No es una cita Gigi.

—Ya, ya... Lo que tú digas...

Nos vamos de allí intentando no cruzarnos con nadie más por el camino. Ha sido demasiado por hoy. La loca de Barbie intentando esconder su romance a voces con Kettle era lo último que le faltaba a esta redacción de locos. Y lo que más me apetece a mí ahora mismo es bajar a contárselo todo a Henri, el de la cafetería y que se encargue de difundirlo como hizo con el falso bulo de los “bichitos” de Kristen. Pero voy a ser buena. No quiero que Bárbara meta a Max en mis conflictos con la coreana por la columna. No se lo merece.

La comida con Kate ha sido un no parar de flirteos y miraditas furtivas de adolescentes. Lo cierto, es que debería tomar nota de las tácticas de la medio brasileña, porque se le da realmente bien el arte de la conquista. Tiene a Max en la palma de la mano.

Pedimos la cuenta. Max se empeña en invitarnos. Yo me opongo. Kate se deja.

—¿Qué vais a hacer ahora chicos? —Pregunta la conquistadora.

—La verdad es que no tengo ningún plan. —Dice Max.

—¿Y tú Giselle?

—Yo tengo que ir de compras. Necesito un par de cosillas. —Improviso. No me apetece unirme a ningún otro plan de tres. Aunque pensándolo bien puede que sí eche un ojo a alguna tienda aprovechando que estoy por la zona

comercial.

—¡Qué lástima! Hoy es el día del espectador en el cine de la calle de abajo, y me apetecía un montón ver la nueva película de Spielberg...

—Bueno. Podemos ir los dos. —Dice Max. —Si te apetece, claro... — Titubea y le veo cruzar los dedos por debajo de la mesa.

¡Tan maduro para unas cosas y tan niño para otras!

—¡Hecho! —Responde sin pensarlo Kate.

Yo observo la escena y me retiro.

—Pasadlo bien chicos. Os veo mañana.

Antes de irme miro a Kate y le ruego con la mirada que se porte bien. Ella me guiña un ojo. ¡Miedo me da! Ya veremos mañana qué ha ocurrido.

Camino firme por la calle más larga y llena de comercios de Klein. Hace un día estupendo. El sol brilla como nunca entre toneladas de polución y el sonido de un millar de motores de coches rugiendo a mi alrededor. Ahora entiendo la gran cantidad de personas con alergia y asma que hay en esta ciudad. Quizás la vida en el campo, con un par de vaquitas y un huerto ecológico hubiera sido menos estresante y más saludable. Pero la vida en la ciudad me encanta. No cambiaría por nada el frenetismo, la sensación de anonimidad y las tardes de compras por la gran avenida. Las horas de espera por las huelgas de transporte público, el olor rancio de las rejillas de ventilación a la salida del metro o la música de fondo de la discoteca que hay cerca de casa de los sábados. O bueno, quizás eso último sí. Pero me gusta Klein. No es la mejor ciudad del mundo, ni la más grande, pero es mi hogar y así lo siento.

Dejo de divagar para observar los escaparates. Debería comprarme algo para el showroom. Al fin y al cabo es un evento de moda y debería ir acorde con la ocasión. Sé que tengo un armario a punto de estallar, repleto de cosas aún con etiqueta, pero aún así, siento que no tengo nada que ponerme.

Quiero ir más guapa que Kristen, y aunque no cuente con su mismo presupuesto, estoy segura de que encontraré algo decente en Zara o en alguna otra tienda.

No puedo evitar detenerme frente al escaparate de Yves Saint Laurent. Un maniquí ultra estilizado lleva un traje negro, escotado, que deja ver un sujetador lencero bajo la americana. Es sexy y elegante a la vez. Me muero por tener uno así. Miro el precio al final de las largas piernas del expositor y obviamente es inalcanzable. ¿En qué estabas pensando Gigi? ¿Crees que Yves va a hacerte una rebajita? ¡Ilusa!

Sigo caminando para llegar a la parte de la calle en la que puedo empezar a mirar realmente los escaparates. El apasionante mundo del *low cost* me espera con los brazos abiertos para que empiece a fundir mi brillante y vacía tarjeta de crédito. Entro en un par de tiendas para probarme algún que otro vestido, pero ninguno me convence.

Puede que sea uno de esos días en los que no estoy inspirada y por más que me empeñe en comprar algo que me siente bien, es inútil, porque me ponga lo que me ponga no me va a gustar. Ni si quiera el traje negro de YSL.

Bueno, ese sí.

Salgo de la última tienda en la que lo he intentado y entonces me topo con la gran cristalera de la tienda de Victoria's Secret. Tengo el mismísimo paraíso de la lencería a mis pies, así que entro embaucada por el encaje y la pedrería.

Empiezo a deslizarme por los pasillos de la inmensa tienda. Llego a una sección un tanto exótica. Todo es brillante y colorido. Algo que no concuerda mucho con la temática de mi cajón de ropa interior: lo más neutral y básico que exista, por los siglos de los siglos... Con la novedad, toco todos los tejidos y me dejo llevar por el ritmo de la seducción. Me atrevo incluso a imaginarme embutida en todas esas maravillas de la confección "*braguit*". ¿Qué pensaría Ian si me viera con algo así? Pienso mientras agarro un mini tanga confeccionado entero de cristallitos, que casualmente es el que lleva uno de los ángeles de la compañía en una gran pancarta enmarcada, colgada detrás de mí, y que deja ver todos los encantos de la modelo. Definitivamente esto no es para mí. Las mortales como yo tenemos un pelín de celulitis y a algunas no tan atrevidas, nos gusta taparnos un poquito, no poner luces de neón que alumbren más el camino.

Decido irme a la siguiente sección. Encaje. Esto sí que sí. Empiezo a plantearme que necesito algo nuevo. Algo que le dé emoción a ese apartado soso de mi armario. A Ian parecía haberle gustado lo que vio bajo el batín la última vez que nos vimos y yo me lo había pasado pipa bailando en ropa interior sobre la cama. Así que si no me volvía a apetecer enseñárselo a Graham, al menos podría disfrutar de mí misma de vez en cuando haciendo mi propia pasarela por casa.

Tras una intensa búsqueda del conjunto perfecto, acabo inconscientemente con uno negro entre las manos. Lo miro. Me encanta. Es negro. ¿Cómo no me va a gustar? El negro es elegante y sexy y aburrido... ¡Qué original eres Gigi Greene!

Me dirijo a la caja para pagarlo. Aunque es negro, es más atrevido que el resto de los que tengo. O al menos eso me digo para auto-convencerme de que es el adecuado.

Hago cola casi quince minutos para que alguien me atienda. Consigo llegar a la caja y la dependienta comienza una batalla campal con la alarma del sujetador. Parece nueva y no entiende muy bien como desactivar el sensor para poder cobrarme el dichoso conjuntito. Suspiro y entonces una larga melena rubia pasa por mi lado haciéndose hueco entre la gente que ya tenía detrás de mí esperando para pagar. ¡Tendrá morro! ¡Se está colando! Menea su cadera de un lado a otro y se hace hueco en la caja que estaba vacía justo a la izquierda de la mía. En menos de dos segundos otra dependienta viene a atenderla. ¡Pero bueno! ¿Esta quién se ha creído? La Gigi bocazas está a punto de salir a relucir y decirle cuatro cositas. Pero me contengo. Al fin y al cabo yo ya estoy siendo atendida.

—¡El conjunto que has escogido es maravilloso! —Dice la dependienta, con cierto tono repelente, cuando la rubia le da un sujetador y su braguita

correspondiente. Ambos de un color rojo muy llamativo, con transparencias y algo de pedrería.

—Es para una noche especial. —Respondió la rubia, a la que solo podía apreciar de perfil.

—¡Uh! ¿Quién es el afortunado?—Dice de nuevo la dependienta. Parece que se conocen.

—Lo cierto es que aún es secreto Helen. Ya te contaré. —Responde la rubia haciéndose la interesante. —Solo puedo decirte que como los dos viajamos mucho, cada vez que nos vemos me llevo uno de estos para que la noche sea inolvidable. —Añade soltando una risita.

¡Oh! ¡Sí! Además de aguantar que se haya colado ahora tendré que escuchar su idílica vida. Me muero de ganas de saber quién es esta tipa...

—Con esto seguro que aciertas. ¿Vais a veros pronto?—Seguía cotilleando la chica de la tienda, mientras le colocaba el conjunto perfectamente envuelto, en una bolsa a rayas rosas.

—¡El jueves! Tenemos un showroom y después la noche será toda nuestra...

¿Un showroom? ¿El jueves? ¡Un momento! ¿Va a haber más showrooms en Klein el jueves? Lo dudo. Ese tiene que ser el de Ian.

—Que lo disfrutes, querida. —Le dice la dependienta después de darle la bolsa de forma gratuita.

La rubia se gira y entonces puedo verle la cara de frente. ¡No me lo puedo creer! Mi boca debe estar rozando el suelo como otras tantas veces en las últimas semanas. ¡Es Brittany Clark! Sí, la misma. El ángel de Victoria's Secret con la que Graham estuvo viendo el partido de los Lakers y con la cual me juró tener una relación meramente laboral. Pero que, al parecer, se estaba comprando (o más bien se lo estaban regalando) un conjunto sexy para llevar al showroom y tener una noche especial con alguien especial... ¡Ese maldito Graham se va a enterar!

La dependienta que me está atendiendo consigue quitarle la alarma a mi conjunto después de media hora y está a punto de pasar el lector del código de barras por la etiqueta.

—¡No! —Digo antes de que lo haga.

La chica se sobresalta.

—¿Qué ocurre? —Me dice.

—Ya no lo quiero.

Su cara parece un poema. Después de todo lo que ha luchado para liberar ese pequeño trozo de encaje negro de las garras de los sistemas de seguridad anti-robo, anti-bombas y anti-catástrofe nuclear de ultimísima generación, voy yo y le hago volver a ponerlo. Suspira hondo.

—Quiero lo que se ha llevado la chica de aquí al lado. El conjunto rojo con transparencias. —Digo entonces. Y una gota de sudor le cae por la frente. Espero que al menos se haya quedado con la copla de cómo quitar la alarma y esta vez lo haga más rápido.

Sí. Me llevo el rojo. El sexy. ¡No pienso dejar que ningún ángel caído de

una pasarela me haga competencia! ¡Ian Graham se va a enterar como que me llamo Giselle Greene!

Gigi para los amigos...

Preliminares

Jueves por la tarde. Estoy histérica. Me espera por delante una noche que promete ser larga e intensa y que llevo esperando ansiosamente desde el lunes. La semana ha pasado más o menos rápida. En la oficina, la relación con Bárbara sigue tensa. Parece que va escondiéndose por los pasillos para evitar cruzarse con Max y conmigo y solo nos ha dirigido la palabra si era estrictamente necesario para darnos alguna orden. Parece que la noticia de su lío con Kettle formaría una verdadera revolución en la redacción y quiere guardarse bien las espaldas.

Max, por su parte, ha ignorado totalmente el tema de la Barbie. Para él esta semana solo ha existido Kate, su pelo rizado y la maravillosa tarde de “cine” que pasaron el lunes. Aún no tengo claro si con cine se refiere a sexo. Espero que no o Max habría perdido su inocencia para siempre. Aunque en realidad me alegro por él. Se le ve feliz.

En cuanto a mi padre y a Rose, no he vuelto a saber nada de ellos. Y realmente no me preocupa. Sé que mi padre está bien, aunque sea con esa señora que nunca soportaré.

Y no tengo nada más que decir de mi semana. Porque no hay nadie más que me importe en mi vida. Al menos no desde el lunes. ¿Ian Graham? No sé quién es. Ni me interesa. Lo único que sé acerca de ese nombre y ese apellido es que es el anfitrión del showroom de esta noche. Nada más. El resto ha pasado a la historia.

Vale. Ya me conocéis. Puede que no sea del todo cierto y que en mi mente haya estado dándole vueltas a la conversación de Brittany con esa dependienta. No dijo en ningún momento que fuera Ian el amante al que va a deleitar con la lencería roja, pero a mí me pareció bastante evidente. “Lo veo este jueves, en el showroom” No necesito más evidencias.

Si resulta cierto que están liados, Graham va a necesitar todo Klein para esconderse, porque no pienso tener piedad. Y menos después de lo que ocurrió sobre el capó de su coche el pasado fin de semana. Eso no se hace si tienes novia. Y menos si tienes a un ángel de Victoria's Secret. ¿Quién demonios le pondría los cuernos a una de ellas? ¡Y menos con Gigi Greene! ¡Esa pelirroja loca que anda de un lado a otro como un pollo sin cabeza! Yo no desde luego no lo haría.

Mi plan para esta noche es simplemente observar. Como un león cuando acecha a su presa. Estudia sus movimientos, sus rutinas, y cuando menos se lo espera. ¡Zas! Lo caza. Y todo esto pienso hacerlo enfundada en la más fina lencería roja. Porque soy una depredadora, sexy y delicada. No puedo evitar

reírme de mí misma al imaginar la escena.

Enfundada en lencería y con un pequeño adorno colgado de la espalda. Porque no nos olvidemos de que al showroom tengo que ir con Kristen. La coreana más simpática y divertida del universo. ¡Viva!

Aún no sé cómo voy a salir viva de esta noche.

Respiro hondo. Aún tengo unas horas por delante para relajarme y prepararme física y mentalmente. Puede que incluso me marque unas flexiones antes de ir...

Acabo de pintarme las uñas, me depilo las piernas y el pelo rebelde que me sale en el bigote y me pongo crema desde la frente hasta el dedo meñique del pie. Creo que estoy lista para un bombardeo. Pongo la música a toda pastilla y a la vez cojo un bote de helado del congelador para ir recargando fuerzas.

Me pongo la ropa interior. Me miro al espejo. Puede que a Brittany le quede mejor, pero vérmelo a mí es todo un espectáculo. Eso no lo puede superar.

De repente suena mi teléfono. Lo descuelgo sin mirar, mientras engullo otra cucharada del delicioso helado de vainilla con nueces.

—¿Sí? —Digo aún con la boca llena.

—¡Hola Giselle! —Dice mi padre al otro lado del auricular.

—Hola papá. —Digo más seria.

—¿Qué tal ha ido la semana?

—Mejor no preguntes. —Digo recordando todo lo anterior.

—De acuerdo.

—¿Qué tal va tu pierna? —Pregunto.

—Bien. El médico dice que aún tengo que estar unas semanas con el vendaje, pero Rose ha conseguido que su primo Trevor me preste su silla de ruedas, así que puedo salir de casa más fácilmente.

—Eso es estupendo. —Digo.

—Por eso había pensado que quizás...—Paró. Parecía dudoso de mi reacción. —Bueno, sólo si puedes y te apetece...—Añadió. —Me encantaría que cenáramos en el italiano hoy. Ya sabes, como hacíamos los jueves.

—Lo siento. No puedo. —Digo.

—¡Oh! Vaya. Bueno. No pasa nada. —Dice algo entristecido. —Lo entiendo. Después de lo del otro día entiendo que no te apetezca Giselle...

—¡Gigi! —Digo con suavidad. Le oigo soltar una risilla. —Claro que me apetece, papá. —Digo con ternura. Lo cierto es que haberle visto el otro día me había hecho darme cuenta de lo que le echaba de menos. —Solo es que hoy no puedo. Tengo que ir a cubrir un evento como periodista, para una columna de la revista. Es muy importante, no puedo faltar.

—¡Eso es maravilloso! —Dice él. —Tú trabajo es lo principal. —Añade.

—Sí. Tengo que contarte muchas cosas papá. ¿Qué te parece si cenamos mañana? —Propongo. Realmente tengo ganas de verle a solas y contarle todo lo que ha pasado en mi vida estos últimos años. Incluso lo de Piero. Seguro que se va a reír muchísimo con esa historia. Antes solía contarle

absolutamente todo. Hasta que llegó Rose y dejó de tener tiempo para mí.

—Eso sería increíble. —Dice. —Mañana nos vemos entonces.

—Hasta mañana. —Respondo y después cuelgo.

Entonces me doy cuenta de que he estado hablando todo este tiempo con mi padre llevando simplemente un sujetador con transparencias y unas braguitas de color rojo. Menos mal que no me ha visto. Me sonrojo al pensarlo. ¡Qué vergüenza!

El resto de la tarde la paso probándome modelitos que ya tenía en el armario y otros tantos que he acabado comprándome durante la semana. Cuando por fin me decido por un vestido gris, entallado alguien llama a la puerta. Son las siete. ¡Qué raro! No he quedado con Kate hasta las ocho y cuarto. Al final conseguí una invitación más para que ella pudiera acompañarme. Esa noche necesitaba refuerzos conmigo.

Abro la puerta y es un repartidor.

—¿Giselle Greene? —Dice el señor barrigudo que trae una enorme caja entre sus manos.

—Sí. Soy yo. —Digo extrañada. No he pedido nada últimamente, o al menos que recuerde. Quizás sea algún paquete perdido de esos de páginas asiáticas que nunca me llegó.

—Firme aquí. —Dice señalando un recuadro blanco en la hoja de reparto.

Obedezco. Cojo la caja y la meto a casa con dificultades. ¿Qué narices será? Puede que sea aquel disfraz de carnaval de Wilma Picapiedra que nunca llegó. Soy pelirroja, ¿de qué esperáis que me disfrace?

La pongo sobre la mesa del salón y la abro. Un papel de seda azul, recubre lo que hay en su interior. Estos asiáticos se lo curran mucho. El disfraz no debió costarme demasiado porque ni reclamé su pérdida. Quito el papel y lo que veo no es precisamente un disfraz. ES un precioso vestido de color crudo. Lo saco fascinada y un sobre se cae al suelo. Lo cojo. Es una nota de Ian. ¿De quién iba a ser si no?

“No podía dejar que vinieras al showroom sin una prenda de Monkey. Este vestido es uno de los que Steve Ray ha diseñado para la colección. No puedo esperar a vértelo puesto. Ni mucho menos a quitártelo yo. Nos vemos esta noche. Un saludo, Ian Graham.”

En estos momentos tengo un torbellino de sentimientos en mi interior. Por una parte no quiero ponerme el vestido para darle en las narices a ese mujeriego y perfecto Graham que parece tener siempre todo bajo control. Pero por otra, miro el vestido y me muero de ganas de ponérmelo. Tengo que reconocer que es precioso. Nunca había tenido algo así. El cuerpo del vestido tiene cuello barco y manga larga. Está cubierto de pequeños flecos en las mangas y la tela es una especie de encaje precioso y delicado. La falda plisada parece llegar a media caña.

Me lo pruebo. Es justo mi talla. ¿Cómo ha sabido qué talla tengo? Reconozco que estoy tremendamente bien dentro de él. Por suerte, tiene un forro lo suficientemente grueso para que mi ropa interior de colores

inusuales, no se transparente.

¿A qué narices juega Ian? Me voy a poner su vestido, sí. Pero él no va a ser precisamente quien me lo quite. Si quiere guerra la va a tener.

Completo el look con unas sandalias de tacón y rezo para que mis pies, no acostumbrados a esas alturas, aguanten toda la noche. Me dejo el pelo rizado, aunque con una onda más ancha que retoco con el rizador. Labios rojos, un poco de rímel y ¡lista! Me encanta el resultado. No puedo esperar a que Ian me vea así, pero se dé cuenta de que no puede ni tocarme. Porque yo sé que juega a dos bandas. Pienso desenmascararle.

Llaman a la puerta de nuevo. Ahora sí son las ocho y cuarto. Espero que esta vez sea Kate. No quiero más sorpresitas.

—¡Guau! —Dice al verme. —Con ese vestido me gustas hasta a mí. —
Añade.

—¡Tú tampoco estás mal! —Digo. Kate siempre va estupenda. Ella ha elegido un vestido ceñido y de corte más tradicional, de color negro.

—¡Vamos a romper ese showroom! —Dice. —Tienes que escribir el mejor artículo del siglo. —Me recuerda. Parecía haber olvidado que la misión del evento era escribir junto con Kristen un artículo decente que pudiera ocupar la nueva columna de moda de la revista y no vengarme de Graham por utilizarme. Si es que realmente lo había hecho. Aún no estaba segura de nada.—¿Nos vamos?

—Dame un segundo. —Digo. Aún tengo que coger un par de cosillas, para dar por terminada la fase de preliminares, en la que se había convertido esa tarde.

Agarro mi bolso, meto la grabadora, una libreta, un par de bolis y un pequeño cuaderno en el que había hecho algunas anotaciones sobre los invitados, la nueva colección cápsula de Steve Ray para Monkey y mis investigaciones sobre el diseñador. Quería estar bien preparada para poder improvisar.

—Estoy lista. —Digo entonces. Y salimos para dirigirnos al lugar donde la noche daba comienzo.

¡Que empiecen los juegos del hambre!

Musas

El taxi acababa de dejarnos en la puerta de la sede de Monkey, en el centro de Klein. La inmensa fachada de la tienda, ha sido decorada de forma elegante con flores y luces que iluminan todo a su paso. Una alfombra roja se ha desplegado sobre la pequeña escalinata de entrada. Por un instante Kate y yo nos sentimos como unas verdaderas estrellas de Hollywood.

Son las ocho y media. La prensa y los otros medios invitados, estamos citados un poco antes de tiempo para prepararnos para la llegada de los personajes verdaderamente importantes.

Kristen se ha pasado esta mañana unas veinte veces por mi cubículo para recordarme que debía ser puntual y que por favor no llevara puesto nada de Zara. Lo que no sabe es que llevo en primicia uno de los vestidos de la colección. Puede que ella lleve algo de “Monkey” en lugar de Monkey.

Subimos la escalinata y entramos a la tienda. Si el edificio en su exterior ya es lo suficientemente espectacular, no podemos mantener la boca cerrada al ver la decoración de dentro. Todo está cambiado. Los percheros y los burros de ropa que había habitualmente en la tienda, han dado paso a un espacio amplio de luz tenue y decorado de estilo moderno. Es un verdadero local de fiestas.

Nada más entrar, a la derecha, hay un *photocall* con la firma de Steve Ray y el sello de Monkey. Frente a él están empezando a colocarse los primeros fotógrafos. Aunque la OMG es la principal revista invitada, otros medios también se han interesado por el evento.

Puedo ver a Kristen esperando tras la marea de cámaras. No para de agitar el brazo de forma enérgica para intentar llamar mi atención.

—Hola Kristen.

—Hola Giselle. —Responde mirándome de arriba abajo. —¿En qué tienda de segunda te has comprado ese trapito? Desde luego no esperaba otra cosa de ti.

Una risa maligna me invade. No puedo esperar a que se dé cuenta de que está criticando el trabajo de Ray. Kate me mira esperando una respuesta épica, pero paso. Prefiero que ella misma se percate.

—¿Sabes dónde tenemos que colocarnos? —Pregunto, ignorando su perverso ataque.

—Cuando vayan llegando los invitados, les esperaremos al final del *photocall*. Tú y yo somos las únicas que vamos a entrevistarles, así que se pararán unos minutos para hablar con nosotras antes de entrar a la fiesta.

A lo largo de la semana hemos intentado ponernos de acuerdo para repartirnos el trabajo. Escribir un artículo entre dos personas no es una tarea sencilla. Kristen se ofreció para ser ella la que hiciera las entrevistas y de esa forma manejar la información y el contenido, asumiendo yo la tarea de redactar y corregir el artículo. Pero obviamente me negué. No estaba dispuesta a ser su conejilla de indias. Así que tras muchas disputas y tiranteces, acordamos que nos turnaríamos y que así cada una haría las preguntas a uno de los invitados, de forma aleatoria. Y después ya nos las arreglaríamos para escribirlo.

—Perfecto. —Digo.

—¿Sabes algo de Max? —Pregunta ella entonces.

¿A qué viene ahora lo de preguntar por Max? Mi querido amigo lleva una temporada que parece haber olvidado la existencia de la coreana y yo estoy más feliz que una perdiz. Aunque, siendo sinceros, cambiarla por Kate tampoco ha sido lo mejor que ha podido hacer. Sin desmerecer a mi amiga a la que quiero con locura.

—¿Qué ocurre con Max? —Dice Kate, que había permanecido en silencio todo el tiempo. No traga a Kristen por todas las cosas que Max y yo le hemos contado, así que ha debido estar mordiéndose la lengua hasta ahora.

—¿Cómo que qué ocurre? Bárbara me ha llamado antes para decirme que Max es el fotógrafo que cubre el evento con nosotras. Por lo visto Marcus, el becario multiusos de los jueves ha tenido alguna clase de accidente. ¡Qué momento más oportuno! ¿no? —Dice, demostrando una vez más que dentro de ese cuerpecito no tiene corazón.

—¿Qué le ha pasado a Marcus? ¡No tenía ni idea! —Digo sorprendida. Max no me había dicho nada.

—No lo sé. Ni me importa. Lo único que necesito es que Max venga ya, no podemos perder ni una foto.

—¡Estoy aquí! —Dice de repente Max, jadeoso. Viene corriendo y trae la cámara de fotos en la mano. Las tres nos giramos casi a la vez.

—¡Gracias al cielo! —Exclama Kristen.

—Bárbara le dijo a Monic la de la copistería que le dijera a Eleanor que me dijera que tenía que venir porque Marcus se ha cortado el dedo índice cocinando a medio día. —Dice aún sin aliento. —La pobre, ha venido a buscarme a casa hace un rato. Ni si quiera tenía mi teléfono.

Kate le mira extrañada. Yo también.

—¡Qué asco! —Suelta Kristen.

—Sí. ¿Se le ha caído el dedo entero en la comida?—Dice Kate, poniéndole algo de humor.

—Lo digo por ti, Max. Estás sudado. —Añade asqueada antes de girarse sin ningún reparo para dirigirse a nuestra posición.

Kate se muerde la lengua, se clava un pie al suelo y cuenta hasta cien.

—Agárrame Gigi. Agárrame que le pongo esos zapatos horribles que lleva por montera.

—Tranquila Kate. Ella es así. —Intenta calmar Max ya con algo más de

aliento.

—A mí me encantas así, hasta sudado. —Le dice y le da un ligero beso en la mejilla. A Max casi le empiezan a dar vueltas los ojos.

—Bueno chicos. ¡A trabajar! —Digo, antes de que estos dos tortolitos empiecen con más cursiladas que no estoy segura de poder soportar sin vomitar. —Max, tu quédate aquí y haz las fotos tan bien como sabes hacerlas. —Indico.

—Sí, mi capitán. —Obedece, haciendo el saludo militar.

—Kate, tú tienes vía libre.

—Daré una vuelta por aquí. No pienso dejar ni un cabo suelto. Si ese Graham te está engañando, no tendrá escapatoria. —Dice. Parece que la Mata Hari de su interior ha renacido de nuevo. Ya le he contado lo que ocurrió el lunes y está dispuesta a ayudarme a averiguar lo que sucede. Para ella no es más que una historia interesante que contar, como las que vende en su librería y que tanto disfruta leyendo.

—Genial. —Digo y le guiño un ojo.

Voy a mi posición. Aún quedan unos minutos para que la gente empiece a llegar. Kristen repasa una y otra vez una lista de preguntas que tiene escritas en una hoja. Intento echar un vistazo de reojo. Apuesto lo que queráis a que no habría nada más divertido que leer las maravillas que esconde ese trozo de papel.

De repente una mano fuerte se posa en mi hombro. Pego un respingo. Me giro. Es Graham.

—¿Qué tal Señoritas? Bienvenidas. —Dice cordial. Me escanea de un vistazo y sonrío. Ahora debe pensar que ha ganado la batalla porque llevo su vestido. No puede estar más equivocado.

—Hola, Señor Graham. —Dice Kristen.

—Buenas Noches. —Digo más sobria.

—Veo que ya han tomado posiciones. Después del *photocall*, empezará la presentación de la colección en esa zona. —Dice señalando hacia el fondo de la tienda, donde hay unos cuantos expositores con maniqués y prendas de la colección, que dejan paso a una pequeña pasarela de unos quince metros rodeada de unas cinco filas de butacas, sofás y otro tipo de asientos más desenfadados. —Y cuando termine, habrá música, comida y bebida. ¿Están preparadas para la fiesta?

—Claro. —Afirma Lee. —Es increíble. No puedo esperar para ver la colección.

—Tiene delante una de las prendas estrellas. —Dice Graham mirándome.

Kristen se queda boquiabierta. Acaba de percatarse de que mi “trapito” lo ha diseñado Steve Ray.

—¿Qué ocurre Kristen? ¿No te gusta? —Digo envuelta en gozo. Esto empieza a ponerse divertido.

—Sí. Es...es... precioso. No sabía que era de la marca. Solo eso. —Excusa titubeante. Gigi 1. Kristen 0.

—Bueno. Les dejo. Tengo que ir a recibir a los invitados. Espero que el artículo salga genial. Confío en ustedes. —Dice poniéndome una mano en la cintura.

—Adiós Graham. —Digo seca. Quiero que note que algo ocurre, aunque conociéndole, puede que ni se inmute.

Ian se marcha sin percatarse. No importa. La noche acaba de empezar.

Las primeras personas en llegar a la fiesta pasan por el *photocall*. Son dos de las blogueras más influyentes de Klein: Lizzy Janet de “*Klein Diaries*” y Rosette García de “*The Fashion K*”.

—Me pido a Lizzy. —Digo rápidamente. Kristen refunfuña.

La entrevista con Lizzy es una de las que más ganas tenía de hacer. Sabía que estaba invitada porque ella misma lo publicó en sus redes sociales hace unos días y me he preparado para la ocasión. Cuando terminan de hacerse las fotos más molonas del mundo con un millón de poses, avanzan hacia nosotras. Kristen y yo con grabadora en mano. Les hacemos un par de preguntas que contestan encantadas. Rosette anda algo distraída con su móvil, revisando las notificaciones de Instagram y pasa un poco de Lee.

Tras ellas, van pasando una a una muchas de las personas más destacadas de la moda de Klein y alrededores. “*Influencers*”, diseñadores locales, algún personaje famoso,... Y vamos repartiéndolos como podemos. Unas veces gana Kristen y otras yo.

Estamos hablando ahora con Sarala Pearson, la “*youtuber*” que lo está bordando en redes sociales en este momento. Kristen y yo no nos hemos puesto de acuerdo esta vez y ambas estamos interviniendo.

—Sarala...—Digo cuando se acerca. —Soy Giselle Greene de la revista *OMG*. ¿Cómo estás llevando lo de ser una de las personas más influyentes de Klein, después de que tu último vídeo haya sido uno de los más vistos del mes?

—Bien. La verdad que la acogida del último vídeo fue espectacular. Tengo unos subscriptores maravillosos que confían en mí para ayudarles a encontrar su estilo. —Responde Sarala.

—¿Crees que recomendarás *Monky* a tus seguidores? —Pregunta Kristen.

—Sí, por supuesto. Estoy segura de que la nueva colección va a ser maravillosa. Steve Ray es un diseñador increíble.

—¿Y qué puedes decirnos de los últimos rumores que te han relacionado con el modelo de Cavalli, Leroy Stephan? —Vuelve a preguntar la coreana sin dejarme interactuar.

Sarala Pearson estalla en una carcajada. Y yo la sigo en mi interior. Los rumores del lío con Leroy Stephan, no eran sobre ella, sino sobre Tina Pearson, la maquilladora, que no tiene nada que ver con la *youtuber*.

—Querida, creo que me estás confundiendo. Soy abiertamente lesbiana, de hecho he venido con mi chica. —Dice señalando hacia la puerta, donde efectivamente, su novia, está esperándola. Después me guiña un ojo al ver mi gesto de disculpa y se marcha.

Kristen empieza a tartamudear.

—Lo de contrastar informaciones debieron de explicarlo en la asignatura que te falta de la carrera, ¿verdad? —Salta la Gigi bocazas e insensible. Pero no lo he podido evitar. Se lo ha merecido.

Creo que está encolerizando. Parece desbordada.

—Pe...pero...—Dice mientras pasa de un lado a otro las hojas de su cuaderno. —Si yo tenía apuntado que Pearson...

Mientras Lee está entretenida buscando su error veo llegar a la alfombra roja a esa rubia que últimamente me encuentro por todos lados. Brittany Clark está aquí. Y probablemente lleve la misma ropa interior que yo. Aunque eso no es relevante.

—Me la pido. —Digo antes de que Kristen pueda ni si quiera verla.

—¿Qué? ¡El ángel de Victoria es mío! —Exclama aún recuperándose de la metedura de pata de antes.

Intenta adelantarme antes de que alcance a la despampanante rubia, pero no lo consigue. ¡He llegado yo primero! Y esta vez la que va a sacar los trapos sucios soy yo.

—Buenas Noches, Brittany. —Soy Giselle Greene de la OMG.

—Hola Giselle. —Dice educada.

—Yo soy Kristen. —Añade ésta cuando nos alcanza y mete su grabadora en medio de ambas.

—Su presencia es una de las más esperadas esta noche. ¿Cómo se siente? —Pregunto. Quiero empezar flojito.

—Estoy muy agradecida de que Ian me haya invitado y me haya dejado participar en esta maravillosa presentación. Además ha tenido la amabilidad de enviarme uno de los vestidos de la colección. —Dice estirándose un bonito vestido rosa pálido que lleva puesto. Me quedo boquiabierta. Definitivamente el Señor Graham es experto en esto del juego a dos bandas...

—Sí. Graham es estupendo. —Digo irónica y poniendo una falsa sonrisa.

—¿Vas a desfilas... —Intenta preguntar Kristen. Pero la interrumpo y le acerco aún más la grabadora a Brittany.

—Y hablando de Graham, ¿qué tal le va la vida sentimental Señorita Clark? —¡Hola, Giselle Greene! Soy tu profesora de la facultad. ¿Qué tal te va en la vida sentimental? ¿Eso es una pregunta digna de una periodista con máster? ¡Céntrate! —Ha llegado a oídos de nuestra redacción que está empezando usted una relación con alguien conocido, y que por desgracia se ven poco. ¿Podría confirmarnos quién es esa persona? —Insisto.

Brittany empieza a ponerse pálida.

—Bueno, yo, yo... —Dice casi tartamudeando. ¡La he pillado! ¡Es Graham! ¡No puede dar ese bombazo en su propio showroom! —No...No...

De repente, y como caído del cielo, el rey de Roma, alias “Ian” aparece para rescatarla.

—Señorita Clark, tiene que pasar ya al *backstage*, para prepararse para el

desfile. —Dice Graham, que me fulmina con la mirada, aunque dudo mucho que haya escuchado la pregunta que le he soltado a la rubia de piernas de escándalo.

Brittany logra escapar de esta.

—¿Qué mosca te ha picado zanahoria? —Me dice Kristen. —¿Acaso sigues pensando que el Señor Graham y ella están liados? Ya te dijo en la reunión que era una relación laboral. No pienses ni por un instante que voy a dejarte volver a escribir sobre eso...

¡Hay que ver! Hasta Kristen parece tener más prudencia que yo en este tema. Aunque después de llamarme zanahoria no pienso darle la razón.

De repente, siento la fuerte mano de Ian en mi brazo.

—Giselle, tú también tienes que venir. —Dice.

—¡Que me llamo Gigi! —Digo casi gritando. Kristen se queda ojiplática. Ian sigue con el mismo gesto de siempre. Impasible.

Me sonrojo. A veces no me puedo controlar.

—Lo siento. —Digo, aunque en seguida vuelvo a mi postura de enfado.

—Gigi, te necesitamos en *backstage*. —Añade.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Ya lo verás. —Dice con esa sonrisa de tenerlo todo controlado que amo y odio a partes iguales. —La Señorita Lee puede quedarse a cubrir lo que queda de *photocall*. Si no le importa claro... —Añade mirándola a ella.

—¡Oh! Por supuesto que no. —Dice ella, encantada. Al fin va a poder controlar todas las entrevistas, y eso me da más miedo que la incertidumbre de ir con Ian a *backstage* sin saber para qué.

—Yo...Yo...No...

Graham casi me arrastra a la fuerza hacia los probadores que se han convertido en un guardarropa improvisado.

—Dame tu bolso. —Ordena.

—¿Qué?

—No preguntes tanto. Sólo dámelo.

Le miro extrañada.

—Gigi... —Insiste.

Obedezco. Soy débil. Pero me quedo la grabadora en la mano. Puede serme útil allá donde quiera que vaya a llevarme. Coge el bolso y lo deja con otros tantos que ha ido guardando la gente al pasar a la tienda para no tenerlos encima.

—Ven conmigo. Tengo una sorpresa.

Le sigo sin decir una palabra. En realidad quiero gritarle muchas cosas pero no estoy segura de por dónde empezar. Detrás de todo el escenario y la pasarela se ha formado una habitación entre cortinas negras, en la que van de un lado a otro un par de maquilladoras, estilistas y el propio Steve Ray, todos de forma frenética. Están terminando de arreglar a las que parecen los modelos que enseñarán sus prendas.

—¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Fantástico! —Dice Ray al vernos llegar.

—Te dije que le quedaría genial. —Añade Graham.

—Ven por aquí belleza. —Me dice el diseñador mientras me agarra también del brazo. —Necesitaremos otras sandalias. —Le dice a la que parece una asistente. —Esas son terribles. —Dice mirándome los pies.

La asistente asiente. Estoy perpleja. ¿Qué les pasa a mis sandalias? ¿Y por qué narices todo el mundo me arrastra de un lado a otro como si fuera una escoba? ¡Hola! ¡Soy Gigi Greene y tengo voz y voto!

—¿Pero qué está pasando aquí? —Digo casi sin aliento, cuando Ray me empuja a una silla frente a un tocador repleto de maquillaje.

—El desfile está a punto de empezar. Vas a hacerlo genial. —Dice aquél bohemio artista que debe estar más pirado incluso que yo.

—¿Cómo? ¿Yo desfilas? Disculpe pero ha habido algún error. Yo no soy mode... —Intento decirle, pero la maquilladora me mete una brocha en la boca mientras me retoca la cara y me deja K.O.

Escupo los pelillos que se me han quedado dentro e intento entender la situación. Graham me ha tendido una emboscada y he caído como una verdadera estúpida.

—Ya sé que no eres modelo, querida. —Dice Ray, que ha vuelto tras unos segundos con unas sandalias de pedrería, el doble de altas que las que llevaba yo puestas. —Con esa altura de ratón nadie te contrataría.

¿Altura de ratón? ¡Pero si mido un metro setenta! Bueno, igual un poco menos, pero eso da igual. ¡No soy bajita! Y además, es lo más ofensivo que me han dicho últimamente. Más incluso que lo de zanahoria o las cosas que me dice Rose.

—Pero no pasa nada. —Se auto-consuela mientras se agacha para ponerme las sandalias. —Todo se arregla con unos buenos tacones. Además, mira Kate Moss. Otro ratoncito pero que ha sido musa de los más grandes. Tú vas a ser mi Kate pelirroja. ¡Oh! ¡Es maravilloso! —Continua con su palabrería. Este se ha tomado algo antes del desfile. Que me lo pase, que lo necesito.

—¿Yo, Kate Moss? —Digo perpleja mirándole. La maquilladora me alza el rostro bruscamente con la mano y me coloca sin avisar unas pestañas postizas enormes. El ojo me empieza a lagrimear al contacto con el pegamento. ¡Oh Dios mío! ¡Seguro que me da alergia! ¡Genial! ¿Si me da un ataque anafiláctico puedo salir de aquí? Rezo al karma, a los dioses y a Coco Chanel. Pero nada. Mi ojo sigue bien después de acostumbrarse. No hay escapatoria. Otra chica se acerca y empieza a moverme el pelo y a echarme laca como si no hubiera mañana.

—¡Lista! —Dice Ray cuando acaban conmigo. Entonces me mira. Sigo con la grabadora en la mano. Me la quita. —¡No puedes salir con eso en las manos! —Estoy tan drogada con el spray y la laca que casi ni me entero.

Miro a mi alrededor por un instante. La gente sigue frenética de un lado a otro. Una cola de modelos se agolpa tras las cortinas que parecen dar a la pasarela. Me tiemblan las canillas. ¿Pero quién me mandaría ponerme el maldito vestido?

Ray comienza a darles indicaciones a todas. Brittany es la primera. Ya

no lleva el vestido azul. Ahora lleva uno aún más espectacular.

Yo me he colocado al final de todas. A ver si con suerte se olvidan de mí y no tengo que salir a desfilas. Salir a desfilas. Salir a desfilas. Me lo repito mil veces. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¡Ay Gigi!

—¿Preparada...? —Me dice. No sabe cómo me llamo.

—Gigi. —Digo.

—Sí, sí. ¿Preparada Kate Moss? —Dice ignorándome.

—¡No! —Niego. Se me ha escapado de lo más profundo de mi ser.

Ray se echa a reír.

—¡Ay mi musa! ¡Qué graciosa! —Dice paternalmente mientras me coloca unos mechones tras la oreja. Definitivamente se ha fumado algo. O no sé.

Quiero escapar de allí. De repente la música empieza a sonar. Una de las asistentes se asoma ligeramente por las cortinas. Puedo ver de refilón lo que ocurre detrás. Los invitados han tomado asiento.

Las luces bajan aún más y la música cambia de ritmo. Alguien, que no puedo identificar por la voz, ha cogido un micrófono y está presentando el desfile.

—¡Que empiece el desfile! —Dice al acabar.

Un hombre con un cañón de humo se coloca tras las cortinas y empieza un festival de sonidos, música, humo y glamour. Brittany sale a la pasarela con paso firme. Parece que ha estado haciéndolo toda su vida. ¡Un momento! ¡Es que ella es modelo! Y tú no Gigi. Tú no...

Una a una las modelos salen. Se oyen aplausos y ovaciones. Incluso de vez en cuando alguien exclama de asombro. ¡Que son vestidos por Dios! No es para tanto...

Ya no sé si está habiendo un terremoto o siguen siendo mis piernas temblorosas. Solo quedan dos chicas delante de mí para que sea mi turno.

¡Por favor Giselle! ¡No te caigas! Me digo a mí misma. Esos andamios que llevo en los pies parece que no opinan lo mismo. Seguro que me caigo, ¡ay! ¡qué espectáculo! Al menos tendremos algo divertido que contar en el artículo...

Ya me toca. La modelo que ha salido antes que yo aún no ha llegado al final de la pasarela.

Ray está junto a mí.

—Solo sé natural. —Me susurra. —Saca pecho, mete tripa, aprieta glúteos y paso firme. —Dice dándome un ligero cachete al final de la espalda.

¿Todo eso a la vez? ¿Eso es natural? ¡Pero si así andan los pollos! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué nervios! No puedo respirar. Creo que me está dando un ataque de ansiedad. ¡No espera! Es el humo del cañón. Está preparado para enchufarme en cuanto ponga uno de mis pies sobre la alfombra de la pasarela.

Las luces me enchufan. Veo a Graham al final del todo. Con su traje y su gesto serio. Me mira. Cojo aire bien hondo. Y me invaden las dudas. ¿Y si me niego? ¿Y si me doy la vuelta y me voy corriendo? Yo no he aceptado

nada de esto. No he elegido. Me han traído aquí casi a la fuerza. Si me largo, tampoco va a notarse tanto ¿no? Solo es un vestido más... Pero no puedo hacerle eso a Ian. No puedo arruinarle el *showroom*. Aunque sea un capullo y no sepa aún si me está engañando o no, no se lo merece. Al fin y al cabo me acompañó sin decir nada a casa de mi padre y me ha hecho pasar momentos muy buenos. Se lo debo...

La modelo acaba de girar y viene de nuevo hacia mí. Tengo que salir. Ray está empezando a impacientarse, así que me empuja ligeramente.

—¡Vamos Gina! —Dice.

—¡Gigi! —Le grito a la vez que pongo el pie sobre la alfombra y todo el cuerpo se me tambalea.

¡Allá voy! Con el culo prieto, el pecho fuera y las piernas como si fueran plastilina. Algo es algo...

Giselle Moss de nuevo en acción.

Espejos y espejismos

—Sigue la luz. —Dice una voz susurrando.

¿Estoy muerta? ¿Cuándo ha pasado? ¿Qué narices? ¡No quiero seguir la luz! Aún tengo que hacer muchas cosas en esta vida. ¡Queda Giselle Greene para rato!

—Sigue la luz. —Repite.

Un momento. Esa voz me suena familiar. Es la de Kate. Tranquilos, Kate Moss no ha venido a decirme que siga la luz. No está enfadada por haberle quitado el puesto de musa de los grandes diseñadores. Soy más bien una musa de andar por casa.

Es Kate. Mi amiga. La brasileña. Y no. No estoy muerta. Al menos, no de momento. Pero no puedo prometer no morir en los próximos dos minutos, que tienen pinta de que van a ser los más largos de mi vida.

Acabo de pisar la pasarela. Kate está sentada en primera fila a la derecha. Debe imaginar que estoy hecha un flan y piensa que seguir las luces del borde de la pasarela van a ayudar a que me concentre y no me caiga y muera y entonces tenga que seguir otro tipo de luz. No sé si la del cielo o la del infierno. Espero que San Pedro no me guarde mucho rencor por algún que otro pecadito que he cometido. Pero eso es otro tema. Ahora lo que tengo que hacer es intentar no hacer el ridículo aquí en la tierra. Graham confía en mí. Está justo al final del largo pasillo y parece incluso que está sonriendo. Seguramente sea un tic.

A ver Gigi. Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda. *Left. Right.* Muy bien. Parece que mis pies responden y que los tacones se están portando bien. Empiezo incluso a caminar al ritmo de la música. Algo raro sucede cuando alcanzo la mitad de la pasarela. Estoy disfrutándolo. Mis músculos se relajan y contoneo la cintura, imitando a las modelos de los desfiles que tantas veces he visto. El ritmo de la música se acelera, las luces cambian y llego al final de la alfombra. Miro fijamente a Ian que está a un par de metros en la misma dirección. Él hace lo mismo y se muerde el labio. Eso sí que no ha sido un tic. Ha sonreído. Mi cuerpo se estremece y hace que me venga aún más arriba, como aquel día que bailé por toda la casa en ropa interior. Me permito el lujo de hacer un giro y moverme seductoramente frente a él. Doy la vuelta y vuelvo triunfante hacia las cortinas. El humo del cañón me hace desaparecer entre aplausos y las ovaciones de Kate y Max, que han estado gritándome cosas durante los escasos dos minutos que ha durado mi paseo.

Estoy pletórica. Ha sido increíble. He recordado todas las sensaciones

que la moda ha despertado siempre en mí y por lo que decidí hacer el máster.

Ray me espera al otro lado para felicitar-me.

—¡Ha sido increíble! ¡Oh mi musa! ¡Espectacular! ¡Enséñame cómo se mueven esas caderas! —Dice exaltante.

No quepo en mí de gozo. Chúpate esa Brittany. Yo también puedo desfil- ar con mi altura de ratón y mi pelo de zanahoria y hacerlo de maravilla.

Después de eso, Steve Ray sale a la pasarela para saludar al público. Graham hace lo mismo y se coloca junto a él. La gente no para de aplaudir. Todas las modelos salimos una tras otra para dar una última vuelta y lucir de nuevo los estilismos. Ya no estoy preocupada por caerme, tropezarme o acabar haciendo el ridículo. Todo ha salido genial. Y eso en parte me molesta. Aún no he olvidado lo enfadada que he venido. Sigo dispuesta a desvelar lo que se traen entre manos Brittany y Graham.

Vuelvo al *backstage* a ponerme mis zapatos. Aunque he domado a estas fieras de quince centímetros durante el desfile, voy más segura sobre mis sandalias de siempre. Escucho que al otro lado de las cortinas está dando comienzo la fiesta. Las luces cambian, la música también y empiezo a oír a la gente charlando.

Salgo en busca de Kate y Max. Y también de Kristen. Necesito saber si ha acabado las entrevistas sana y salva. No me puedo olvidar que estoy aquí para trabajar. Necesito escribir un buen artículo para poder continuar con la columna.

La gente se agolpa alrededor de las mesas del catering, repletas de bandejas con todo tipo de canapés sofisticados y decorados con un gusto asombroso. Más que comida parecen pequeños bocados de arte. Pero yo tengo el estómago cerrado de tantas emociones, así que prefiero admirarlos desde la barrera.

Los camareros se pasean haciendo malabarismos con las bandejas llenas de cócteles. Uno de ellos me golpea la cabeza mientras ando perdida buscando a los chicos. Por suerte consigue equilibrarse y no derramarme nada encima. Lo único que me falta es arruinarle el vestido a Ray.

Aprovecho para coger lo que parece un San Francisco de la bandeja. Para eso sí que tengo espacio en mi pequeño cuerpecito. Y voy a necesitarlo para sobrellevar la larga noche que me espera por delante.

Por fin veo la cabellera de la brasileña y a su lado parece estar Max. Me mezclo entre la gente y llego hasta ellos.

—¡Has estado increíble! —Me dice Kate nada más verme.

—No dábamos un duro por ti. —Añade Max.

—¡Vaya! ¡Gracias! —Digo con retintín después de oír su comentario.

—Lo cierto es que si te hubieras caído hubiera sido muy gracioso. Tenía la cámara preparada para inmortalizarlo y colgar la instantánea en el cubículo de la oficina. —Dice aún ese maldito bicho mofándose de mí. Por suerte no le he dado el gusto.

—¡Max! —Digo con tono amenazante. —¡O cierras la boquita o le cuento a Kate la historia del día que fuimos a...

—¡Vale! ¡Vale! —Dice interrumpiéndome.

Sabe perfectamente a qué historia me refiero. Y es lo suficientemente vergonzosa como para que prefiera mantenerla en secreto, sobre todo delante de Kate. Solo os diré que implica a Max, unos pantalones blancos y un montón de helado de chocolate que acabó sobre ellos cuando fuimos a la convención de cómics de Klein.

—¿Qué historia? —Dice Kate curiosa.

—¿Qué historia? —Repite Max. —No hay ninguna historia. ¿Vamos a por unas bebidas?—Pregunta intentando desviar el tema.

—Está bien. Ya me la contarás otro día. —Dice Kate conformándose con la negativa. Después me mira y continúa. —¿Cómo has acabado subida ahí? No me habías dicho que desfilaras esta noche...

—Yo tampoco sé cómo he acabado ahí. Es una larga historia. ¿Has visto algo raro? —Cuestiono, refiriéndome claramente a Brittany y a Graham. El resto de infortunios que hayan podido pasar no me importan. Tengo a Kristen para anotarlos todos.

—Negativo. —Dice Kate. —No he visto a Brittany desde que desfiló y Graham andaba por ahí de un lado a otro saludando a los invitados. —Añade, y me quita el San Francisco para darle un sorbo.

—¡Vamos Gigi! ¿Brittany y Graham? ¿Qué mosca te ha picado de nuevo? —Dice sorprendido al entender mis pensamientos.

—¡Max! —Digo y le señalo a la bragueta para recordarle la historia y que así deje de meterse conmigo.

Suspira al verme. Kate se ríe.

—Y de Kristen, ¿sabéis algo? Espero que haya sido capaz de hacer alguna pregunta coherente a los invitados, o el artículo será una auténtica basura.

Antes de que puedan contestarme, la chirriante voz de la coreana me taladra los oídos desde atrás. Me giro y allí está.

—Olvidaré lo que acabas de decir zanahoria. —Entona con cierto resentimiento. —No he sido yo la que ha abandonado su trabajo para subirse a una estúpida pasarela. Pero ese no es el tema. He conseguido unas cuantas declaraciones bomba. ¿Sabías que Daniella Lewis ya no es imagen de la marca de cosméticos Celine porque se negó a que Rupert Nolan la maquillase para un evento? No sabía que Nolan tuviera tanto poder en la marca. Creo que puede estar liado con el gerente...

Kristen continúa con su palabrería, pero por un instante dejo de escucharla. Acabo de ver a Graham al fondo de la sala, entre la gente e inconscientemente mi cerebro ha priorizado su atención. Recorro con la mirada todos sus pasos.

—¿Zanahoria? —Dice Kristen, a la vez que mueve su mano de un lado a otro frente a mi rostro para intentar sacarme de mi ensimismamiento.

Lo consigue y vuelvo a mi ser para poner en su sitio a esa abeja zumbona que no para de revolotear a mi alrededor con sus palabras.

—¡Me llamo Gigi! ¡Deja de llamarme así! —Digo con un tono más

fuerte. —Además, esa historia la sacó la revista de la competencia hace una semana. Nolan no está liado con el gerente. Eso es lo que Daniella ha ido diciendo a la prensa para justificar su despido. La despidieron porque llegó, digamos “algo contenta” a la grabación del *spot*. Por lo visto había estado de fiesta hasta un par de horas antes de la sesión y casi no se tenía en pie. Así que espero que ese no sea el bombazo sobre el que quieres que escribamos en el artículo, porque ya vamos tarde... —Concluyo tajante.

Kristen abre la boca asombrada. Max está perplejo y Kate no puede evitar que se le escape una risilla.

—¿Y tú de qué te ríes? —Le dice Kristen a Kate.

—Eres patética. —Responde esta sin tapujos.

Aquí se va a montar una guerra en la que no quiero participar, así que escurro el bulto y me voy a buscar a Graham. Vale. Puede que eso no sea muy correcto, “*amiguísticamente*” hablando. Pero estoy segura de que Kate se vale por sí misma y no me lo va a tener en cuenta. Además, Max acabará poniendo paz en el asunto.

Camino entre la multitud. No sé dónde narices se ha metido Ian. Le he perdido el rastro por culpa de la coreana charlatana. De repente la música sube de volumen, el DJ invitado ha empezado a pinchar y la gente se pone a bailar, complicándome aún más la misión. Un par de blogueras me deslumbran con un flash mientras intentan hacerse un *selfie*. Cuando recobro la vista, un grupo de *youtubers* que no paran de bailar como si estuvieran poseídos me hacen un corro alrededor y me animan para que haga lo mismo que ellos. Si no hago un movimiento estelar no podré escapar de allí, así que me invento un paso de baile ridículo y todos me vitorean cuando lo hago. Genial. Ahora habrá quedado immortalizado para la posteridad en varios video blogs. Al menos dos de ellos estaban con cámara en mano.

Consigo salir de allí y al fin veo a Graham de espaldas. Esa cabellera es inconfundible. Su pelo castaño perfectamente peinado deja ver unos reflejos dorados con el paso de la luz de los focos. Algo se estremece en mi interior al recorrer su cuello con la mirada, ese que hace unos días estaba besando sobre el capó de un coche en mitad de la nada.

Entonces me percató de que no está solo. Puedo ver las largas piernas de la modelo al otro lado. ¡Maldita rubia! Brittany Clark ha sido más rápida que yo. Debe ser por las alas.

Su presencia no evita que me plante allí frente a ambos a meter mis diminutas naricillas en su conversación y poner, de una vez por todas, las cartas sobre la mesa. Con Giselle Green, alias “Gigi” no juega nadie.

—Buenas noches, Señor Graham. —Digo en primer lugar. A partir de ahora va a ser Señor para mí. No pienso mostrarle ningún tipo de afecto. Eso es lo que él ha querido desde el principio. —Señorita Clark. —Añado poniendo una media sonrisa. Falsa. Muy falsa.

—Buenas noches, Giselle. —Dice Graham, mostrando la misma distancia que yo.

—Hola. —Dice Clark algo seca. No ha debido gustarle la encerrona de

la entrevista, de la que se ha escapado por los pelos.

—Espero no interrumpir nada. Solo quería felicitarle por la fiesta. Está siendo un éxito. ¡Enhorabuena! —Digo, con cierto retintín.

—Gracias Giselle. Supongo que es porque he tenido la suerte de tener a las mejores modelos y los vestidos no han podido lucir mejor. —Añade intentando complacernos a ambas. ¡Será posible! ¡En mi propia cara! Esto no va a quedar así.

Brittany le sonríe.

—Sí. Ya veo. Usted siempre se rodea de las mejores...—Digo mientras le taladro los ojos con la mirada.

De repente, Ray se acerca por la espalda de Clark y le dice algo al oído. Después nos mira a Ian y a mí y dice:

—¿Me disculpan? Tengo que llevarme un momento a mi musa.

¿Mi musa? ¿Cómo que mi musa? Pensaba que su musa era yo. Al parecer Ray, al igual que Ian, tiene un problema para elegir.

Graham asiente con la cabeza, disculpándolos. Yo vuelvo a soltar la sonrisa falsa de antes. Por una parte me alegra quedarme a solas con Ian para poder hablar, pero por otra me hubiera encantado que la rubia se enterase también del juegucito que se trae entre manos el empresario. Al fin y al cabo, si está viéndonos a las dos, no creo que Brittany sea consciente de ello.

—Tenía ganas de que nos quedáramos a solas. —Dice entonces.

—Y yo también. —Digo. Aunque creo que mis ganas eran de otro tipo.

Entonces se acerca a mi rostro disimuladamente. Supongo que no quiere que la gente vea entre nosotros un acercamiento mayor del debido para la ocasión.

—¿Dónde has aprendido a mover así las caderas? —Me susurra al oído. —Espero que hayan grabado bien el desfile. Quiero verlo una y otra vez. —Añade, con cierto tono insinuante.

Me aparto rápidamente en cuanto termina y puedo ver su gesto de extrañeza.

—Le diré a Max que te haga una copia del video. Así puedes vernos a ambas, por última vez. —Suelto sin tapujos.

—¿A ambas? —Cuestiona aún más extrañado. No sé por qué intenta disimular. Está claro que el juego le ha salido mal.

—Oí a Brittany hablar de ti mientras compraba ropa interior. —Digo sin filtro. Gigi soltando toda su artillería en un instante. ¿Por qué no aprendo a dosificar? Las cosas me irían mucho mejor...

—¿Cómo? —Dice casi ojiplático.

—Vamos Graham, deja de hacerte el loco. Sé que tú y yo no tenemos nada, pero no pienso aguantar esto. Ya me engañaron una vez, y no va a haber una segunda... —Antes de que pueda terminar mi “reprimenda” de niña celosa (porque sí, es lo que soy), Ian me agarra por el brazo por segunda vez en la misma noche y me arrastra de nuevo a los probadores, donde se ha improvisado el ropero. Ahí la música se oye mucho más baja y se puede conversar mucho mejor que entre la multitud.

—Giselle, ¿qué narices estás diciendo? —Dice casi riendo. ¿Dónde está la gracia? ¿He contado un chiste? Si lo he hecho me meto a humorista, porque desde luego no me hace falta ni pensarme los monólogos.

—Que lo sé todo Ian. Que Brittany y tú estáis liados. Y aunque me cueste reconocerlo, es una tía guapísima. ¡Es un ángel! ¿Por qué demonios la engañas conmigo? ¡No pienso ser el segundo plato de nadie! —Añado francamente furiosa.

Ian suelta una carcajada. Creo que es la primera vez que le oigo hacerlo.

—No sé qué escucharías en esa tienda, pero desde luego estás muy equivocada. —Se atreve a decir. —Ya te lo dije en la reunión cuando escribiste el artículo. Brittany y yo solo somos amigos. De hecho, la conozco desde la Universidad.

Realmente no sé por qué se empeña en negar lo evidente.

—Entonces, ¿por qué se ha puesto tan nerviosa en la entrevista cuando he preguntado sobre su vida sentimental?

Ian suspira.

—¿Le has preguntado que si estaba liada conmigo?

—Bueno, no exactamente. Pero se lo he insinuado.

—Brittany se está viendo con alguien, con quien no debería verse. Por eso fui con ella al partido de los Lakers, y por eso Ray se la ha llevado antes...

—¿Cómo? —Pregunto algo confusa. No entiendo nada. —¿Con quién?

—¿Conoces a Troy Ellis? —Me pregunta.

—¿El jugador afroamericano de los Lakers? —Cuestiono.

Claro que lo conozco. Se han escrito un millar de artículos en la OMG sobre él. Multitud de escándalos, fiestas, relaciones extramatrimoniales y un largo etcétera, que hasta ahora, se han pasado por alto en el equipo porque a pesar de todo, es el que más puntos ha anotado en los últimos tiempos. ¿Acaso Brittany es una de esas supuestas relaciones? ¡No puedo creérmelo! ¿Y Graham lo apoya?

Estoy boquiabierta e Ian lo ha notado.

—El mismo. —Dice. —Sabes que Troy ha pasado por una mala racha de escándalos y al parecer los directivos de los Lakers ya están algo mosqueados. Además acaba de divorciarse de su mujer y Brittany no quiere perjudicarlo haciendo pública su relación.

—Por eso fuiste con ella a ver el partido, ¿verdad? —Vale. Puede que tenga algo de sentido, y que quizás haya sacado todo de contexto. Gigi, te estás luciendo.

—Eso es. —Dice. —Me pidió que le acompañase para no levantar sospechas. Y tú picaste, así que no lo hicimos demasiado mal. —Añade riendo.

Le golpeo ligeramente en el hombro.

—Lo siento Ian. He sido una estúpida. Yo...—No sé como disculparme. Me siento patética. He dejado una vez más que mi capacidad de montar historias de la nada me lleve a actuar como una niña.

Antes de que pueda acabar, Graham me rodea con sus fuertes brazos y en este momento, me reconforta más que cualquier otra cosa en el mundo.

—No deberías preocuparte tanto, Giselle. Quiero decir, Gigi. —Se corrige y me parece hasta tierno. —Es verdad que eres mi segundo plato. —Dice, con cierta sorna. ¡Un momento! ¿Qué? —Y el primero. Y el postre. Y mi copa de vino.

Creo que me va a dar un infarto. Graham diciendo algo medianamente romántico. ¿Quién le ha visto y quién le ve? Se me escapa media sonrisa. En realidad, me encanta que diga eso porque significa que quizás exista una remota posibilidad de que haya dejado de ser simplemente un juego y se haya rendido a los encantos de la Señorita Greene.

Le miro mostrando admiración y extrañeza a partes iguales. Él sabe que no estoy acostumbrada a oír esas cosas de su boca y que tampoco le estoy tomando muy en serio.

—¡Cómo te gusta hacerme de rabiar! —Susurro mientras me muerdo el labio.

Entonces baja la cabeza a mi altura y me besa con ternura en los labios. Sonrío.

—Antes has dicho que oíste a Brittany mientras comprabas ropa interior. —Dice, recordando mis palabras. —¿Qué te has comprado? —Pregunta pícaro mientras noto sus dedos sibilinos bajar por mi espalda y agarrar mi trasero.

Ya casi me había olvidado de que voy enfundada en lencería roja. Me ruborizo, pero en seguida me repongo.

—¿Quieres verlo? —Digo insinuante. Entonces se me pasan por la cabeza imágenes de la tarde que fuimos a ver a mi padre. Más bien de la vuelta a casa y la parada en el camino.

—No hay nada que me apetezca más. —Dice él.

Después me empuja hacia el interior de uno de los probadores que quedas vacíos y cierra la cortina detrás de él. Es un probador espacioso, nada desorbitado, pero está bien. Las tres paredes que forman el cubículo están cubiertas de espejo y hay un pequeño asiento almohadillado en una de las esquinas.

Graham me coge en volandas y me besa con fuerza. Su barba me araña suavemente el rostro y me encanta. Llamadlo fetiche extraño. Baja sus labios por mi cuello y llega al escote, devorándolo. Una corriente eléctrica me atraviesa.

Vuelve a ponerme en el suelo para quitarse la americana. Le tiro de la corbata y la desabrocho como hice la última vez. Desabotono lentamente la camisa y meto mis dedos después para acariciar su torso desnudo. Siento sus músculos, perfectamente dibujados. ¡Oh dioses, está cañón! Él por su parte, me desabrocha el vestido y lo deja caer al suelo. Se queda boquiabierto con mi nueva y llamativa lencería roja.

Comienza a besarme por todo el cuerpo, jugando y se detiene en mi pecho para hacerlo más lentamente. Le muerdo el cuello y le meto la mano

por dentro de los pantalones. Se estremece. Acabamos de desnudarnos e Ian vuelve a cogerme en volandas para apoyar mi espalda contra el espejo de la pared del fondo, entonces volvemos a hacerlo. Sin control. Veo mi rostro reflejado en las paredes y me excito aún más. ¡Joder! ¿Por qué es tan irresistible? Ian Graham va a volverme loca...

De repente, mientras estamos haciéndolo oímos a alguien entrar a los probadores. Parece que es la chica encargada del ropero acompañando a alguien que quiere recoger su abrigo o su bolso. Graham me mira aún conmigo en brazos. Tiene una mano agarrándome el muslo y la otra sobre mi trasero. Aparta esta última para llevarla a su boca y hacer un gesto para que me mantenga en silencio. No puedo evitar sonreír, aunque sin hacer ningún ruido. Es emocionante la posibilidad de ser descubiertos.

Parece que las dos personas han encontrado lo que buscaban y se han marchado. Así que continuamos un rato más con lo nuestro. Terminamos exhaustos y llenos de placer. Ha sido divertido, realmente divertido.

Nos vestimos, nos peinamos ligeramente con los dedos y después de comprobar que todo está en orden, salimos de nuevo a la fiesta. Yo en busca de mis amigos y él para seguir como anfitrión de una de los mejores eventos en los que había estado últimamente.

San Francisco

Salgo triunfante de los probadores. No sabría decir cuál de mis encuentros con Ian ha sido mejor y más exótico. ¿El capó de un coche y los probadores/roperos de una de las fiestas más esperadas de Klein? ¡Oh sí! Mi vida sexual está dando pasos de gigante en el último mes. Lo cierto es que, aunque no estoy acostumbrada a tanto excentricismo, ha sido bastante emocionante. No todos los días se divierte una tanto con un hombre tan apuesto y varonil como Graham. ¿Apuesto y varonil? Sí, son los términos que usaría Eleanor en uno de sus artículos intentando describir los encantos de George Clooney, o puede que incluso mi abuela. Mejor digamos que está como un tren, o como un queso. ¡Como un tren recubierto de queso! Y no penséis que soy tan fetichista, yo incluso me conformaría con hacerlo con él en una cama. Todos los días. El resto de mi vida. Porque siendo honesta, si es capaz de hacerlo así de bien de pie, no quiero imaginármelo en horizontal y en un sitio en el que deje de clavarme elementos metálicos en todas partes.

Bajo de la nube en la que estoy y busco a mis acompañantes. Lo que queda de la noche tengo que centrarme en el artículo o al menos en pasarlo bien con mis amigos. Va a ser una tarea difícil, pero no se puede desperdiciar una fiesta como esta, con comida y bebidas gratis.

Veo a Kate, Kristen y Max al fondo de la sala. Parece que han debido alzar bandera blanca desde que me fui y que la guerra ha quedado en una pequeña batallita más para contar cuando volvamos al cubículo.

Me acerco a ellos.

—¡Hola! —Digo con cierta alegría, para romper la tensión.

Kate me atraviesa con la mirada. Está con los brazos cruzados y algo seria.

—¿De dónde vienes? Te hemos estado buscando.

—He ido a dar una vuelta. —Digo disimulando. —Para ver si encontraba alguna buena entrevista o podía recopilar algo de información.

—Ya... —Dice Kate mostrando desconfianza. Su instinto nunca le falla. Sabe que miento.

—¿Qué tal por aquí? —Pregunto.

—Bien. Nada nuevo. —Dice Max.

—¿Te has enterado de algo nuevo? —Cuestiona la coreana.

Niego con la cabeza.

—Aquí no hay mucho más que hacer. Creo que me iré a casa. Y tú deberías hacer lo mismo, mañana tenemos que empezar a redactar el artículo

y no me apetece aguantarte con resaca. —Añade tajante y algo malhumorada.

Después se gira y se marcha.

—¡Oh! ¡Gracias al cielo! —Suelta Kate. —No podía aguantar ni un segundo más al lado de esa...

Max no le deja terminar la frase.

—Calma Kate. Respira. —Dice.

La brasileña refunfuña pero le obedece. Después me mira y frunce el ceño. Me recorre con los ojos de lado a lado. Trama algo.

—¿Qué pasa? —Digo al ver que me analiza.

Max la mira también, extrañado.

—Tienes cara de sexo.

—¡Qué! —Exclamo. —Yo...yo... ¡Claro que no!

—¡Sí, sí, sí! Tienes el pelo revuelto y...—Se acerca a mí y me olisquea. —¡Hueles a perfume de hombre!

—¡No digas tonterías! —Insisto.

—¡Vamos, confiesa! ¿Has hecho las paces con el estirado de Graham o has ahogado las penas con algún invitado? Solo espero que no haya sido un *youtuber*. ¿No ha sido un *youtuber* verdad? Esos lo publican todo. Mañana tendrás un montón de *haters* escribiéndote comentarios por Twitter.

—Deja de desvariar Kate. —Digo soltando una carcajada.

La parejita me mira de forma sospechosa. No se lo creen. Nunca se me ha dado bien mentir.

—¡Está bien! —Digo rendida. —Teníais razón. Graham y Brittany no tienen nada. Es una larga historia. Ya os la contaré. ¿Por qué no cogemos unos cócteles y bailamos un rato? ¡Están poniendo música de dioses!

Ambos aceptan. Los tres mosqueteros volvemos a pasar una noche inolvidable de risas, bailes y cotilleos. Al tercer San Francisco a Kate le empiezan a caer mejor los blogueros y accede a salir en varias fotografías y videos con ellos. Max se viene arriba cuando ponen una de Queen y yo le sigo.

Cuando estamos a punto de empezar a bailar la conga con un par de *celebrities* y una incontable lista de *influencers* veo a Graham de nuevo. Está de pie junto a uno de los percheros llenos de sus prendas, observando la escena. Me escapo un segundo de la larga fila de baile y voy hacia él.

—La fiesta está siendo increíble Ian. No te lo había dicho antes, pero, quería darte la enhorabuena. Estoy muy orgullosa de todos tus logros. —Digo. No puedo creerme que, yo, Giselle Green le esté mostrando algo de cariño a alguien después de todo lo que pasé con Piero. Pero me ha salido de dentro. De dentro del estómago, que lo tengo repleto de cócteles. No os vayáis a pensar que es del corazón. ¡No soy de esas!

—Gracias Señorita Greene. —Dice. —Le agradezco de veras que haya venido a cubrir el evento y me alegro de que lo esté pasando tan bien.

—¡Venga ya Ian! ¿Otra vez con lo de Señorita Green? Creo que después de lo del ropero ya es hora de que empieces a llamarme por mi nombre. ¡Deja de hacerme de rabiar! —Digo soltando una risilla y golpeándole el torso

ligeramente.

—Giselle, lo del ropero ha estado genial, pero tenemos una relación laboral. —Añade. Tiene un gesto serio, que no se parece en nada al que tenía hace una hora.

Seguro que está bromeando. Él es así. Nunca lo pillo.

—Deja el trabajo a un lado y ven a bailar. Eres el único de la fiesta que no lo está haciendo. —Le digo mientras le agarro el brazo para arrastrarlo a la pista.

Antes de que pueda moverlo un milímetro, se libera.

—Giselle...No quiero que te confundas. —Dice aún más serio. —Solo somos dos personas que se lo pasan bien juntos. No vamos a bailar una lenta en el centro de la pista mientras los focos nos iluminan, ni vamos a ir a cenar con mis padres al lago los domingos...

Estoy petrificada. No me puedo creer lo que mis oídos están escuchando. ¡Esto es el colmo!

—Pe...pero...—Titubeo. ¿Dónde narices está el Graham de hace una hora?

Ian se acerca más a mi rostro. Me mira fijamente y continúa.

—Me encanta lo que hacemos. ¿Para qué complicarlo?

—¿Has bebido? —Pregunto. Lo único que me queda para poder entenderlo todo es que esté más borracho que yo.

—No. —Niega.

—Entonces no entiendo de qué vas. ¿Qué mosca te ha picado Ian? Hace tan solo una hora me estabas diciendo cosas bonitas y ahora me dices esto. ¿Qué pasa? ¿Era solo para conseguir tu dosis de sexo de la noche? ¡Qué estúpida he sido! ¡Eres un cerdo!

Graham se queda en silencio, con la mirada baja.

—Esto es un punto y final Señor Graham. —Digo. —Si es que se te puede llamar señor... —Añado enfadada y me voy.

Atravieso la multitud, cojo mi bolso del ropero y voy hacia la salida. Kate que me ha debido ver salir corriendo, me sigue.

Bajo las escalinatas de la tienda y paro un taxi. Por suerte es la calle principal y a pesar de la hora que es hay bastantes libres. Me subo al primero que para frente a mí. Kate que acaba de llegar abre la puerta y se mete también.

Con solo mirarme sabe que algo no va bien. Por primera vez en mucho tiempo lloro desconsoladamente. Me siento utilizada y engañada. No me puedo creer que Graham haya podido ser tan capullo como para aprovecharse de mí de esa manera.

¿Cómo puede cambiar alguien en tan poco tiempo? No se puede. Quizás ese sea el problema. Que no ha cambiado, sino que ha sido así todo el tiempo. Ya me lo dejó claro una vez y no quise escucharle. Quizás la culpa haya sido mía por ilusionarme. Por dejarme llevar y pensar que al final de todo esto había una bonita historia de amor, cuando lo que ha sido todo el tiempo es un simple juego...

Pero qué le vamos a hacer. Al fin y al cabo nadie se libra de pasar por un par de decepciones en su vida. No iba a ser yo la excepción. La diferencia está en que no pienso dejar que esto me afecte más que un par de lágrimas derramadas casi más por la alergia al ambientador de pino que lleva el taxista en su retrovisor, que por Graham. Porque a Giselle Greene, señores y señoras, no le van a hundir un par de encuentros fugaces con un hombre con miedo al compromiso. Porque desde luego, ese es su problema. Y no el mío.

Me seco las lágrimas. Miro a mi amiga y sonrío.

—Esto es la guerra.

31.

Fettuccine y mucha salsa

Viernes por la mañana. Un café frío y la chirriante voz de Kristen retumbando en mis oídos. Llevamos dos horas mirando la pantalla del ordenador. Yo ya he perdido las esperanzas de que el teclado empiece a escribir por sí solo y de que el artículo que tenemos que entregar el lunes, se redacte de inicio a fin sin que tenga que empezar otra guerra con la coreana.

Hemos revisado sus grabaciones de principio a fin unas cien veces, y sigo sin encontrar nada lo suficientemente interesante como para que sea la exclusiva del artículo. Para colmo, esta mañana he debido de olvidarme por algún lado mi grabadora. No estaba en el bolso de anoche ni en ningún sitio de mi casa.

Aunque también es posible que la tuviera delante de mis narices y no la haya visto. No he pegado ojo en toda la noche, dándole vueltas a todo lo que pasó en la fiesta y pensando en mil maneras de vengarme de Graham. Luego he llegado a la conclusión de que no merece la pena. Lo mejor es olvidarlo y seguir con mi vida de correctora en la OMG con medio cargo de redactora. Solo medio. El otro medio lo tiene la coreana que tengo al lado.

—Aún no sé cómo has podido perder tu grabadora. Por si lo habías olvidado, ayer fuimos a la fiesta a trabajar, no a quedarnos de fiesta. Te dije que no quería aguantarte de resaca y mírate, ¿te has duchado? ¡Hueles raro! —Suelta esa pequeña cucarachilla que lleva dentro. Sí, Kristen, no tengo suficiente mierda encima, ¡échame más! —Pero bueno, tampoco creo que hubiera servido mucho de ayuda. Tampoco hiciste tantas entrevistas. Estabas más ocupada desfilando...

Estoy tan cansada que no tengo ganas ni de contestar. En realidad tiene razón. Las entrevistas iniciales que hice no tuvieron demasiado interés, ni si quiera la de Brittany. Al fin y al cabo la información que yo tenía no era verdadera. Aunque, pensándolo bien, ahora tengo un bombazo aún más fuerte que el falso romance de Clark y Graham. Pero sería muy rastrero utilizarlo. Sobretudo porque ella no tiene la culpa de que su amigo de la universidad sea un capullo.

Lo que más me molesta es tener que escribir algo que en realidad le beneficie a él, porque no puedo olvidarme de que el acuerdo entre la revista y Graham es publicitar su marca. Incluso escribiendo sobre algún hecho bomba que pasara en la fiesta, seguiría siendo un empuje brutal para Monky.

—¿Sabes qué Lee? Creo que tienes razón.

—¿Ah, sí? —Dice sorprendida. Debe ser la primera vez que oye eso

saliendo de mi boca.

—Sí. Tus entrevistas han sido las mejores. Creo que te mereces escribir el artículo bajo tu criterio.

—¿De verdad? —Cuestiona aún más boquiabierta. —Quiero decir... ¡Pues claro! Siempre tengo razón. —Añade.

—Por supuesto... —Suelto irónica.

Sí. Me rindo. Prefiero que escriba ella el artículo. No me apetece nada tener que esforzarme en algo que no merece ni la más mínima dedicación por mi parte. Ian Graham para mí ha dejado de existir.

Max, que debe estar escuchando todo desde el otro lado del biombo que divide nuestros cubículos se asoma con gesto de preocupación. Le guiño un ojo para tranquilizarlo.

Bárbara se pasea por las oficinas controlando que todo esté bajo control y de vez en cuando se acerca a nosotras para animarnos a seguir escribiendo y para traerme a mí un millar de cosas para corregir. Aunque esté en este proyecto no puedo olvidar mi cargo oficial de correctora.

Ayudo a Kristen durante el resto de la mañana a desarrollar un par de ideas algo descabelladas que tiene en mente. Al menos podremos salir del paso con el artículo. Cuando llega mi descanso me bajo a la cafetería a tomarme mi rooibos de siempre. No necesito más estimulantes por hoy.

Allí me encuentro a Eleanor, que con solo un vistazo saca su instinto protector y detecta que algo sucede. Le explico un poco las cosas por encima. No quiero darle detalles ni atolondrarla con mis problemas.

Por fin llega la hora de recoger las cosas y marcharme a casa. Es viernes y estoy deseando llegar a mi dulce morada, con mi gatita, a tomarme algo calentito y a dejar mis posaderas marcadas sobre el sofá mientras veo las últimas novedades de Netflix.

Vale. No es un plan de viernes. Es un plan de domingo por la tarde con un bol de helado, algo de resaca y mil historias del sábado que recordar, pero sinceramente es lo que más me apetece en este momento. Ya tuve bastante fiesta anoche. Aunque conociendo a Kate, es probable que haya dado la señal de alerta al resto y vengán todos a animarme a casa de sorpresa. Y me da igual. Pienso recibirles enfundada en mi pijama de gatitos.

Salgo de las oficinas y me subo en el autobús pensando en el siguiente capítulo que me toca ver de las series que estoy siguiendo. Entonces la melodía de The Big Bang Theory me recuerda que me dejé un capítulo a medias la última vez. Un momento. ¡Me están llamando! Saco el teléfono del bolso y lo descuelgo sin mirar.

—¿Sí? —Cuestiono.

—¿Giselle? —Dice una voz seria y fuerte al otro lado.

Es Graham. Lo reconozco al instante. Me quedo en silencio por un momento, mientras decido si mandarle a la mierda o colgar directamente.

—No me cuelgues. —Parece haberme leído la mente. —Por favor. — Dice con cierto tono de súplica. —Yo...

Pi-pi-pi. La persona a la que llama está apagada o harta de escucharle.

Sí. Le cuelgo antes de que continúe, y me diga algo que me haga cambiar de opinión. Lo he decidido. Es un punto y final, no hay nada más que hablar.

Guardo el móvil de nuevo en su sitio y al minuto vuelve a sonar. Miro de nuevo la pantalla y vuelve a ser él. No tengo su número. No nos ha hecho falta, pero reconozco que es el mismo que el anterior.

Cuando me monto en el autobús, escucho la maldita cancioncita unas tres veces más. Otra vez al llegar a casa. Otra mientras relleno el comedero de Shak y una más mientras hago pis. ¿Pero qué narices hace? ¿Piensa llamarme hasta el fin de los días? ¡Ya no se puede ni mear tranquila!

Al cabo de un rato, cuando parece que ya se ha dado por vencido, vuelve a sonar justo cuando estoy sacando mi comida ardiendo del microondas. El caldo del guiso se me derrama en el pulgar y maldigo a todas las compañías de teléfono del mundo. ¿Hoy no se me va a ir la cobertura? No puedo estar más cabreada. Descuelgo el teléfono para ponerle cuatro cositas claras a Graham.

—¡Basta ya! ¡No quiero hablar contigo! ¿No lo entiendes? ¡Deja de llamarme! —Digo con tono bastante amenazador, antes si quiera de que pueda decir él una sola palabra.

—¿Giselle? —Dice la voz del otro lado.

Cuando estoy a punto de repetirle a Ian por enésima vez que soy Gigi, me doy cuenta de que la voz no es la que esperaba. Mierda.

—¿Ho-hola? —Titubeo.

—Hola cariño. —Dice. —No pretendía molestarte. Si estás ocupada puedo llamarte en otro momento si te apetece. —Continúa.

Sí. Es papá. La he cagado, una vez más. Gracias karma. Yo también te quiero.

—No, papá. Lo siento. Pensaba que eras otra persona. Solo eso. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

Todavía se me hace raro decir papá. Y sobretodo escuchar su voz.

—Todo bien. Pero parece que no puedo decir lo mismo de ti. —Añade.

—No te preocupes. Estoy fenomenal. —Finjo, ya más calmada.

—Solo quería preguntarte, si te apetecería cenar conmigo esta noche. Donde siempre. Sé que no es jueves, pero... —Dice titubeante.

Un nudo se me forma en la garganta. En realidad, cambiaría cualquier plan del mundo por una cena en el italiano de siempre con mi padre. Aunque nuestra relación no sea la mejor que hayamos tenido en mucho tiempo, él está delante de todo lo demás. Siempre lo ha estado.

—Pues claro que sí. —Digo casi sin pensar.

—¿De verdad? —Cuestiona. Parece que él no sabe lo importante que es para mí.

—Sí, Fred. —Reafirmo.

—Eso es genial. —Dice. Puedo notar la emoción en su voz.

—¿Cómo vas a ir? Aún sigues con la pierna vendada, ¿no es así?

—No te preocupes por eso Giselle. A las 8 en el restaurante.

—Está bien. Allí estaré.

Después de colgar, sentimientos de nostalgia y alegría a la vez me recorren el cuerpo. Creo que ver a papá va a ser una terapia de choque. Estoy segura de que es el único en el mundo que podría estar escuchando todos mis problemas sin cansarse ni decirme lo pesada que soy, y lo empeñada que estoy en darle mil vueltas a todo. Y con el tiempo que hace que no hablamos a solas, tengo historias para rato.

Paso la tarde pegada al móvil. He decidido llamar a Max para contarle mis planes con papá y así evitar que las llamadas de Graham sigan acabando con mi paciencia. Después es Abby la que me llama. Tess y Kate quieren venir a verme a casa. Es la primera vez que me avisan con antelación y lo agradezco. He podido decirles que no lo hicieran y así evitar que se encontraran la casa vacía.

Cuando se acerca la hora me arreglo y cojo una cartera que me regaló el viejo Fred cuando empecé la universidad. Estoy segura de que le hará ilusión saber que aún la conservo.

Llego al restaurante diez minutos tarde. Para no variar, me he hecho un lío con el número del taxista y he salido con la hora pegada al trasero. Nada más ver el cartel luminoso y el gran panel de las especialidades de pasta del lugar, me vienen a la mente las miles de veces que vine aquí con mi padre.

Entro con la mayor de mis sonrisas. Marco, el dueño, está atendiendo las reservas. Me reconoce nada más ver mi melena roja. Siempre me decía que le recordaba a un viejo amor de su infancia.

—Ciao bella ragazza! —Dice al verme.

—¡Marco! —Digo entusiasmada.

—¡Cuánto tiempo! ¿Dónde te has metido? ¿Ya no te gusta los *fettuccine alla puttanesca* que te preparo?

—¡Claro que sí! ¡Esta noche pienso devorarlos! —Respondo. —Sabes que aquí solo puedo venir con mi padre. Soy una mujer de costumbres. —Añado.

—Me alegra veros juntos de nuevo. —Dice. —He visto a tu padre durante horas sentado en la mesa del fondo, removiendo la comida. Se le veía disgustado. Hoy es la primera vez en mucho tiempo que lo veo sonreír.

Las palabras de Marco me entristecen. No sabía que papá había venido aquí sin mí. Pensar en el sufrimiento que hemos pasado ambos por orgullosos me duele inmensamente.

—Bueno bella. Adelante. Adelante. Hoy pienso servirlos el mejor vino para celebrarlo. —Añade Marco señalándome el camino.

Inicio el paso llena de alegría por ver al viejo Fred y darle un abrazo. Pero cuando veo la mesa de papá, algo me hace pensar que lo último que va a haber esta noche aquí, son sonrisas. Mi padre no está solo. Es Rose. Ese vestido de flores es inconfundible... ¿Por qué? Dioses del Olimpo ¿por qué? ¡Es la última persona que quería ver hoy! Con todos los problemas que tengo ya...

Por un momento me entran ganas de girarme y marcharme, pero no puedo hacerle esto a mi padre aquí. Debía haberme imaginado que no vendría

solo. ¡Por Dios Gigi! ¡Tiene una pierna vendada! ¿Qué pensabas? ¿Que vendría corriendo? ¡Obviamente no!

Me armo de valor y me acerco a la mesa. Marco se ha dado cuenta de que he titubeado y me empuja ligeramente con los dedos por la espalda para que avance. No tengo escapatoria.

—Hola Fred. —Digo al llegar. Después giro la cara con desgana hacia Rose. —Hola Rose...

—Hola preciosa. —Dice mi padre. Rose me hace un gesto a desgana, después me saluda. Estoy segura de que papá le ha dado una patada bajo la mesa con la pierna sana. —Siéntate. —Dice señalando la silla vacía.

Obedezco sin rechistar y tomo asiento.

—No quiero ofenderte Rose, —digo dirigiéndome a ella —pero pensé que cenaríamos solos tú y yo papá. —Añado ahora mirando a Fred.

—Giselle... —Dice Fred en tono de riña. No querrá que empiece a liarla ya desde el principio. Tomo aire y me aguanto todas las cosas que me gustaría decir ahora mismo.

—Está bien. —Añado. —¿Qué tal estás? ¿Cómo va la pierna?

—Bien. El médico dice que me recuperaré pronto. En un par de semanas me retirará el vendaje y empezaré la rehabilitación.

—A este paso en lugar de un par de semanas, serán un par de meses. —Se atreve a decir Rose. —El Dr. Barton te dijo que hicieras reposo, pero tú siempre tan cabezón.

Por una vez en la vida estoy de acuerdo con ella. Papá es el hombre más cabezota que conozco. Y de tal palo tal astilla. Eso lo he heredado de él.

—Rose, quería ver a la niña. No he hecho ningún movimiento raro, así que mi pierna estará bien. —Dice Fred tranquilizador.

—Ya no es ninguna niña. —Dice. —Podría haber venido a casa en lugar de hacerte venir a este sitioapestoso. ¿Aquí tendrán té rojo? —Añade mientras coge la carta del menú.

¡Hola! ¡Estoy aquí! ¡Delante de ti! ¿Puedes dejar de hablar como si no estuviera presente?

Papá la mira con gesto de desesperación. Después busca mi rostro con sus ojos encapotados por la edad y me pide paciencia sin decirlo. Me muerdo la lengua y vuelvo a respirar hondo. No sé cuanto tiempo aguantaré sin rechistar.

—¿Tú qué tal estás cariño?

—He tenido épocas mejores. —Digo. —Llevo una semana de locos...

—¿Es por la columna de moda que te ofrecieron?

—Exacto. Tenemos que entregar un artículo, mi compañera de redacción y yo, y se nos está complicando un poco la tarea... —Añado con cierta pesadumbre.

Papá se queda pensativo observándome.

—Vas a hacerlo genial. Eres la mejor en todo lo que te propones. —Dice. —Eso lo has sacado de tu madre... —Añade sin pensar.

Por un instante se hace el silencio. Rose que estaba escondida detrás de

la gran carta asoma sus ojos enfurecidos por encima. Una de las cosas que no soportaba de ella, era que cuando se instaló en casa no permitía que se hablara de mi madre en su presencia. Nunca he sabido muy bien porqué. Ella ni si quiera la conoció, pero en mi interior siempre he pensado que quizás ella sabía que no le llegaría a la suela de los zapatos ni en un millón de años. Mi madre era la mejor del mundo mundial.

—¿Qué tal está Pickles? —Digo para romper la tensión.

—¡Oh! ¡Pobre Toby! —Dice Rose. —Se ha tenido que quedar con la vecina para que pudiéramos venir aquí. ¡Ni si quiera vienen a atendernos! ¿Dónde se ha visto esto? ¡Camarero! ¡Camarero! —Empieza a gritar nerviosa.

En este momento doy gracias a que Marco nos conoce a papá y a mí y sabe que estamos un poco más cuerdos que nuestra acompañante. Solo un poco.

Marco que está al otro lado del comedor, atendiendo a una parejita gira la cabeza enérgicamente al escucharla. Termina el pedido y viene hacia nosotros con un par de cartas bajo el brazo.

—¡Buenas noches familia! ¿En qué les puedo servir?

—¿Dónde está la carta de té? —Dice Rose.

—No tenemos té, Señora. Pero le he prometido a esta bella ragazza que les serviría mi mejor vino para la cena. Es una ocasión especial.

Papá le sonríe complaciente. Yo hago lo mismo.

—¿No hay té? ¿Ni si quiera ese que toma la gente blanda? ¿Ruibos? ¿Raibas?

—No Señora. Tampoco tenemos rooibos. Lo siento mucho.

Rose suspira.

Marco comienza a repartirnos enérgicamente una carta de menú más a cada uno. Solo hay una en la mesa y es la que tiene Rose entre las manos.

—De acuerdo. Ya está. —Dice, y antes de que pueda si quiera abrir la carpetilla que contiene las hojas de los platos nos quita la carta de las manos.

Rose se queda boquiabierta.

—Entonces, *fettuccine alla puttanesca* para la Señorita. —Dice anotando en la libreta, sin que yo haya podido decir ni una palabra. Marco es así. Tiene chispa y sabe lo que queremos.

—¿Cómo que *puttanesca*! —Exclama Rose. —¡Niña, no permitas que este *camarero* te insulte así! ¡Ni si quiera yo me atrevería a decirte eso!

Papá y yo nos echamos a reír a carcajadas.

—¿Dónde está la gracia? ¡Esto es inadmisibile! ¡No tienes té y encima nos insultas!

—No, Señora, yo... —Dice Marco. —Puttanesca es el estilo de la pasta. Está inspirada en cómo la preparaban las prostitutas de los años 50. No la he insultado.

Rose perpleja, no se queda muy conforme con la respuesta.

—Querida, tranquilízate. —Dice papá tomándola de la mano.

—Entonces, ¿lo anoto? —Me cuestiona Marco.

—Sí. —Digo aún entre risas.

—Bien. *Lasagne alla bolognese*, para el caballero. —Recita mientras anota. Sabe que es la favorita de mi padre. —¿Y para usted Señora? ¿Ha decidido ya? —Añade algo impaciente mientras mueve el bolígrafo entre sus dedos esperando la respuesta de mi amada madrastra malvada.

—¡Pues claro que no! ¡No hay quien entienda esta carta! ¿No tienen una en mi idioma? Además, no me ha dado tiempo. Me la ha quitado usted de las manos. Hablaré muy seriamente con su jefe...

—Querida, yo soy el jefe. —Dice Marco. —Así que si no le importa no me haga perder más tiempo. Le pondré unos *spaguetti* y listo. —Dice cerrando la libreta con brío para después ponerse rumbo a la cocina.

—¡Qué desfachatez! —Dice Rose refunfuñando. —No pienso volver a este sitio Frederick. —Añade.

—Marco es así. Es muy impaciente, pero es una persona extraordinaria. Discúlpale. —Ruega Fred.

Rose vuelve a suspirar. Debe ser la octava vez en lo que llevamos de noche. Que deben ser quince o veinte minutos. No quiero imaginar lo que me espera.

—Tiene unos modales horribles. —Culmina.

—¿Qué más tenías que contarme Giselle? Por teléfono parecías enfadada... —Me pregunta Fred, ignorando a Rose y sus quejas.

No sé si quiero contarle la historia delante de ella. Es capaz de utilizar todas mis desdichas para utilizarlas en mi contra, pero tengo realmente ganas de compartir mis inquietudes con el hombre que me ha dado la vida y me ha cuidado gran parte de ella.

—Confundí tu llamada con la de otra persona. —Digo sin dar muchos detalles. —Alguien con quien no me apetecía demasiado hablar. —Añado.

Papá se mantiene en silencio.

—El Señor Graham. —Dice de repente Rose. Escuchar ese nombre de su boca me da repelús. No sé muy bien cómo ha llegado a esa conclusión. Quizás las neuronas que guarda en esa cabecita repeinada aún tengan conexiones.

Pero que lo haya adivinado, no quiere decir que vaya a compartir ahora mis secretos con ella. ¿O acaso la Cenicienta le dijo a su madrastra que se iba al baile? ¡No! ¡Así que mucho menos le hubiera contado algo si el príncipe hubiera resultado ser un sapo! Porque lejos de ayudarla, ella y sus hermanastras se hubieran alegrado de su desdicha.

—No. —Digo rápidamente.

—Sí. —Insiste. —Es el Señor Graham.

Frunzo el ceño. ¿Por qué se empeña en insistir? ¿No pillá que no quiero hablar de eso?

—Ahí está. —Añade, señalando a mis espaldas.

¿Qué? Giro la cara rápidamente para buscar la puerta de entrada. ¡Oh Dios mío! Esto sí que no... ¿No hay más restaurantes italianos en todo Klein?

Ian Graham acaba de cruzar la puerta del comedor de Marco. Vuelvo a mirar al frente para evitar que me vea. ¿Qué narices hace aquí?

Está claro que ya no puedo sorprenderme de nada. Mi vida está llena de imprevistos y sucesos fortuitos y casuales que se empeñan en incordiarne y ponerme obstáculos una y otra vez. Ya estoy cansada de echarle la culpa al karma, a los dioses o al destino. Definitivamente es culpa mía por meterme en estos líos. ¿Una cita a ciegas? ¡En qué momento se te ocurrió Gigi!

Agacho la cabeza y hago muchas fuerzas para mis adentros para que Graham no me vea. Creo que me están dando hasta gases. ¡Esfínteres relajados, eh! O más bien ¡contraeros! ¡Ni os mováis! ¡Ay madre! ¡Me voy a volver loca! ¿Le estoy hablando a mis tripas? Tengo que llamar a mi psicóloga...

—Buenas noches Señor Greene. —Dice de repente la voz de Graham a mis espaldas.

¡Mierda! No os preocupéis, no me refiero a nada escatológico. Mis esfínteres me obedecen. Es solo la expresión de asombro que le sale a una deslenguada como yo cuando le pasan cosas de este tipo. Sí. Señoras y señores, Graham está detrás de mí.

Welcome to the jungle...

Bienvenidos a la jungla, para Rose.

¿Quién es ese Graham?

—Buenos días, Señor Graham. —Dice mi padre, bastante entusiasmado. Parece que Ian le cayó bien aquel día. —¿Qué hace usted por aquí? —Añade.

Yo sigo mirando al frente. Como si aún hubiera alguna esperanza de que no me hubiera reconocido de espaldas. Porque bueno, de ilusiones también se vive.

No sé cómo, pero puedo notar sus ojos fijos en mi nuca. Y es extraño, porque de momento no he desarrollado la capacidad de ver por el cogote. Ian sabe atravesar con la mirada.

—He venido a buscar a Giselle. —Dice. Y el universo me da vueltas.

¿A buscarme? ¿Acaso tiene aún más cosas que decirme? Creía que ya lo había escuchado todo de su boca anoche.

No tengo más remedio que girar el rostro. En estos momentos no sé si seguir con mi cara de póker o falsear una sonrisa para no preocupar a mi padre y evitar luego las incómodas preguntas de Rose. Decido hacer algo neutro. Una especie de cara de acelga.

—No quería interrumpirles, simplemente...—Añade, pero mi padre le corta al instante.

—¡No interrumpes nada, hijo! —Obviemos que por un instante me he imaginado a Graham de hermano. Papá por favor, por ahí no. —¿Por qué no te sientas con nosotros? Los amigos de Giselle son bienvenidos.

Suspiro hondo. ¿Acaba de invitarle a sentarse? ¡Ay diosito! Muevo la pierna bajo la mesa para darle una patadita al viejo Fred, a ver si rectifica su oferta, pero luego recuerdo que tiene la pierna vendada hasta arriba. Con lo torpe que soy seguro que le doy en la mala, así que me aguanto las ganas.

—No, de verdad. No quiero molestar. Solo venía a...—Vuelve a intentar Graham.

—Insisto. —Dice el que hasta ahora había considerado mi padre. Creo que voy a replantearme si soy adoptada... —Giselle, avisa a Marco y que nos traiga otro cubierto para el Señor Graham.

Creo que la cara de acelga ahora está empezando a ser la de un chihuahua rabioso. ¡Hola Fred! ¿Puedes verme? ¿No notas que estoy muy callada? ¡No quiero cenar con Graham!

—¡Vamos niña! Haz caso a tu padre. —Me dice Rose. —Señor Graham tome asiento. No es el restaurante con el mejor servicio del mundo pero al menos nos pondrán algo que llevarnos a la boca...—Añade ahora dirigiéndose a Ian.

No sé si llamar a Marco para pedirle otro par de cubiertos o directamente una pala para cavar mi propia tumba aquí mismo. Decido hacer lo primero, voy demasiado arreglada como para llenarme de tierra.

Ian se sienta a mi derecha, entre Fred y yo. Tiene a Rose al frente.

—Gracias por invitarme, Señor y Señora Greene.

—¿Para qué querías buscarme? —Digo con tono serio, después de hacerle gestos a Marco para lo del cubierto. Es la primera vez que abro la boca desde que ha llegado. Irremediablemente voy a tener que hablar con él. Parece que esto se ha convertido en una adorable cena de familia feliz...

—Te olvidaste la grabadora en el *showroom*, y he pensado que sería importante para el artículo. Por eso no he querido esperar hasta el lunes para llevártela a la oficina.

Esa grabadora era en lo último en lo que había pensado desde la fiesta. Y menos ahora que Kristen va a hacerse cargo del artículo por completo.

—No tendrías que haberte molestado. No la necesitaba. Tengo una memoria bastante privilegiada, y no se me olvidan las conversaciones que tengo con la gente importante... —Digo. Eso último con segundas.

—No lo dudo. Aunque a veces es mejor repasar las cosas fríamente para no equivocarnos... —Responde él, después de sacar de su bolsillo la grabadora y acercármela con la mano.

No puedo evitar reírme en mi interior. ¿Repasar fríamente? ¡Graham es un témpano de hielo de lunes a domingo! Así que espero que no se refiera a que ha meditado sobre sus palabras porque estoy segura de que ya las tenía bien medidas antes de decírmelas...

—Lo tendré en cuenta. —Digo seca mientras la cojo.

Papá y Rose están algo perplejos. Se han debido percatar que mi tono no es igual que el del otro día con él.

—Bueno, y ¿cómo nos ha encontrado? —Dice Fred, para romper un poco el silencio incómodo que se ha formado después de nuestras palabras. —¿Giselle le había dicho que cenaríamos aquí?

—Ni loca. —Farfullo mientras tomo la copa de vino que Marco nos ha servido al traer los cubiertos de Graham.

—¿Qué? —Dice mi padre. No me ha entendido.

—No nada. Que el vino es estupendo. —Digo sonriendo.

—Max, su compañero de trabajo me ha dicho que podría encontrarles aquí y como estaba por la zona he pensado que sería buena idea pasarme.

Suspiro hondo. Sabía que Max tendría algo que ver en esto. Ya arreglaré cuentas con él cuando pueda escapar de aquí.

—¡Qué amable! —Exclama Rose. —Da gusto ver a un hombre tan galán y educado como usted, Señor Graham.

—No merezco tantos halagos, Señora Greene. Simplemente he hecho lo que creía correcto.

—Llámame Rose, por favor. —Dice con tono de coqueteo, otra vez. Se me pone la piel de gallina. —Giselle nunca ha sido muy agradecida, discúlpela. —Añade.

¡Esto es el colmo!

—Mira Rose...—Digo ya, con la fuerza de un miura, dispuesta a soltar por la boca hasta el último reproche sin censura y sin miramientos. Pero Graham me interrumpe. Sabe cómo son las cosas.

—No necesito que me lo agradezca, Rose. Ella ha hecho por mí muchas más cosas. —Dice. —Sin ir más lejos, anoche en la presentación de nuestra nueva colección tuvo que desfilarse por sorpresa con uno de los vestidos de Steve Ray y lo hizo genial. Yo tampoco se lo agradecí como se merecía... —Concluye mirándose con ojos de corderito.

—¡Vaya! ¡Eso no nos lo habías contado! —Dice Fred. —Redactora, modelo... ¡Vales para todo, cariño!

—Me gusta hacer cosas por las personas que creo que lo merecen, aunque muchas veces me equivoque. —Digo con algo de despecho.

Otra vez un silencio incómodo nos rodea sin piedad. Por suerte, Marco aparece con los platos de pasta. También trae uno como el mío para Graham.

—Tiene una pinta estupenda. —Dice Fred.

—Como siempre. —Añado. No quiero olvidarme que lo que he venido a hacer hoy es a cenar con el hombre más importante de mi vida. Con el que, aunque tenga mis más y mis menos, siempre me va a querer. —Marco sigue siendo el mejor en lo suyo.

—Está delicioso. —Dice Ian después de probar los *fettuccine*.

Rose no parece tener la misma opinión de su plato. Lleva un rato revolviéndolo y poniendo cara de indignación.

—Yo no acabo de estar convencida de esto de la pasta. Donde esté mi estofado que se quite toda esta porquería. —Dice.

Después de un rato de conversación entre papá e Ian sobre los Lakers, el tiempo y su afición por reparar cosas que no sirven para nada, Rose parece tener algo que decir.

—Bueno Señor Graham, y ¿qué hay de usted? Es un hombre de negocios, guapo y exitoso, pero ¿qué hay de su familia? ¿está casado?

¿Casado? Casi me atraganto con el último bocado. No sé si del susto o de la risa. ¿Ian Graham casado? ¡Venga ya! Debe ser el hombre con más miedo al compromiso de toda la ciudad.

Le miro de refilón para ver su gesto. Parece que la pregunta le ha incomodado un poco. Ha tomado aire y ha bajado la mirada. ¿Por qué no quiere hablar de su familia? Empiezo a recapitular todo lo que he vivido con él y me doy cuenta de que en realidad no sé prácticamente nada del hombre que tengo sentado al lado. Sé su nombre, sé que siempre llega tarde a los sitios, que parece tener miedo al compromiso y que tiene una compañía llamada Monky. Pero nada más. Por un momento me empiezo a preguntar si ha sido por su forma de ser o por mi egocentrismo. Es cierto que él se cerró en banda desde la primera cita. Sí, aquella a ciegas. Me dijo que no le gustaban las preguntas, que prefería ir descubriendo cosas. Pero también, que yo he estado tan centrada en el trabajo y en todas las teorías conspiratorias que puede que haya dejado de lado mis ganas de saber sobre las personas. Él

conoce a mi padre, sabe dónde vivo, conoce a mis amigas y algunos de mis problemas, más bien la gran mayoría. Pero ¿qué sé yo de Ian Graham?

Quizás ya sea tarde para ponerme a hacer averiguaciones. Quizás el tren ya haya pasado. Y no solo por mi culpa, sino también por la suya. Porque aunque yo me haya centrado en otras cosas, él no me ha dejado conocerlo. Me ha puesto barreras a cada paso. Y quizás eso tenga una explicación profunda o un drama escondido. Pero tú, Gigi Greene no eres la indicada para desenmascararlo. No. Me niego. Ya he tenido bastante con lo de Piero y con los problemas en el trabajo como para andar de detective intentando descubrir misterios que no me van a llevar a ningún buen puerto.

Parece que tras una pausa Ian ha tragado saliva y va a dignarse a responder algo. Escucho impaciente, aunque sin demasiadas expectativas.

—No. No estoy casado Rose. —Dice escueto.

¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¡Ian el expresivo!

—¡Una lástima! Pero no te preocupes, aún eres joven. Seguro que encuentras a una buena mujer como yo.

Sin comentarios. Graham y yo nos miramos. Si no estuviera tan enfadada con él le hubiera incluso sonreído. Sé que ambos estamos pensando lo mismo en este momento. Rose y buena en la misma frase es uno de esos chistes malos de los que no puedes parar de reír al recordarlos.

—Estoy seguro de que sí. Puede que incluso ya la haya encontrado. Aunque quizás ni ella ni yo lo sepamos aún. —Dice entonces Ian.

Estoy perpleja. ¿Eso lo dice por mí? Estoy empezando a cansarme un poco de sus idas y venidas, de sus cambios de opinión y su capacidad para volverme completamente loca. Porque sí, porque con solo un par de palabras estúpidas es capaz de hacer que se me acelere el pulso y que me sienta la mujer más débil del mundo. Pero esta vez no va a conseguirlo. No pienso caer en sus redes de nuevo. No necesito un hombre que me bese por las noches, necesito un hombre que me quiera recién levantada, vestida, desnuda, enfadada o siendo la más feliz del mundo.

Joder. Lo ha vuelto a hacer. Ha conseguido que salga la Gigi cursi. ¡Yo no quería una pareja! Pero es que después de lo que está pasando con Ian, me estoy dando cuenta de que quizás sí que necesite de nuevo encontrar a alguien que me haga la vida un poquito más divertida.

A pesar de sus palabras, permanezco en silencio. Papá me mira. Se huele que pasa algo raro. La cena continúa con las habladurías de Rose y con Fred y Graham charlando como si fueran amigos de toda la vida. No sé qué me da mas miedo.

Terminamos los postres y decido que es momento de huir de ahí.

—Tengo que irme. —Digo después de que Marco recoja el último plato de la mesa. —Gracias por cenar conmigo papá. También a vosotros. —Añado mirando a Rose y a Graham, aunque con tono más serio y solo por cortesía.

—Sí. Nosotros también. —Dice Fred. —Es tarde. Gracias a ti cariño. Espero que esta sea la primera de muchas más. —Concluye.

—Yo también les agradezco que me hayan invitado a la cena. Espero no haber sido un incordio para su reunión familiar. —Dice Graham. —Estaba todo riquísimo. Yo también debería marcharme.

—De acuerdo. —Dice papá. —Le pediré la cuenta a Marco.

Graham y Rose se levantan de la mesa y caminan hacia la salida. Veo como ella le agarra del brazo mientras le va diciendo diversos y absurdos cumplidos.

Yo ayudo a papá a mover la silla de ruedas en la que ha estado sentado toda la cena. Debe ser que Rose consiguió que ese tal Trevor se la prestase. Empujo con dificultad desde la parte trasera, parece que papá ha engordado un poco durante este tiempo.

—Giselle. —Dice entonces ese viejo *calvorota* al que quiero como a nadie más en este mundo.

—Dime papá. —Digo aún peleándome con los giros de la silla de ruedas.

—No sé qué te ocurre con el Señor Graham, pero nunca había visto a nadie mirarte como él lo hace. Parece un buen tipo, dale una oportunidad.

Creo que se me acaba de parar el corazón. SOS. ¡Llamen a una ambulancia! Oír esas palabras de mi padre me encogen el alma, pero tengo que ser fiel a mis principios. Estoy totalmente decepcionada con Ian y eso no pueden curarlo un par de miradas ni buenos consejos de papá.

—Tranquilo papá. Estoy bien. Sé cuidarme sola.

—Lo sé, cariño. Estoy muy orgulloso de ti. Sé que he hecho cosas muy mal pero solo ver en la persona en la que te has convertido me llena de satisfacción. Me has dado una segunda oportunidad a mí y por eso creo que puedes hacerlo con él también. Yo no pienso desaprovecharla. —Añade.

Se me está escapando una lagrimilla por el ojo izquierdo. Sus palabras me han emocionado. Me pongo delante de la silla y me agacho para abrazarle fuerte. Hacía tanto tiempo que no lo hacía que había olvidado lo reconfortante que era...

—Te quiero papá.

—Y yo a ti princesa. —Me dice.

Me recompongo y sigo empujando la silla. Papá paga la cena, aunque Graham insiste en invitarnos. Salimos del restaurante tras una larga lista de halagos de Marco por haber vuelto a cenar allí juntos y otra larga tanda de quejas de Rose por el servicio. Fred consigue convencerla de que no pida la hoja de reclamaciones.

Nuestro camino se divide. Papá y Rose se marchan y yo espero en la acera al taxi que acabo de llamar. Graham se detiene a mi lado. Sigo mirando al frente. No quiero cruzar ni una palabra con él. Estoy muy dolida por todo lo que ha pasado.

—Puedo llevarte a casa, si quieres. —Dice.

—Gracias, pero no hace falta. —Respondo seca.

—Al menos deja que me quede contigo hasta que venga tu taxi. — Ruega.

Le miro. Sus ojos marrón verdosos están clavados en mi rostro. Tiene las manos metidas en los bolsillos del traje y tiene un raro gesto de derrota. Como si algo le perturbase. Como si estuviera realmente arrepentido de algo.

Encojo los hombros y bajo la mirada.

—Como quieras. —Digo. No me apetece hablar más.

Al cabo de un par de minutos del silencio más incómodo de mi vida, el taxi aparece. Cuando se detiene frente a nosotros, abro la puerta y subo.

Antes de que pueda meterme del todo y cerrar, Ian se acerca, se apoya en el techo del coche y dice:

—Lo siento Giselle.

Le vuelvo a mirar, suspiro y cierro la puerta sin piedad. Ya es tarde. Ya me he cansado.

Ya no quiero sus disculpas.

33.

Victoria

Me he tirado a la cama nada más llegar a casa. Llevo mirando al techo al menos una media hora. Creo que he empezado a desvariar porque he encontrado parecidos bastante extraños escondidos entre las gotas de pintura del *gotelé*. En el rato que llevo analizando cada milímetro de los dos metros cuadrados del techo de mi dormitorio, me ha parecido ver la cara de Bárbara con cierto gesto agrio, un par de gatos peludos e incluso unos manchurroneos que se asemejaban al señor que presenta las noticias en el canal principal.

Ni si quiera me he desvestido. Estoy tan cansada que podría quedarme dormida tal cual estoy. El problema es que mi mente siempre va más allá que mi cuerpo. Y parece que hoy, aún me quedan un par de horas de batería cerebral.

Durante la búsqueda intensiva de figuras ocultas en la pintura, también he tenido tiempo de darle mil vueltas a estos dos últimos días. A Graham, al trabajo, a mi vida... y como ya es normal en mí, no he sacado demasiado en claro.

Decido olvidarme de todo por ahora. No puedo estar martirizándome a cada segundo de lo caótica que se ha vuelto mi vida últimamente. Así que me incorporo en la cama dispuesta a hacer algo que me ayude a no pensar.

Tengo el bolso a los pies. Lo acerco como puedo tirando de uno de los asas. Cojo el móvil para ver si alguna de mis amigas o Max me han escrito para proponerme algún plan y así salir a distraerme. Nada. No hay nada. Justo hoy cuando más lo necesito. Suspiro hondo.

Por un instante me quedo embobada mirando el bolso. Entre un millón de tickets de la compra, la cartera y un par de tampones sueltos, puedo ver la grabadora que Ian me ha traído. ¡Genial! Así no hay quien deje de pensar en ese maldito tipo sexy y engreído.

La tomo entre mis manos y como cuando estás estudiando o en el trabajo y no paras de jugar con el bolígrafo porque estás pensando en otras cosas, empiezo a pulsar el botón de “*play*” y “*pause*” un millón de veces sin prestar atención.

Pero entonces algo raro sucede. Al pulsar el botón de inicio no se escucha la grabación de las entrevistas. Puede que se haya roto. Es una grabadora muy antigua, de esas que utilizan cinta de *cassette*. Sé que ahora puedes grabar con el móvil o incluso comprar grabadoras de las que llevan USB incorporado como la que utiliza Kristen, pero para esto soy la más purista. Me niego a dejar de utilizar el elemento más característico de un buen

periodista.

Toco todos los botones y abro y cierro un par de veces la tapadera de la cinta para ver si está atascada. Parece que todo está correcto, lo que ocurre es que alguien ha debido de darle la vuelta a la cinta para grabar por el otro lado. No recuerdo haber sido yo. Qué raro.

Dejo la cinta por el lado en el que estaba, doy al “play” de nuevo y espero unos segundos. De repente la voz de Graham inunda mi habitación. ¡Ay Dios mío!

—*Hola. Me llamo Ian Joseph Graham y si estás escuchando esto es que soy imbécil.* —Dice. Después se oye una risa nerviosa y una pequeña pausa.

—*Sí, mi segundo nombre es Joseph gracias al rey del pop. Michael “Joseph” Jackson. Mi madre se pasaba el día escuchando su música en los 80 y pensó que sería buena idea rendirle un homenaje. Al menos no escogió Jackson.* —Continúa. Y después suspira.

—*Hmmm...* —Duda. —*En realidad no sé por dónde empezar Giselle. Bueno, Gigi.* —Pausa. —*Joder, ya estoy metiendo la pata.* —Dice en un susurro.

Instintivamente me sale una media sonrisa, aunque aún sigo sorprendida por lo que estoy escuchando. No sé si quiero continuar, una parte de mí ya se ha dado por vencida con Graham.

—*He venido al parque de nuestra primera cita con una botella de vino aún más barata que la de aquel día. Llevo toda la tarde debatiéndome entre llevarte la grabadora solo para verte un segundo aunque estés enfadada o aceptar que soy el mayor idiota de Klein y desaparecer de una vez de tu vida. Si me estás escuchando es que al final he decidido ir y que por suerte no me has tirado el aparato a la cara. Conociéndote creo que la probabilidad de que esto llegue a tus oídos es casi cero.* —Respira hondo, se pausa de nuevo y se ríe ligeramente.

Se le oye nervioso. Y no me extraña. Es la primera vez que parece estar hablando de forma sincera. Y lo que más rabia me da es que no esté frente a mí para responderle.

Oigo de fondo como toma la botella y parece tomar un trago. Después tose. Se ha debido atragantar. Puede que de los nervios o de lo malo que debe estar el vino.

—*Conocí a una amiga de Brittany en una fiesta de la Universidad.* —Continúa. —*Se llamaba Victoria. Nunca había conocido a nadie como ella. Era guapa y divertida. Tenía la sonrisa más bonita que había visto en toda mi vida.*

Ahora sí que no entiendo nada. ¿Me va a contar sus ligues de la Universidad?

—*Empecé a quedar con ella. Un día, otro y otro. Era la primera chica con la que había pasado más de dos noches seguidas sin salir corriendo. Y sin darme ni cuenta, ni saber cómo había pasado, me enamoré. Sí, ya sé lo que estás pensando. ¿Por qué narices me está contando esto?* —Bien, me lee la mente. —*Pues porque Victoria es la culpable de que yo sea un cobarde.*

De que tenga miedo a sentir, de que salga corriendo cada vez que paso más de dos noches con la misma chica. De que el jueves me comportara como un verdadero imbécil...

En estos momentos un torbellino de sentimientos me está destrozando el pecho. ¿Qué tiene que ver esa chica? ¿Acaso no ha podido olvidar ese amor de la Universidad? No puedo dejar de escuchar la maldita cinta. Quiero saber ya qué le pasa por la mente al hombre que ha conseguido despertar en mí tanta cantidad de sentimientos y tan dispares. Que me hace odiarle y querer estar con él a partes iguales.

—*Hace cinco años, le pedí que se casara conmigo, en la inauguración de nuestra primera tienda. Había estado planeándolo durante meses. Y solo el mero hecho de pensarlo me daba fuerzas para trabajar duro para la apertura de Monkey. Pero entonces...* —De repente, se queda callado. Después suspira. —*No sé por qué te estoy contando esto. Ha sido una mala idea...* —Dice, parece que recordar la historia le duele tanto que no quiere continuar. —*No importa nada. Ya la he jodido contigo, es lo único que se me da bien.* —Concluye. Y después se oye cómo pulsa el botón de parada de la grabadora.

¿Cómo? ¡Me va a dejar así! ¡Pero qué narices se ha creído! ¿Cómo puede venir a contarme una historia que no sé qué tiene que ver con lo nuestro y después dejarme a medias?

Sea lo que sea tiene que decírmelo. Quiero escucharlo, quiero poder juzgar por mí misma y decidir si justifica sus actos o no. Quiero decidir si se merece la oportunidad que lleva pidiéndome todo el día. Cuando estoy a punto de levantarme de la cama para ir a buscarle y que acabe de contarme su historia, la grabadora vuelve a sonar.

—*Te he llamado unas mil veces.* —Dice, parece que está grabado un tiempo más tarde. —*Sé que no quieres hablar conmigo y lo entiendo. Eres tan terca y tan cabezota que a veces te mataría. Bueno, no literalmente claro.* —Puntualiza después de una risa nerviosa. —*Tú me entiendes. Sin embargo, esa es una de las cosas que me encantan de ti. Siempre luchas por lo que quieres y te da igual todo lo que se te ponga por delante. Tienes carácter y te haces la dura, pero luego no puedes evitar sonreír cada vez que te beso.*

El corazón me va a mil.

—*Me encantas Giselle Greene, por mucho que me empeñe en evitarlo. Todo lo que te dije anoche era mentira. Solo era la forma más fácil de negarme a mí mismo la verdad. Pero me he dado cuenta de que no puedo seguir así. De que no quiero perder a la mujer más increíble de Klein por aferrarme al pasado...* —Suspira. —*Aunque quizás ya sea tarde, pienso intentarlo...*

La grabadora deja de sonar. Ahora sí que sí, la cinta se ha acabado. Y yo no puedo tener más claro lo que voy a hacer a continuación. Tengo que saber qué le ocurrió, tengo que saber por qué Ian Joseph Graham tiene miedo al compromiso, por qué tiene miedo a enamorarse. Me levanto de la cama, agarro el bolso y cojo el teléfono.

—Hola Tess, soy Gigi. Necesito que Brad me haga un favor...

Miedos

Aquí estoy. Sentada en la parte trasera del coche de Brad, a menos de dos minutos de llegar a la casa de Ian. Sí, a esa en la que no he estado nunca. Tess y Brad han aceptado llevarme en cuanto les he llamado. Tengo una amiga increíble, que no ha dudado ni un segundo en ayudarme cuando ha notado el tono frágil de mi voz.

—¿Va todo bien Gigi? —Me pregunta Tess después de un rato en silencio.

—Sí amor. No hay de qué preocuparse. —Digo intentando no dejar a la vista el chorro de emociones que está a punto de atravesarme el cuerpo.

Brad mira por el espejo retrovisor.

—No puedo creerme que no te haya dicho ni si quiera su dirección. —Dice, refiriéndose a Graham. —Sigue siendo tan...—Hace una pausa para buscar la palabra correcta. —...cerrado. —Concluye.

—¿Es por lo de Victoria? —Aprovecho para decir. Puede que Brad sepa algo más que yo. No puedo aguantar a llegar para enterarme de todo lo que le pasa por la cabeza a Ian.

—¿Te ha contado lo de Victoria? —Pregunta sorprendido.

—Bueno...más o menos. —Respondo.

—Si te lo ha contado es que realmente le gustas. Nunca habla de ello. —Dice.

—¿Quién es Victoria? —Dice Tess.

—Su exnovia. —Responde.

Al menos parece que es una historia del pasado. Entre todas mis elucubraciones puedo descartar la que iba sobre la posibilidad de que esa tal Victoria fuese la actual novia de Ian y que por tanto yo solo pudiese ser “la amante”.

—Ya hemos llegado. —Dice justo después.

Ha parado frente a un bloque de pisos bastante moderno y elegante. Todos los apartamentos tienen grandes ventanales.

—Vive arriba, en el quinto A. —Añade señalando por la ventanilla hacia el cielo.

—Gracias por todo chicos. Os debo una. —Digo antes de bajarme.

Después entro en el portal y tomo el ascensor. En menos de un minuto estoy frente a la puerta del apartamento. Por un segundo se me pasa por la cabeza salir corriendo, pero puede más mi curiosidad. Alzo la mano y llamo al timbre. Oigo unos pasos que se aproximan a la puerta por detrás. Después

Ian gira el pomo y abre. Su cara no puede ocultar el asombro al verme ahí, delante de él, con la grabadora en la mano.

Recorro su cuerpo con la mirada. Es la primera vez que lo veo sin traje o sin algo parecido a un traje. Lleva unos pantalones cortos deportivos y una camiseta.

—Gigi...—Dice al verme.

—¿Puedo pasar? —Pregunto.

—Pues claro. —Dice para después apartarse para hacerme hueco.

Entro decidida. La puerta de entrada conduce a un pequeño recibidor que inmediatamente después se conecta con un espacioso salón con un montón de ventanas acristaladas que dejan ver todo el “*landscape*” de Klein. Es precioso pero da algo de vértigo.

—¡Guau! ¡Qué vistas! —Digo aún asombrada, para romper el hielo.

Ian sonríe.

—Sí, es genial desayunar o tomar algo frente a esta cristalera.

Yo también sonrío.

—Seguro. —Reafirmo algo fría.

—¿Quieres que nos sentemos? —Dice entonces, señalando al sofá.

—Sí, por favor. —Digo.

Parece que hay un abismo que nos separa ahora mismo. Ninguno de los dos nos atrevemos a decir nada, así que decido acabar con esto de una vez. Justo cuando se gira para dirigirse al sofá, le agarro del brazo, tiro de él hacia mí con suavidad y le doy el abrazo más reconfortante que he dado en mi vida.

Ian me aprieta con fuerza y apoya su cabeza sobre la mía. Es más alto que yo, así que mi rostro queda junto a su pecho. Puedo sentir su corazón latir a mil por hora.

—Lo siento Gigi. —Dice aún sin soltarme.

—Está bien. —Digo.

Ian baja un poco más su rostro y me besa en la mejilla con fuerza. Cierro los ojos por un instante y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—No sabes lo que necesitaba este abrazo. —Añade.

—Yo también. —Digo. Y no miento. Lo necesitaba realmente.

Después nos separamos y nos sentamos en el sofá, uno junto al otro.

—He escuchado la grabadora. Ha sido casi de milagro. Podrías haberme dicho que lo hiciera después de la cena.

Ian se ríe.

—Ni si quiera querías hablarme. Si te hubiera dicho que lo hicieras no lo hubiera escuchado, Señorita Greene.

—Puede que tengas razón. —Afirmo. Yo soy así. Y me conoce.

—Supongo que has venido para saber quién es Victoria. ¿No es así? —Dice.

—No. —Niego. Vale, una parte de mí sí, pero otra ha venido para otras cosas. —He venido a que me dejes entenderte. A que me dejes meterme en tu cabeza por un instante e intentar comprender qué es lo que no te deja abrirte conmigo, lo que hace que salgas corriendo cada vez que me acerco a ti más

de media hora... Y si eso incluye a esa tal Victoria, pues entonces, sí, quiero saber quién es y por qué es culpa suya que me dijeras todo eso el jueves.

—A veces me recuerdas a ella. —Dice.

—¿Y eso es bueno o malo? —Pregunto.

—Es bueno y malo a partes iguales.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué pasó cuando le pediste que se casara contigo?

—Que me dijo que sí.

No entiendo nada. ¿Le dijo que sí? ¿Entonces qué ocurrió? Otra de las posibilidades en mi cabeza era que esa chica le hubiera rechazado y ahora Ian pensase que todas las mujeres somos capaces de hacer algo así.

—¿Y qué pasó?

—Pues...—Dice y su voz se entrecorta. Nunca había visto a un Graham tan frágil como el de ahora.

—Tranquilo. —Digo tratando de calmarlo. —Cuéntamelo sólo si quieres. —Puntualizo.

—Estoy bien. Quiero contártelo. —Dice aún algo tocado. —Un par de semanas antes de la boda, Victoria tuvo un accidente de coche mientras iba a reservar las flores del banquete... Yo tenía que haberla llevado, pero no pude porque tenía una reunión de trabajo que se alargó...

Madre mía. No puedo imaginar el dolor que tuvo que pasar y me siento mal por haberle hecho recordar todos esos momentos tan duros. Con solo ponerme en su piel se me saltan las lágrimas. Ahora entiendo perfectamente todo lo que se le pasa por la cabeza.

—Yo...Yo...Ian. Lo siento. —Digo con gesto triste.

—No pasa nada. Lo he superado. O al menos eso creo.

—Siento haberte hecho recordar todo. Debí ser horrible.

Cómo he podido tan si quiera quejarme por lo de Piero o por todos mis problemas en la oficina. Al lado de la historia de Ian todo pierde importancia y me doy cuenta de que a veces debería relativizar más todo lo que ocurre en mi vida y dar gracias por seguir rodeada de las personas que me quieren.

En este momento lo único que me sale es abrazar lo más fuerte que puedo al hombre que tengo delante.

—Desde que eso pasó no he sido capaz de abrirme con nadie. Porque lo pasé tan mal que, en el fondo, tengo miedo de querer a alguien tanto como a ella y que me vuelva a ocurrir. De que, de un día para otro, desaparezca, de que toda mi vida vuelva a irse a la mierda...

—Te entiendo. —Digo.

—Y contigo me da más miedo aún. —Añade.

Me quedo en silencio esperando una explicación.

—Me recuerdas a ella porque tú me has hecho sentir lo que sentí al principio con Victoria. Has hecho que vuelva a tener ganas de luchar por algo que no sea mi trabajo, que sonría otra vez y que me implique de una manera u otra.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, como tantas otras veces cuando estoy con Graham.

—Es normal que tengas miedo. —Digo. —Yo también siento miedo a veces. Y no por eso eres un cobarde. No quiero escucharte decir eso de nuevo. Hay que ser muy valiente para salir adelante después de eso y tú lo has hecho. Eres un hombre exitoso y bueno. Aunque a veces seas un poco capullo. —Añado soltando una sonrisilla. —Y te mereces que la vida te dé una segunda oportunidad. Yo no puedo prometerte que vaya a salir bien, pero sí puedo decirte que tengo las mismas ganas que tú de sonreír y de ser feliz. Y por supuesto que tengo miedo de que salga mal, pero es un riesgo que estoy dispuesta a asumir. Porque sé que merece la pena...

Ian sonríe también y después acerca su rostro al mío para darme un ligero beso en los labios.

—De verdad siento todo lo que te dije el jueves. Giselle, te vi bailando en la fiesta, tan feliz, tan libre y de repente, te imaginé esfumándote. Me dio mucho miedo...

—No mientas. —Digo intentando darle un toque de humor al asunto. —Te imaginaste teniendo que sacarme a bailar una lenta al centro de la pista y te asustaste porque no sabes dar dos pasos seguidos sin tropezar. —Añado sarcástica.

Ian se ríe y eso me levanta el alma.

—Puede ser. —Admite.

—De todas formas, no hace falta que me llesves a comer con tus padres, ni hacer nada que no quieras. Me conformo con que me llesves a ver tu película favorita al cine, antes de subirme al capó del coche, o que me dejes que te invite a cenar, antes de los probadores.

—Vas a tener que enseñarme como se hace. Ya se me ha olvidado.

—Solo déjate llevar y disfruta. Sin ponerte barreras y sin miedos. Lo que tenga que ser, será. —Digo, como si tuviera toda la sabiduría amorosa del mundo mundial. Estoy irreconocible hasta para mí misma, creo que acabo de madurar diez años de golpe y eso me enorgullece.

También estoy feliz por haber conseguido llegar al interior de Graham y de darme cuenta de que no se puede juzgar a las personas por uno de sus actos, porque puede que en el fondo tengan historias tan duras como la de Ian.

—¿Te quedas a dormir? —Me pregunta.

—¿Ya estás pensando en...? ¿Has entendido algo de lo que te he dicho? Ya sabes, la cena, el cine,... —Digo medio riendo.

Ian suelta una carcajada.

—He dicho a dormir, nada más.

Frunzo el ceño a modo de burla.

—¿Eso es un sí?

—Vale. Me pido el lado izquierdo. —Digo mientras me levanto y corro a su dormitorio. La puerta estaba abierta y podía ver la cama desde el sofá.

—¡Eh! ¡El izquierdo es el mío! —Dice Ian, corriendo detrás de mí e intentando capturarme.

Lo consigue al llegar a la habitación. Me agarra por la espalda y me besa

en la mejilla desde detrás. Después nos fundimos en un abrazo y nos tiramos a la cama.

Esta noche solo va a ser así, de caricias, de respeto y de emociones. Y no hay nada que me apetezca más en el mundo que eso...

Puntos suspensivos

Adivina adivinanza. ¿Qué día es hoy? Os voy a dar una pista. Hoy es esa clase de días en los que suena el despertador y tú piensas que es solo una de tus malas pesadillas. Uno de esos en los que hay atasco en todas las carreteras porque todo el mundo llega tarde al trabajo por el mismo motivo que tú. ¿Aún no lo sabéis? Entonces es que sois esa clase de personas que llegan los lunes a la oficina con las pilas cargadísimas y con ganas de comerse el mundo. Y no, si os lo estáis preguntando, yo no soy de esas.

A mí me ha tocado ser de las que odian los lunes. De las que no pueden sobrevivir al día sin su gota de cafeína energizante matutina. Una pena que odie el café y solo sea capaz de beber rooibos. Es la excusa perfecta para poder dormirme sobre el teclado la primera hora de la mañana.

Pero claro, no todo puede ser del color de rosa. Bárbara es de la categoría número uno de personas de los lunes, y lleva desde las ocho y un minuto de esta mañana dando órdenes a diestro y siniestro. Y son las ocho y dos.

Para colmo hoy es la entrega del artículo. Sí, de ese artículo que tenía que escribir con Kristen. El primero de la nueva columna que sale en la tirada de esta semana, y en el que por cierto, no he participado ni en escoger el título.

No puedo negar que, viendo como se ha desarrollado la semana, tengo un poco de miedo al resultado. Las cosas con Graham parecen haberse arreglado después de que me contara su trágica historia y me fastidiaría mucho que su estrategia de marketing en la OMG se fuera al garete por mi rendición ante las circunstancias.

Solo me queda ampararme a todos los santos, los dioses y las neuronas restantes del cerebro de Kristen, y confiar en que todos juntos se habrán alineado este fin de semana para escribir un artículo decente, con criterio y que saque adelante la columna.

Al menos sé que Max, que acaba de llegar a su cubículo sofocado, habrá hecho un buen trabajo con las fotos.

—¿Se ha dado cuenta Bárbara de que llego tarde? —Dice preocupado y con el habla entrecortada. Debe haber venido corriendo.

—Sí. Me ha dicho que hoy tendrás que quedarte por la tarde para recuperar los minutos perdidos de todo este mes.

—¿En serio? —Dice casi desencajado. —¡Maldita Barbie!

—Es broma. Se ha dado cuenta, pero ha pasado de largo. No sin antes

dejarme en la mesa la lista de correcciones de la semana.

—Uh—Suspira aliviado. —Menos mal. Esta tarde he quedado con Kate.

—¡Guau! ¡Todo va viento en popa! Me alegro por ti Max.

—Gracias amiga. —Responde con una sonrisa enorme en su cara. —Un momento. —Dice entonces, cambiando su rostro y mostrando un claro gesto de horror. —¿Tú no estás enfadada conmigo?

—¿Qué? ¿Por qué tendría que estarlo? ¿Qué has hecho? —Cuestiono. No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Graham. El viernes. Le dije dónde estabas para que te llevara la grabadora...

—¡Ah! —Digo recordándolo. —¡Cierto! —Añado mientras le golpeo ligeramente el brazo a modo de falsa riña.

—¿No vas a gritarme?

—No.

—¿Ni a tirarme del pelo?

—No. —Digo riendo. Nunca le he tirado del pelo. O al menos que yo recuerde.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿No estabais enfadados?

—Sí, pero ya no. Y probablemente sea gracias a tu chivatazo.

Max pone cara de triunfo. Empiezo a contarle la historia un poco por encima, sin darle detalles de la historia de Graham. Mi amigo friki está muy contento por mí, aunque no lo diga sé que Graham le cae bien.

La mañana transcurre con normalidad. Las doce y media, hora de la presentación del artículo, llegan en seguida. A y veinte ya tengo a Kristen en mi mesa contándome todo sobre su artículo maravilloso y todo lo que se ha esforzado en terminarlo a tiempo sin mi ayuda.

Solo espero que no sea tan rastrera de utilizar todo eso en mi contra frente al Comité, aunque siendo sincera conmigo misma, está en todo su derecho, ya que me desentendí por completo de mi trabajo. Ahora me arrepiento muchísimo de haberlo hecho. Y todo por mi mal control de los sentimientos.

Nos vamos a la sala de reuniones. Como de costumbre, esperamos en la puerta a que Bárbara nos indique que podemos pasar.

—Esta vez voy a pasar yo en primer lugar. Greene, Lee, espérenme fuera a que les diga las órdenes. —Dice la Señorita Fraser. Parece ser que el Comité tiene que decirle algo a Bárbara antes de nuestra exposición.

Kristen y yo obedecemos y nos quedamos fuera. La espera comienza a alargarse. Llevamos algo más de media hora desde que Bárbara entró a la sala de reuniones y ni la coreana ni yo tenemos muchas cosas que contarnos.

No sé nada sobre su vida amorosa ni familiar pero estoy segura de que su fin de semana no ha sido ni la mitad de intenso que el mío. Después de dormir con Graham el viernes sin dejar de abrazarnos ni un segundo, he pasado todo el fin de semana restante haciendo planes de pareja feliz con él. Y sin sexo. Lo cual es un logro para nosotros. El sábado dimos un paseo por el centro y me llevó a cenar a su restaurante favorito. No pudimos parar de

reír en toda la noche. Parece que a él también le encanta la comida internacional. Incluso me he dado cuenta de que musicalmente también tenemos varias cosas en común. El domingo lo pasamos cocinando en mi casa, viendo películas con Shak en mi salón y contándonos mil y una historias de cuando éramos pequeños. Ha sido increíble, y casi no puedo esperar a que llegue esta tarde. Max ha quedado con Kate, sí. Pero no es el único con planes para hoy. Ian ha prometido darme una sorpresa y llevo toda la mañana dándole vueltas para intentar adivinar de qué se trata. Solo de pensarlo se me escapa una sonrisilla.

—¿Qué es tan divertido? —Dice Kristen.

—Nada. —Respondo.

—Um.

—¿Qué crees que está ocurriendo dentro? Tardan mucho. —Pregunto.

—No lo sé. —Dice la coreana. —Espero que estén discutiendo sobre si subirnos el sueldo por hacer la nueva columna. —Añade.

En realidad no le falta razón.

De repente la puerta se abre y Bárbara Fraser sale del despacho de forma fugaz, directa al ascensor y sin ni siquiera mirarnos para decirnos nada. Algo ha debido de ocurrir ahí dentro. Esto no es normal en ella. Parece enfadada.

Kristen y yo nos miramos extrañadas.

Al instante sale Kettle, el subeditor con las orejas gachas y hacia el mismo destino que Bárbara.

¿Pero qué está pasando aquí? Gigi Greene, quiere saberlo.

Entonces, una voz suave y femenina sale de detrás de las puertas de la sala de reuniones. Es Lucy Benson que se asoma ligeramente tras la puerta para llamarnos.

—Chicas, pasad. —Ordena señalando el camino de entrada.

Entramos en la sala y me percató de que solo están presentes Hallway, Lucy y Eleanor. El resto de personas de la otra vez no están.

—Tomad asiento. —Indica Hallway.

Obedecemos.

—Bien. —Dice. —Hoy presentáis el artículo que habéis escrito para la columna de moda de esta semana. ¿Es ese de ahí? —Dice señalando la carpetilla en la que Kristen lo ha traído a la reunión.

—Sí. —Afirma esta.

—Pásamelo. —Ordena seco.

Kristen obedece y se lo pasa.

—Veamos. —Dice mientras hojea el documento. —El artículo lo firman Kristen Lee y Giselle Greene.

—Eso es. —Corroboro.

—Pues sintiéndolo mucho...—Dice de repente. Y me da un vuelco al corazón. Lo más probable es que ya haya llegado a sus oídos que no he participado en su escritura. —Ya no queremos un artículo con dos autores. —Añade mientras lo rompe por la mitad sin ni si quiera leerlo al detalle.

La cara de Kristen de terror no tiene desperdicio. Su boca está rozando

prácticamente el suelo.

—Debido a unos acontecimientos de última hora, la Señorita...—Dice, pero la entrada a la sala del Señor Graham interrumpe su frase.

—Buenos días. —Dice Graham educado a pesar de que llega tarde como siempre. Después me mira fijamente mientras toma asiento entre Lucy y Eleanor. Cuando ve el artículo roto por la mitad, añade. —¿Eso es lo que queda de la columna?

—Sí. —Dice Hallway. —Han ocurrido unos inconvenientes y como les iba a comunicar a ambas ahora mismo, hemos tomado una decisión importante al respecto de la autoría de la columna.

¡Ay Dios! ¡Que Kristen se ha chivado seguro!

—¿Qué acontecimientos son esos? —Dice Graham.

—Se los comentaré al finalizar la reunión si le parece conveniente.

—De acuerdo. —Dice Graham.

—Pues, como intento decir, hemos determinado que la Señorita Kristen Lee...—Comienza. Ya está. Se ha chivado. ¿Y ahora qué? —...se retire hasta nuevo aviso de la redacción de la columna de moda. La Señorita Greene será por tanto la encargada de la redacción del artículo de esta semana. Tiene hasta el miércoles para entregarlo. Póngase las pilas. Confiamos en usted. —Dice Hallway.

Un momento. ¿Puedo rebobinar los últimos dos minutos de mi vida? ¿Cómo que soy yo la única encargada de la redacción de la columna?

—¿Cómo? —Dice Kristen gritando. —¿Ese artículo lo he escrito enteramente yo!

—Da igual Señorita Lee. Está fuera de la redacción de esta columna, y dé gracias que no la despidamos directamente. Seguirá con su función de redactora general, sin ningún tipo de privilegio.

—¿Pero qué he hecho? —Dice casi en trance.

—Hemos podido comprobar que hubo tongo en las votaciones del comité sobre quién merecía o no la columna. Hasta nuevo aviso queda relegada. Lo siento Señorita Lee. —Dice Benson.

Estoy pletórica. Llena de gozo y a la vez desconcertada. ¿Tongo? ¿Cómo pudo haber tongo en algo así? No lo sé, el caso es que eso ha hecho que por fin pueda decir que soy redactora “por completo” de la columna de moda de la OMG.

—¿Cómo que tongo? —Replica Lee aún más furiosa. —Esto no tiene ni pies ni cabeza Señor Hallway. No he hecho nada. Estoy aquí por méritos propios, fueron ustedes los que votaron...

—Dos de los miembros de este Comité fueron extorsionados para votar a su favor. Por usted misma. Si no quiere que las medidas que tomemos sean aún más severas, por favor, márchese inmediatamente a su puesto de trabajo. Tendremos una reunión a solas en los próximos días.

Kristen, casi bufando abandona la sala de reuniones dando un portazo.

No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Extorsión para votar? Ni que fueran las elecciones presidenciales...

Un silencio incómodo irrumpe en la sala.

—Bueno. —Dice Eleanor rompiendo el tenso momento. —Si todo está dicho, volveré a mi trabajo. Si necesitas ayuda con algo de la redacción puedes decírmelo sin ningún problema. —Me dice con tono fraternal antes de marcharse.

Se lo agradezco haciendo un gesto con la mirada.

—Señorita Greene, como ya le he dicho, tiene hasta el miércoles. Si quiere puede adaptar el texto que habían presentado hoy o puede cambiarlo a su gusto. Enhorabuena, la columna es suya. —Dice Hallway acercando la mano desde el otro lado de la mesa para estrecharla con la mía.

—Gracias. Es un placer.

Digo antes de salir de la sala detrás de Eleanor.

Una vez fuera, esta me cuenta todo lo que ha sucedido. Al parecer alguien dejó esta mañana en el despacho de Benson un sobre con unas fotos de Bárbara y Kettle en una de sus escapadas románticas. Algo que no sería tan sumamente grave si no hubiera habido una nota junto a ellas, diciendo que Kristen chantajeó con esas fotos a ambas partes para que la votasen en la elección de la redactora del artículo, amenazando con enseñarlas en la redacción. Todo el mundo sabe que la confirmación de un rumor así sería el fin de Bárbara Fraser. Así que no es de extrañar que la Barbie llevara a cabo el acuerdo.

Es de locos. Nunca pensé que Kristen pudiera llegar tan lejos. ¿Chantaje? ¿Extorsiones? Esto parece la trama de una película de acción de domingo por la tarde.

Cuando Eleanor termina de contarme todo y se marcha, me meto al baño de la planta de los despachos para llamar a papá. Quiero contarle todo. Desde el viernes, hemos firmado la paz y me he comprometido a mantenerle informado de todos mis pasos.

—Sí, ¡como lo oyes! ¡soy la nueva redactora! —Le repito de nuevo exultante. La primera vez no me ha oído bien con el sonido de la campana extractora que Rose tiene puesta de fondo.

—¡Eso es fantástico hija! ¡Qué orgulloso estoy de ti!

—Gracias papá. —Digo.

—Rose te manda felicitaciones también. —Dice.

Suspiro. Tendré que aceptarlas, al fin y al cabo, es la mujer que cuida de mi padre, mejor o peor, pero le cuida y tengo que agradecerse. Además, creo que se merece un poco de tregua...

—Dale las gracias de mi parte. Pero dile que no pienso probar su estofado el domingo que viene. —Suelto riendo.

Papá sonrío. Puedo escucharle.

—¿Y quién crees que ha dejado esas fotos en el despacho de Benson?

—Buena pregunta. —Digo. —Puede que tenga una ligera idea de quién ha sido. Déjame que lo compruebe y después te cuento. —Concluyo. —Vuelvo al trabajo papi. Te quiero.

—Yo también te quiero, hija. —¡Qué bien suena oírle decir eso!

Colgamos y me meto al ascensor para bajar a mi cubículo. Creo que alguien tiene algo que contarme.

—¿Y bien? —Dice Max cuando llego a mi mesa de operaciones. —
¿Qué tal ha ido?

—Genial. Creo que tú mejor que nadie sabes por qué.

—¿Yo? ¿Debería saber algo más que el resto?

—No sé. Dímelo tú.

—Gigi, cuando te pones misteriosa no te entiendo. Háblame claro. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vienes tan contenta?

—No te hagas el distraído. Eleanor me lo ha contado todo. No pienso decir que tú dejaste las fotos en el despacho de Benson. ¡Eres mi mejor amigo, te quiero y gracias a ti soy la nueva y única redactora de la columna!
—Digo dándole un beso en la frente.

Max se revuelve aún extrañado.

—¿Qué fotos? ¿Qué te has fumado Giselle?

—Max, me refiero a las fotos de Kettle y Bárbara. Las que dejaste junto a la nota de que Kristen las había utilizado para chantajearles. ¿Qué fotos van a ser si no?

Max se queda boquiabierto y ojiplático y patidifuso y todos los adjetivos que queráis añadir a la lista y que describan el mayor asombro que he visto en los últimos meses.

—Ya. Ya sé que soy una especie de pitonisa o de detective. Puedes llamarme Sherlock. Pero sabía que habías sido tú. ¿Quién si no? —Digo, haciendo alarde de mi maravillosa intuición. —De hecho, estoy segura de que Kristen te obligó a seguir a Bárbara para hacerles las fotos ¿no es así?

—Gigi. Yo tomé esas fotos, pero yo no las he dejado ahí.

—¿Cómo? ¿Y quién ha sido?

—Le dije a Kate que no hiciera ninguna locura...

—¿Kate? —Digo casi gritando del asombro.

—¡Tsss! ¡Alguien puede oírte! Cuando coja a esa brasileña indomable se va a enterar...—Dice Max.

Suelto una carcajada. ¿Quién iba a ser sino? Kate es la mujer más maravillosa que he conocido nunca.

—Kate vio las fotos en mi ordenador y le conté la historia. Le dije que no te contara nada, porque no quería que todo se liase más de lo que ya está liado. Lo siento Gigi.

—No te preocupes. Todo ha salido genial y no pienso enfadarme por eso. Es lógico que no quisieras que saliera a la luz que has estado espionando a Kettle y a Bárbara por Kristen.

Max asiente.

—Bueno, felicidades por el puesto. Sabía que lo conseguirías, de un modo u otro. Eres la mejor Gigi.

Sonrío.

—Voy a bajar a la cafetería. Esto se merece un par de brindis. —Digo.
—¿Vienes?

—No puedo, tengo que terminar unos retoques para las fotos de la tirada. Súbeme un café. —Dice.

—De acuerdo.

Me voy hacia el ascensor. Me miro en el reflejo de unos adornos del marco y me atuso el pelo. Hoy es un día estupendo, y no hay nada que pueda estropearlo.

El ascensor para en la planta de los cubículos y las puertas se abren. Entonces puedo ver al hombre que me ha metido en todo este lío, que ha hecho que mi vida en los últimos meses haya pasado de ser un caos, a serlo aún mucho más. Que me ha descolocado los esquemas y me ha hecho volver a sentir un montón de emociones diferentes.

Qué guapo está con ese traje. Me muerdo el labio y doy un paso al frente.

—Buenos días, Señor Graham. —Digo.

—Buenos días Señorita Greene. —Responde.

Me sonrío. Las puertas del ascensor se cierran. Ian se gira para ponerse frente a mí, me sujeta el rostro con fuerza pero con delicadeza y me besa apasionadamente. Recorre su mano por todo mi cuerpo con fogosidad. Yo hago lo mismo.

—Enhorabuena Gigi. —Consigue decir entre los jadeos.

—Calla y bésame. —Digo.

Se ríe y después continúa.

Entonces las puertas se abren en la planta de copistería. Nos separamos velozmente.

Julian el de mantenimiento se sube al ascensor. Ian y yo nos miramos como dos adolescentes que acaban de ser descubiertos por sus padres en el dormitorio. Ha sido emocionante. No podemos parar de mirarnos de reojo y sonreír.

Llegamos a la planta baja. Todos salimos del pequeño habitáculo.

Vemos a Julian que se acerca a la puerta de la habitación de mantenimiento. Parece que está teniendo problemas para abrirla. La fuerza unos instantes, se vacía los bolsillos pero no lo consigue.

—Ya he perdido las llaves otra vez. Tendré que llamar al cerrajero...— Farfulla enfadado mientras se marcha de allí.

Ian y yo observamos la escena.

—Benson y Hallway me han contado lo que ha sucedido.

—Ya me he enterado de lo de las fotos.

—Es increíble. No pensé que Lee fuera capaz de eso.

—Yo he pensado lo mismo. —Digo.

—Tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres primero? —Añade cambiando de tema.

—La buena. —Digo.

—¡Todo el mundo prefiere la mala primero!

—Ya sabes que me gusta ir a contracorriente. —Digo sonriendo. —Venga, suéltalo. —Animo.

—Brittany y Troy quieren hacer pública su relación de una vez por todas. Ya tienes tema para el artículo. Va a ser un bombazo. La pareja de moda en el *showroom* de moda.

—¿En serio? —Digo dando un saltito de alegría. —¡Es genial! ¡Va a ser increíble! ¿Y cuál es la mala? —Pregunto después.

Ian se acerca lentamente a mi rostro, en concreto a uno de mis oídos.

—La mala es que Julian no va a encontrar las llaves del cuarto de limpieza. —Dice susurrándome, mientras saca un juego de llaves del bolsillo de su americana.

Me quedo boquiabierta. ¡Le ha cogido las llaves en el ascensor!

—¡Uh! ¡Es una pena! ¡La Señora Fitzgerald y él tendrán que buscarse otro cuarto! Creo que este va a estar ocupado...—Digo con tono seductor. Todo lo seductor que queda insinuar que te lo vas a montar con un hombre increíble en un cuarto de la limpieza claro.

Ian se muerde el labio. Mira a su alrededor para comprobar que nadie nos ve y me arrastra del brazo hacia el interior del cuarto. Cierra la puerta con llave detrás de ambos. Me besa. Le beso.

Este Graham también me gusta. El que me acorralla en los ascensores, el que me empuja a un probador y el que me dice que le encanto en una grabadora.

No sé qué va a salir de esto. No sé si el Señor Graham acabará siendo el hombre de mi vida. Si vamos a seguir yendo al cine los domingos, si acabaré acompañándole a las bodas de sus amigos o si por el contrario dentro de dos semanas acabaremos tirándonos de los pelos después de una de nuestras idas y venidas. Pero lo que sé es que cada vez que me toca se me eriza el vello, que cada vez que me susurra un calambre me recorre el cuerpo y que desde que ha aparecido en mi vida, la ha cambiado de una forma u otra.

Al fin y al cabo, eso es vivir. Vivir es sentir. Es gritar. Es llorar. Reír. Jugar. Besar. Y también es equivocarse. ¿Qué haríamos en la vida sin todo eso? Por eso, hasta para la Gigi patosa y dramática vale la pena arriesgarse. Porque si no me metiera en líos no viviría todas estas aventuras.

Y qué queréis que os diga, pero solo por ver a este portento, enfundado en su traje, morderse el labio cada vez que me ve, me merece la pena un puñado de problemillas totalmente secundarios.

Graham comienza a desvestirme con fuerza. Me acaricia y me estremezco. Le desabotono la camisa y en un momento de exaltación le empujo contra la pared, con tan mala suerte de que uno de los productos de limpieza que había colocados sobre una estantería se cae y le golpea la cabeza.

—¡Ouch! Vas a matarme a disgustos Gigi Greene. —Dice Ian. Por suerte parece que estaba casi vacío y no se ha abierto al caer.

Ambos nos miramos y comenzamos a reír descontroladamente. La situación no merece menos. Sin casi darnos cuenta estamos semidesnudos en el cuarto de mantenimiento de la OMG Magazine.

—Puede que no haya sido buena idea meternos aquí. —Dice.

—Pues yo creo que ha sido la mejor idea que hemos tenido en mucho tiempo. —Le digo susurrando.

Ian vuelve a hacerlo. Se muerde. Y después me muerde a mí.

—Entonces la sorpresa la dejamos para mañana. —Añade después. — Antes tengo que acabar lo que hemos empezado. —Dice y me coge en volandas.

Es cierto. Me había prometido una sorpresa. ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza? En realidad, no me importa. Sea lo que sea, será divertido. Ahora lo que me importa es el día de hoy. Nosotros. Este momento y que el cerrajero al que va a llamar Julian el de mantenimiento tarde un ratito más. Porque quiero quedarme aquí con Graham. Porque mañana, no sé vosotros, pero yo mañana no sé qué pasará ni quiero imaginarlo. Dejemos que la vida nos sorprenda. Dejémoslo en puntos suspensivos.

Ahora me voy a comer a Ian. Y no podéis mirar, que os conozco. Así que cerrad los ojos y dejaos sorprender. Nunca se sabe como puede acabar la historia. Me despido hasta la próxima aventura, que estoy segura de que será muy muy pronto.

Con amor, Gigi Greene.